



Poesías

y Prosas completas de

Carlos Pezúa Velis

Edición definitiva

19

Recopilación y estudio de
ARMANDO DONOSO

N A S C I M E N T O

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

Sección Chilena

Ubicación 12 (627-36)
Año Ed. 1927 Copia 3
Registro Seaco 195951
Registro Notis AAD0853

11/1027-

10/20



LIBRERIA UNIVERSITARIA

1.50.
CARLOS PEZOA VELIS

Poesías

Cuentos y Artículos

Edición ordenada,
con un estudio, por
ARMANDO DONOSO

N A S C I M E N T O

SANTIAGO :: CHILE :: CONCEPCIÓN
Ahumada 125 :: 1927 :: Colo-Colo 419-425

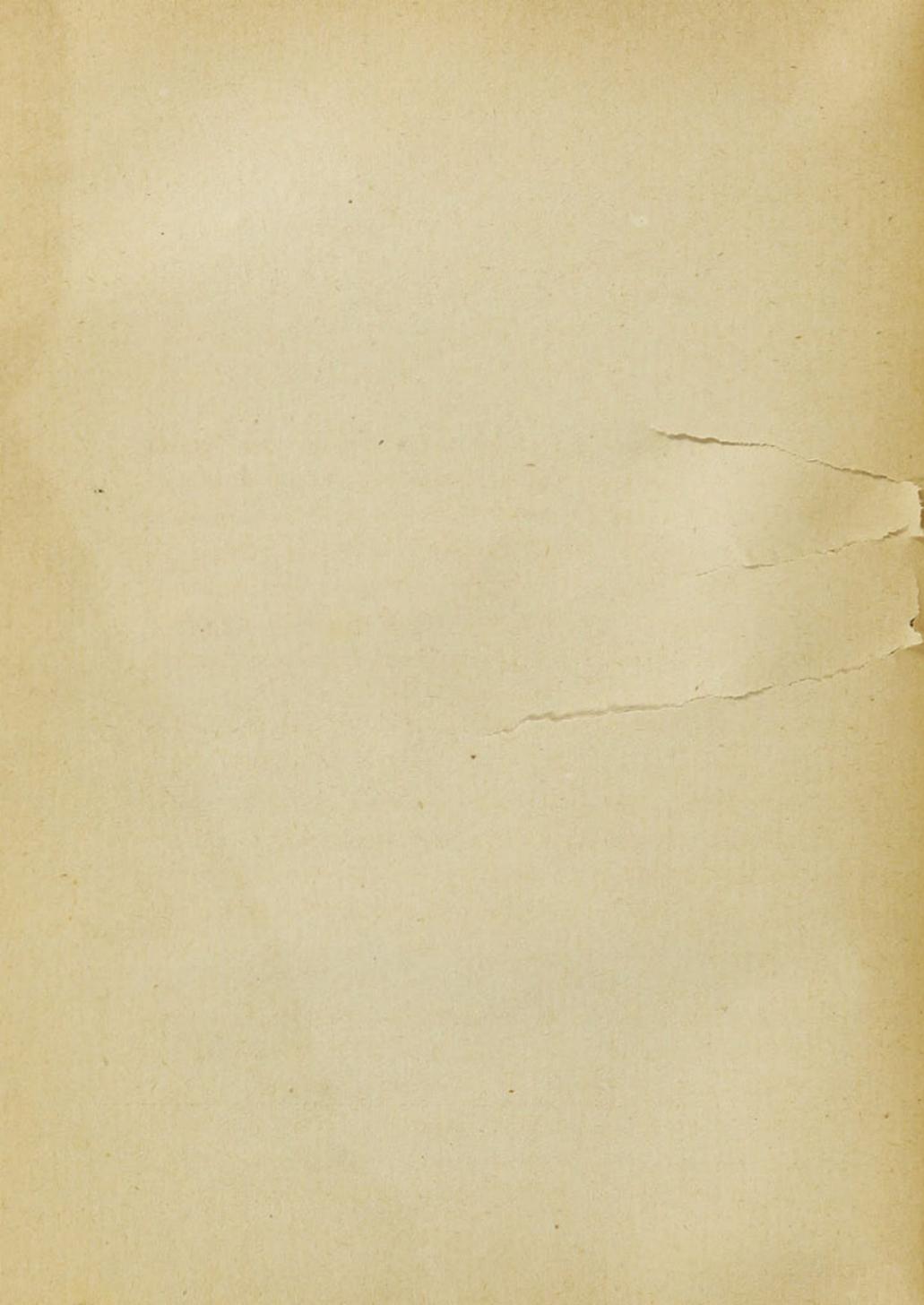
195951

*Es propiedad del Editor
Inscripción N.º 589*

*Impreso en los talleres
de la Editorial Nascimento
Arturo Prat 1430
Santiago de Chile.—1927*

Carlos Pezoa Velis

por **Armando Donoso**



Van a cumplirse veinte años de la muerte de Carlos Pezoa Velis. El tiempo que nos separa de esa fecha, el tiempo que suele ser la mejor criba depuradora para lo que haya de legar la obra de un escritor al futuro, no ha hecho sino acrecentar el interés popular en torno a esta figura doliente, tan humana, en la que todo un período de la poesía chilena parece despedirse de una modalidad y una época literarias características.

Dos ediciones de sus versos, la primera recopilada por Ernesto Montenegro con el título de «Alma chilena», y la segunda, «Campanas de Oro», nombre que siempre acarició para su primer libro el poeta, hecha en París por Leonardo Pena, han contribuído a difundir la obra de este lírico que cuenta entre lo más representativo que produjo un período, hoy algo anacrónico para los gustos del momento.

A la desaparición de la vanguardia romántica, el último de cuyos cantores fué don Eduardo de la Barra, le sucede esa generación que se inicia después que Rubén Darío parte de Chile, de regreso a su Nicaragua natal, para trasladarse luego a Buenos Aires. Son los años de los últimos lustros del siglo pasado, cuando se publican

«Prosas profanas» y «Los raros»; «Las montañas del oro» y algunos versos de Pedro Antonio González. Se inicia para América el período naturalista: la poesía y la novela comienzan a interesarse por las cosas de la tierra; Dublé Urrutia es el primero en mirar hacia el campo y la montaña, dando la visión de la vida rural, del indio lanzado de su ruca, de las minas, del mar que bendice San Pedro. Es un momento sintomático en la evolución de una literatura, porque significa el olvido del cosmopolitismo romántico y el nacimiento del gusto por lo autóctono, que pronto va a tener sus novelistas y hasta el indispensable sociólogo, capaz de sistematizar en un libro los fundamentos de la chilenidad.

Pezoa Velis comienza como todos los jóvenes, recorre los mismos senderos trillados de *l'usaffa poesia*, que se concibe de memoria, entonando un himno a Dreyfus o componiendo una oda al hijo del pueblo para un modesto centro obrero. En los años iniciales del nuevo siglo define un sentido interesante con sus primeros versos, que ha de convertirse en una expresión original en los poemitas escritos durante los últimos años de su corta existencia. No es un lírico de estilo fácil, de forma elegante, muy siglo dieciocho: su vocabulario es pobre, rudo, forjado a martillazos; su imaginación, de corto vuelo, encontraría su mejor símil en esas aves del campo chileno, de carne sustanciosa y pluma vulgar.

Naturaleza algo plebeya, solicitada por el aspecto sensual de las cosas, se identifica con la emoción puramente material que le brinda el momento: la hembra más que el amor; la sensación del paisaje antes que la inquietud de

la sensibilidad; el objeto antepuesto al sujeto; la anécdota largamente gustada, según el cartabón de las aficiones populares; todo lo que pasa ante la cámara de la pupila, mientras el espíritu yace mudo. La cultura incipiente (D'Halmar advertía: «pocas veces había tenido yo ocasión de tratar un literato con menos letras») y la sensibilidad rudimentariamente cultivada, le pierden en la banalidad de lo descriptivo y sólo una que otra vez, así *Tarde en el hospital*, alguna nota íntima revela al lírico, al lírico puro.

Pero, fuese cual fuere la concepción que este poeta tuvo de la naturaleza y del arte, su obra quedará indicando un momento de la evolución en la literatura chilena, como la de Pedro Antonio González señala una etapa casi paralela. Es el precursor de otros valores más depurados y cosmopolitas, así Gabriela Mistral y Magallanes Moure, que acaso no llegaran tan pronto a ser del gusto popular, como ya lo es Pezoa Velis con la simple música de sus versos.

En este lírico se cumplió el destino de muchos escritores románticos: morir joven y tener en su vida el comienzo de una leyenda, nacida al margen de su existencia bohemia, crucificada, antes de los treinta años, por un infortunio que sólo logró mitigar la muerte. Sus amigos, que se encargaron de escribir su biografía, contribuyeron a dejar un margen para todas las suposiciones con las dudas prodigadas respecto de su nacimiento y de su hogar. Poseedores de sus papeles íntimos, que no desconoció Ernesto Montenegro, biógrafo generoso y compilador de sus versos, hemos intentado completar el estudio de esta personalidad, algunos de cuyos aspectos resultan tanto más

interesantes con la lectura de sus Memorias, que son como el prontuario de los sentimientos en la formación del carácter en un poeta de veinte años.

Pezoa Velis, poeta representativo de un momento, vivirá en las letras chilenas junto a Blest Gana, Soffía, de la Barra y Pedro Antonio González, cuyos nombres constituyen el aspecto por ahora más significativo en la pobre tradición en nuestra incipiente historia literaria.

LA HISTORIA DEL HIJO ADOPTIVO

Antes aún de su muerte y un lustro después, en forma ostensible con la publicación de las primeras biografías, comenzó a hilvanarse la historia que le hace aparecer como el hijo de la casualidad, como al propio don nadie, que ni siquiera pudo ser fruto de un apasionado amor ocasional, porque sus padres acaso no sintieron nunca otro impulso que el del instinto eventual, que se resuelve en la ocasión furtiva de la aventura sin responsabilidad.

En 1912 reunió en volumen sus poesías Ernesto Montenegro, edición excelente y escrupulosa, y, tanto en el prólogo biográfico que él escribió, como en la página epilógica suscrita por D'Halmar, se hablaba, sin asomo de dudas, sobre el origen más que humilde, equívoco, de su nacimiento. «Su madre parece haber sido por aquel tiempo, dice el primero, una joven del servicio doméstico, criada o costurera. Su padre era un inmigrante español». Los dueños de casa, donde su madre trabajaba, uno de esos matrimonios estériles, concluyen por adoptarlo como hijo.

A su vez, recuerda D'Halmar, que un día se encontró con Pezoa Velis al pie de los nichos del Cementerio Católico, en que yacen los restos de sus padres: «El me habló por primera y última vez de ese fulano Pezoa y esa viejita Velis, que sin ser sus padres le habían prohijado y a los cuales él no había sabido sino hacer sufrir con sus arranques incomprensibles». Antes observaba el propio D'Halmar que, «vagamente se le había oído hablar de un padre y una madre».

Hasta aquí las razones que abonan la historia de los orígenes bien humildes de Pezoa Velis, que habían contribuído a formar ese carácter enigmático, frecuentemente amargado, huraño, transhumante, y a cuya difusión contribuyeron no poco las infundadas sospechas de sus contemporáneos, que no conocieron su hogar, y la queja sostenida del poeta, que siempre dió pábulo a las sospechas murmuradoras. Sin embargo, la publicación de esas reminiscencias provocaron las necesarias rectificaciones, que debemos tomar como punto de partida para rehacer la historia de la vida del poeta, por lo demás tan simple, tan sumaria y de tan escaso interés literario. Samuel Lillo fué el primero en puntualizar los datos ciertos de su biografía, asegurando que sus padres habían sido el comerciante don José María Pezoa y doña Emerenciana Velis, «personas de modesta pero holgada condición social»; noticias que sancionó públicamente, con su corroboración, Efraín Jaña Velis, primo hermano del poeta, al mismo tiempo que protestaba contra cuantos le hacían «aparecer como producto de la multitud, como un hongo silvestre, a un muchacho con hogar propio, con familia determinada, no incierta, con

padres de situación tan modesta como se quiera, pero en todo caso honorable, con relativos medios económicos para darle la educación que realmente le dieran en conocidos colegios de Santiago, y le permitieron hacer los primeros años de su juventud protegido por el cariño entrañable, por la adoración que su señora madre como a único hijo le tenía.

Hemos verificado con el señor Jaña Velis cuantos datos se referían a la vida de su pariente. Tal vez los hubiésemos acogido con cuidadosa fe inventarial, porque no siempre emanan de la familia las noticias auténticas en cuanto se trata de los vínculos domésticos, si no fuera porque documentos insospechables parecen concurrir en la comprobación de la verdad en cuanto nos ha sido dable conocer. En efecto, quiso nuestra curiosidad y acaso la buena fortuna del poeta, que el propio autor de la primera edición de sus versos nos hiciera depositario de sus Memorias, y que una feliz casualidad trajera hasta nuestro poder otros papeles inéditos, poemas, apuntes novelescos, recorres de periódicos, notas, bosquejos de posibles obras, que ahora se aprovechan para la edición definitiva de cuanto escribió.

Procuraremos conocer, valiéndonos del testimonio de sus recuerdos, escritos en 1899, cuando Pezoa Velis contaba veinte años de edad, la verdad de su nacimiento y su hogar. Ante todo, hay una situación de hecho en lo que toca al testimonio de su primo don Efraín Jaña Velis: puede hablar éste con perfecta autoridad sobre el poeta, porque no en vano unió a ambos algo más que la simple relación que establece un parentesco. Pezoa Velis se refiere constantemente a su primo, camarada de sus juegos y de sus sim.

patías, ni más ni menos que si fuera un hermano; frecuenta su casa, que es la de la hermana de su madre; la recuerda a cada instante: «anoche dormí, escribe el Sábado 18 de Noviembre, con mi primito Efraín, que con cariño infantil suele acompañar mis horas de sueño».

En sus Memorias se refiere constantemente a su madre y siempre con esa familiaridad que parece autorizar la ascendencia legítima; con esa confianza que, en un joven de veinte años, no impone reservas. Otra hubiera sido la actitud de Pezoa Velis para con la madre adoptiva y otra también la de una madre que no fuera la propia, la de la sangre misma, con el hijo ocasional. Un día cualquiera advierte en su Diario: «¡Ah! Esta mamá que tengo! Mientras escribo silencioso, ha arrojado una cafetera que preparaba para mí. No le para la boca. ¡Tanto ¡...! En menos de un cuarto de hora, creo que ha hablado como cuatro mil palabras. ¡Y qué lenguaje! ¡Por fin ha callado!» Tal vez no es el más prudente y amante de los hijos, pero a veces su emoción se deshace en rendida ternura para hablar de su madre, según ocurre en aquellos versos de *Cansancio del camino*: «Tú no viviste para ti. Eras buena—como tu amor por mí; y eres tan santa—como mi amor, como esta inmensa pena—que de esta mala vida me levanta».

De la condición muy modesta del hogar dan sobradas pruebas las repetidas anotaciones del poeta: «Mi madre se queja, dice, de su trabajo de cocina. Yo veré modo de aliviarlo buscando una sirvienta». Poco más tarde consigna lo siguiente: «En estos días han caído dos malas nuevas sobre mí: la de que mi mamá riñe a mi padre porque bebe. La de que han impuesto una patente de ciento treinta y

dos pesos a su negocio de licores, lo cual equivale a clausurarlo». Un buen día piensa decididamente dejar la literatura y ganar mucho dinero, porque su madre «al menos así tendría de todo: sería feliz con mi mamá, la que se arrastraría a mis pies si yo le diera algo».

Que era ese un hogar venido a menos en sus anteriores hábitos de holgura parece cosa indudable, porque un día escribe en su Diario, al notar que su amada Lorenza lleva los zapatos con las suelas rotas: «Conozco que sus medios de fortuna son suficientes para no colocarla nunca en esas circunstancias. Pero hay algo que lo creo un resto del orgullo que inculcaron mis padres a mí cuando chico y que me impide desprenderme de esas tonterías mundanas».

Tal vez la condición dura y sacrificada en que se esclaviza ha descompuesto el carácter de la buena mujer, haciendo agrio y exasperado el lenguaje que le prodiga al hijo tempranamente errabundo y violento: «He discutido con mi mamá mucho, escribe en su Diario. Me ha insultado con el lenguaje grosero de siempre». Un día, mientras él va a leerle a un amigo su cuaderno de Memorias, ella exclama con duro reproche: «Ya le *vai* a señalar eso a otro?». Es el propio poeta quien se ha encargado de subrayar los dos vocablos. En otra ocasión, le cuenta a su hermana: «Este baboso, además de gastar toda la plata, mortifica comiendo en otra parte; para escribir porquerías no más sirve». Y, agrega Pezoa, «se refería ella a mis Memorias!».

Bien modesta y sacrificada debió ser la condición de esa madre, en cuyos sentimientos parecía tener escasa influencia una educación acaso asaz rudimentaria. Enemiga

de los libros, se desespera porque el hijo pierde el tiempo en la lectura o borroneando carillas: «En la tarde he tenido una pelea terrible con mi madre por cuestiones de libros que Isolina me roba. Me dió un palo que me dejó hinchado el brazo».

A su padre se refiere, incidentalmente, una que otra vez, en sus cuadernos de recuerdos, con absoluta indiferencia. Un día se conversa en el comedor; su padre habla del próximo y temido cataclismo que debe provocar la aparición del cometa Biela: «Mi padre salió con esta: ¿qué habrá mandado algún recado Dios, que saben tanto esos sabios? Me amostazó un poco esa estupidez, pero ¡qué diablos! él no recibió de sus padres los beneficios que he recibido yo. Después le hice una bien acholadora observación, que le redujo, por buen rato, al silencio». Sin embargo, años más tarde, con rendida ternura, le escribe a su amigo Ignacio Herrera: «Vaya donde mi viejo, en horas determinadas de la semana, día por medio, y me le enseña las primeras letras». Algún tiempo después, en carta sin fecha, simple carta literaria, le refiere a su hermano Gabriel la trágica muerte de su padre: «Nuestro padre, (¡el mismo que vimos desde siempre cuando éramos niños!) ha sido atropellado por un carrito eléctrico. Fué a las cuatro del último día veinte; a las doce de la noche moría. ¿Comprendes, hermano mío? ¡Moria! ¿Sabes qué significa esto? Yo no me lo explico. Algo sí entreveo de que sus ojos buenos (¡inmensamente buenos!) ya no tendrán para nosotros aquellas miradas de amor que tenía en las tardes tranquilas que jugábamos en el gran patio del viejo hogar».

No parecía reinar del todo la paz en el hogar debido

al carácter agrio y explosivo de la madre y de la indiferencia y abandono del padre, buen nocherniego y mejor catador de vinos. El hijo piensa abandonar el techo paterno. Un día, a la hora del almuerzo, escribe: «Están muy en la buena con mi papá; mala seña: cuando ellos están bien, desquita o desahoga mi madre, sus instintos con mi humilde pellejo».

Pezoa Velis juzga y trata a sus padres con demasiada intimidad, haciéndonos creer fundadamente que este era su hogar propio, por directos vínculos de la sangre, y no el adoptivo que le conceden sus biógrafos. El más elemental deber de gratitud le hubiese obligado a observar otra conducta y a modigerar su juicio en caso de tratarse de padres a quienes se considerara atado por los simples vínculos de una obligación moral. Sólo un hijo que se sabe de toda legitimidad se siente con esa confianza que autoriza la censura a veces severa y triste, como cuando escribe en sus Memorias: «Escucho a mi madre regañando a mi papá porque *toma*, según dice». Sin embargo, no faltará quién arguya que podría ser prueba de lo contrario esa helada falta de amor, de ternura, con que se expresa de su madre, cosa que podría ser exacta a no mediar los restantes testimonios de afecto filial que encontramos en tantas de sus estrofas y aún en las frecuentes anotaciones de su Diario. A menudo exclama pensando en ella: ¡qué buena!...

Por lo demás, es preciso no olvidar que, en la carta ya citada a su hermano Gabriel, cuando le refiere la muerte de su padre, le dice: «Hermano mío. ¡Quién me diera tenerte en mis brazos para estrechar lo único que

queda de mi carne y de mi sangre! Quién pudiera mirar tus ojos grandes que son los de mi madre! Tus ojos tan tristes que en nuestras charlas de mesa se hundían en las dulces pupilas del viejo querido. ¡Ah, hermano mío! Yo mismo lo vi muerto. El cadáver sobre una plancha de mármol. Al lado las piernas cortadas, absolutamente separadas del cuerpo, como objetos ajenos a él. Murió exclamando: «¡Mis hijos, Dios mío! ¿Por qué no los llaman?»

¿Aún podrán pensar los biógrafos de Pezoa Velis que era ese un simple padre adoptivo?...

AÑOS DE MOCEDAD

Ni por su origen arranca del pueblo Pezoa Velis, ni parece haber sido el hijo de esa casualidad que han pretendido confirmar algunos de sus amigos. Pertenecía a una familia acomodada, a uno de esos hogares de la clase media, en los cuales la tragedia de la pobreza se disimulaba con apariencias de holgura. Su padre, modesto comerciante de Buín, no logró ser afortunado: ganaba lo indispensable, en su negocio de licores, para el mantenimiento de su hogar y sus expansiones burguesas de buen bebedor y de incorregible aficionado a la gula. En la casa la madre tuvo que sobrellevar siempre el peso de las obligaciones, compartiendo los deberes que le imponían los cuidados del hijo con las necesidades domésticas. Cuando el unigénito comienza a ganar algún dinero pensamos que podrá destinarlo para aliviar las privaciones de los suyos.

Sin embargo, advierte en su Diario, que el primer sueldo no le alcanzó siquiera para sus pequeñas necesidades y eso que tiene casa y comida gratis en su hogar. Ya hemos leído como en sus buenos propósitos de hijo sumiso, cuando su madre no le reñía, pensaba poder aligerar las tareas de la servidumbre que ella tenía a su cargo, buscando alguna criada para la cocina y los demás menesteres del hogar.

Era la suya una familia pobre, de escasos recursos, pero de condición decente y en ningún caso del pueblo, cosa que por lo demás no debería preocupar a propios ni extraños si no fuese porque una controversia pública ha ventilado punto de tan escasa importancia para la vida de un poeta. El testimonio inmediato de una hermana de su madre y de su primo Efraín, basta para corroborar el fundamento de este aserto que ya hemos hecho valer con otros antecedentes, y que verificaba Samuel Lillo cuando, hace algunos años, decía que sus padres «eran personas de modesta pero holgada condición social».

Nacido el 21 de Julio de 1879 en Santiago, («Según me han dicho, escribe en sus Memorias de 4 de Noviembre de 1899, yo nací el 21 de Julio de 1879. De manera que debo tener, si no me equivoco, 20 años, 3 meses, 14 días. Hoy es el día de mi santo; es decir, San Carlos Borromeo, obispo y confesor, según reza el almanaque») permaneció durante toda su niñez en la metrópoli, con las solas ocasionales salidas impuestas por alguna excursión de recreo de su familia. De sus primeras letras y de sus estudios secundarios, apenas si queda el vago recuerdo en el Colegio de San Agustín de un muchachuelo de tan-

tos, mediano, algo enfermizo, de aspecto enteco y apocado. Enrique Oportus, amigo de Pedro Antonio González, de Marcial Cabrera Guerra y de cuantos por aquellos años andaban enredados en cosas de letras, fué uno de sus maestros, de quien aprendió el gusto por los libros. «Le vimos estudiar embrutecedoramente, recuerda D'Halmar, y rendir en un año los tres que le faltaban para un bachillerato dejado de mano quién sabe desde cuando, seguramente por las necesidades de la lucha diaria». ¡Generosa e indulgente fantasía cordial! Con un serio esfuerzo pudo finiquitar esos estudios de las humanidades completando privadamente los exámenes que no alcanzó a terminar por la vía ordinaria de los cursos regulares de un colegio. Hubo una época en que el afán de completar sus humanidades le movió a sumergirse en los libros, logrando rendir satisfactoriamente diez exámenes entre los meses de Diciembre y Marzo. ¿Acaso todos los de su generación no contaron con análogos o menores recursos que los suyos, lo cual no fué obstáculo para que alcanzaran una carrera? Atribuyámosle a su espíritu bohemio y a su voluntad tornadiza la parte más directa de esa negligencia, que iba a pagar con tantos sinsabores y privaciones. En efecto, para justificar el fracaso de sus estudios y cumplir con sus deberes civiles, ingresó el año noventa y ocho, época de alarma, cuando se creía inevitable una guerra con la Argentina, al cuartel del tercero de línea, en carácter de guardia nacional, es decir, con rango superior al del soldado, que le permitía un rápido ascenso al grado de oficial. En cierta ocasión, al cruzar la calle de Recoleta, en un cortejo que se dirigía al Cementerio, recordaba:

«La calle Recoleta, sus jardines, el cuartel del tercero, mi estadia en él de subteniente de Guardias Nacionales». En su cuaderno inédito *Vida Militar* revive esta época de su vida, y en algunos de sus poemas, *La pena de azotes*, evoca ciertas impresiones de ese entonces: el desertor a quien se castiga bárbaramente ante el batallón formado, o en presencia de «una estatua llena de galones». También puede leerse en Memorias que, el día 4 de Noviembre de 1898, «venía llegando al Nuevo Manicomio, con el batallón número 3 de Infantería de vuelta de una penosa expedición a las Viscachas que con otros cuerpos se efectuó, con el objeto de contener en su avance sobre Santiago al ejército del Oriente».

Cuando abandona el cuartel piensa decididamente ganarse la vida para acudir en ayuda de los suyos. Su hogar, la casita que habitan en la calle Mensía de los Nidos, va de mal en peor: más que nunca cargada de obligaciones su madre; antes solicitado por la calle y la vida ligera que por los deberes su padre, afronta la obligación urgente de trabajar, de aprender a trabajar para los suyos y para el futuro nido que comienza a acariciar en sueños. Por las noches frecuenta los cursos de francés y contabilidad en el Instituto Comercial; sienta plaza de aprendiz de zapatero; con las primeras luces del día va al Mercado a *calar* sandías, pequeño puesto que le permite ganar algunos centavos; obtiene un puestecillo de escribiente en un cuartel y rueda y rueda sin clavar el ancla de su destino en tierra firme. Es para él esta la hora del primer amor romántico, el momento de la novia que nos hace señas desde la orilla del camino: todas las páginas

de su Diario juvenil las llena la presencia de Lorenza, hermana de un buen amigo suyo, que aparece en su destino en los momentos en que ha conseguido una ayudantía en el colegio de San Fidel. ¡Inolvidable época del primer amor formal y de la primera obligación del hombre que siente el peso de la responsabilidad! «Bañados por una luna espléndida, escribe uno de esos días, me siento solo con Lorenza, conversando de lo que nunca cansa a los enamorados: de nosotros mismos». Vive cerca del Colegio de las Monjas del Corazón de María, y ese ambiente apacible le es grato a su modesto pasar: «Mi colegio, dice, está en frente del convento Belén. Tiene una huerta que en conjunto con su edificio grave y solemne y con sus torres blancas, las encuentro muy poéticas». En sus versos incipientes de entonces estampa su sensación del mismo espectáculo: «He mirado el convento que, orgulloso, —señala aquel torreón,—donde vienen las tímidas palomas a recibir el sol»... En la página inicial de sus recuerdos, advertía: «He principiado mi diario a las ocho y media A. M.; mientras mis alumnos estudian una lección de Catecismo. Por esto se comprenderá que ocupó la ayudantía de una escuela. Es esta la de San Fidel. Se halla situada en la calle Diez de Julio, entre Gálvez y San Diego; más seguridad de encontrarla tendría quien supiese que por la puerta de este colegio pasa la única acequia atravesada de esta cuadra».

Distaba mucho de cumplir seriamente con sus obligaciones en la enseñanza y en la inspección del colegio: es duro y torvo con los niños y, frecuentemente, llega a arrepentirse de tratarlos mal y hasta de golpearlos. Un día

se duele y exclama, después de haberles infringido un castigo demasiado severo a los pequeñuelos: «¡Qué acción tan repugnante!» Pero, a pesar de sus buenos propósitos, su carácter irascible, su humor tornadizo, le arrebatan con exasperaciones bien poco propias de un educador. Y es así como, cuando menos lo espera, a pesar de que cree tener en el Director del colegio a un buen amigo que le apoya ante las monjas, pierde su empleo. Se le dice que han sabido que profesa ideas poco ortodoxas y que su vida y el cumplimiento de sus deberes no son los más edificantes. No podía sorprender este obligado fin en su cargo de inspector o ayudante en un colegio de religiosos. No eran los más edificantes sus versos publicados a la sazón en «El Clarín» o «La Nueva República». ¡Ah, los deliciosos diecinueve años de un poeta, que se cree en su hora de redentor y de visionario! Escribe sobre todo; todo lo niega y todo lo demuele. En alguno de sus sonetos, que titula *Libertaria*, con esa ingenuidad de enfermizo romanticismo juvenil, exclama: «Yo pienso en la dulzura de una vida—sin Dios, ni leyes, ni amistad, ni amor»... ¿Qué son para él Dios, la ley y la amistad, sino invento de los idiotas, látigo de la opresión y una palabra utópica? ¿Qué impresión podían hacerle tales conceptos a la Superiora del Colegio?

Tras la pasajera insignificante libertad que le permitía ante los suyos el pequeño sueldo que ganaba, vuelven los días negros, amargos, de la cesantía; de la miseria con todo su cortejo de necesidades. Con él comparte su amigo de siempre, Ignacio Herrera, su cuarto de pensión y los escasos recursos de que dispone: sus almuerzos consisten en sendas tazas de té o de café o en algunos pedazos de

carne cruda con sal, que acompañan con trozos de pan, ¡Bohemia, bohemia, hecha de privaciones pero adobada de literatura! Ahora su pobreza raya en la franciscana miseria y, como si esto fuese poco, Lorenza, su posible novia, cesa de ser para él una ilusión, porque la pierde para siempre. «¡Ah buitre salvaje! ¡Ah, destino!», exclama en ese momento echando a rodar su última esperanza. Vaga por las fondas de la Alameda en la noche de Navidad; bebe, bebe brutalmente, «hasta quedar completamente borracho». Entonces, más que nunca, su sensualidad se exaspera y sus ideas se abaten. Cuando se encuentra con un antiguo amigo anarquista, recuerda con horror los «tiempos en que alternaba con esa canalla».

Entretanto, pasan los meses, se deshilvanan los días de comienzos del nuevo siglo, y su desorientación es la misma. ¿Qué puede hacer, sin dinero, sin esperanzas, sin un amor? En los brazos acogedores de cierta amiga complaciente se olvida un poco de sí mismo, pero es para despertar al otro día como el náufrago que busca un leño: «¡Dios mío! Favoréceme!, escribe el 2 de Agosto de 1901. Conduceme a la felicidad, dándome valor y fuerza para ser virtuoso, para llegar al fin de mis estudios... ¡Dios mío! Favoréceme». ¿Buenos propósitos? Ocho días más tarde cierra su Diario juvenil recordando que ha estado en un lenocinio y que ha perdido al mejor de sus amigos y definitivamente la esperanza de su amor, de Lorenza.

He ahí la primera etapa del adolescente: ahora tiene la vida libre frente a él; ya no es un colegial ni un niño desamparado. Es el momento en que el hombre comienza formalmente la vida literaria y se independiza del hogar.

De tarde en tarde reincide en su propósito de estudiar, pero ¿qué energía disociadora sojuzga su voluntad? ¿Quién le impide ser dueño de su destino? ¡Ah, el mismo lo ha dicho:

Su mal es el mismo de los vagabundos;
fatiga, neurosis, anemia moral...

LA VIDA, SUS PENAS...

El primer lustro del nuevo siglo es de renacimiento y de esperanza para la literatura chilena: se inicia bajo excelentes auspicios con los comienzos de modernización de la prensa, la fundación de nuevas revistas y una entusiasta actividad intelectual que tiene su centro en el Ateneo. Es la época en que aparecen *El Mercurio* santiaguino, *Luz y Sombra* y *Pluma y Lápiz*, a los que van a seguir poco más tarde *Chile Ilustrado*, *Panthesis*, *Zig-Zag*. El joven Pezoa Velis frecuenta las redacciones de estos periódicos y conoce a Augusto Thomson, a Isaías Gamboa, a Samuel Lillo, a Guillermo Labarca, a Manuel Magallanes Moure y a Víctor Domingo Silva. Olvida así los veniales pecadillos de juventud que es necesario ocultar, sus versos incipientes de *El Clarín*. Ahora, en menos de un lustro, *El perro vagabundo*, *Nada*, *El Pintor Pereza*, *Pancho* y *Tomás* han revelado en un corto período y en la totalidad de su talento, a un poeta singular, el más humano y el más doliente.

Pero, recordemos un instante, abriendo un paréntesis explicativo de esta vida, lo que tal hora nueva representó

para la naciente literatura: ya advertíamos que estos años iniciales del nuevo siglo llegan cargados de promesas, no faltando cuantos alcancen a pensar que las decantadas civilizaciones europeas han hecho crisis y prometen renovarse en las tierras novomundanas. Es una ilusión peregrina, pero también las ilusiones suelen tener su eficacia en los destinos de la cultura. La intelectualidad chilena del noveciento aparece mordida, envenenada ha sostenido alguien, de curiosidad cosmopolita. Ya ha triunfado, haciendo tabla rasa de los viejos valores, en todos los países de lengua española, ese movimiento esencialmente moderno, que tuvo su apogeo con el simbolismo y encontró en América su expresión más pura en Rubén Darío. En Santiago la actividad espiritual de las generaciones nuevas denuncia una inquietud interesante y, tanto las revistas como la tribuna del Ateneo, dan la medida de un renacimiento eficaz. Marcial Cabrera Guerra ha sido el animador de esa primera etapa germinal, contribuyendo con su revista *Pluma y Lápiz* a la renovación precursora del Chile nuevo. La segunda época, inmediatamente anterior y sucedánea del novecientos cinco, encuentra el ambiente propicio para una literatura más humana, menos ficción, más animada de finalidad social. Y, aunque no encarna todas las tendencias, ni satisface todas las aspiraciones, tiene su dictador ese momento, el necesario árbitro: Augusto Thomson. Lo acatan los de su generación, mientras los más nuevos lo siguen y lo imitan. Sus comienzos son la historia de sus lecturas: primero el indispensable Zola de «Nana», cuando publica su novela «Juana Lucero», página vigorosa, que bien pronto repudiará sin lograr que se la olvide; luego

el inocente Daudet de «Petit Chose», y el doméstico Mau-
passant, que le mueven a escribir una serie de cuentos
tan finos como *Coilipo* o tan patéticos como *En provincia*,
Después del teatro; por fin, Loti, el Loti de «Mi hermano
Ives», que despierta el espíritu errabundo e inquieto del
almirante fantasma, y que contribuye a descubrir al definiti-
vo D'Halmar, al que se pertenece a sí mismo, el D'Hal-
mar que comparte este nombre por vez primera con el
novelista Santiván al pie de una página enigmática. Junto
con encontrar el ascendiente del abuelo escandinavo a
bordo de un velero romántico (oh anticipada sugestión de
las remotas latitudes, cuando aún se leía escasamente a
Rimbaud! D'Halmar revela al novelista, lleno de sugestio-
nes extrañas, de *La Lámpara en el molino*. Las sombras
de Andersen y de Ibsen, que influyeron en *A rodar tierras*
y en *Al caer la tarde*, se han quedado olvidadas en su
camino, como las voces que oyó Peer Gynt en el regreso.

D'Halmar logra ejercer una innegable dictadura, no ex-
centa de tiranía, sobre la nueva generación literaria del
novecientos cinco: cuando él teatraliza, más que lee, con
su voz de buen actor, su monólogo *Nuestra Sombra*, en
la tribuna del Ateneo, esa página que recuerda al d'Annun-
zio de «L'Inocente», encuentra imitadores que le siguen al
momento. Ahí está el volumen «Las veladas del Ateneo», co-
mo un testimonio claro de tal dictadura, que desvía un ins-
tante de su camino a Rafael Maluenda para escribir *Ani-
mae Facies*; y ahí está el recuerdo peregrino de esa deli-
ciosa colonia tolstoyana que, a imitación de la de Creteil
presidida por Jules Romains y Jorge Duhamel, se realizó
bajo la influencia suya. ¿Cómo olvidar a ese grupo de

poetas, pintores y novelistas, que iban a pretender vivir en un retiro casi selvático, al amor de la naturaleza, bajo el influjo y la persuasión de D'Halmar que, por los atardeceres, con una biblia en la mano, bendecía la tierra y el cielo, mientras ellos araban el campo? ¡Inefable tolstoísmo, que llegó a aventajar en su puridad al del propio padre de Yasnaia Poliana!

No es indiferente a cuanto se piensa y se siente en tal momento el autor de *Pancho y Tomás*, que acude desde su rincón de Viña del Mar para leer en el Ateneo santiaguino ese poemita. D'Halmar le aguarda en la estación y D'Halmar comparte el triunfo clamoroso de esa velada memorable.

Esta es ya la hora meridiana de la fortuna en su corta existencia; sin embargo, recordemos los años anteriores, los tres o cuatro que les han precedido. He aquí el momento de iniciación formal en la vida intelectual y el de sus mayores apremios económicos: proyecta irse a trabajar a la Isla de Juan Fernández; gestiona la posibilidad de partir al Ecuador, donde cree poder ganar dinero fácilmente, llegando a publicar la revista *Instantáneas* su retrato con una gacetilla muy elogiosa, en que se anunciaba su ausencia próxima, pero sólo tiene que contentarse con un viaje a la pampa salitrera, desprovisto para él de toda ulterior finalidad pecuniaria. Por lo demás ese era, cualquiera que fuese, el viaje natural, necesario, indispensable para su inquietud de soñador; el viaje que se realiza a cualquier parte, de manera algo furtiva, porque supone la invitación hacia lo desconocido, la aventura en el país que no se sospecha y que se adivina. Debió alcanzar más lejos, hasta Guayaquil,

pero no obtuvo las posibilidades prometidas, ni su familia estaba en situación de realizar un desembolso que no era insignificante. El necesita salir de Santiago, ir a cualquier parte, para aliviar sus inquietudes: se documenta sobre Juan Fernández, estudiando su flora y su fauna en los pacientes libros de Yohow; piensa enriquecerse cazando lobos de mar, que se pagan a veinte pesos cada uno; luego cambia de opinión: «conseguiréirme gratis hasta Colombia, le escribo a Ignacio Herrera, para tomar parte en la revolución liberal que recién se inicia en aquel país».

Sólo dejó, de su efectiva excursión a la región chilena del norte, uno que otro testimonio interesante: artículos como *El Taita de la oficina*, en el cual retrata a uno de esos tipos inolvidables del pueblo, envejecidos en las salitreras; numerosos bosquejos de crónicas y de extensos poemas como *La huelga*, cuyos borradores llenan muchas cuartillas y todas las hojas de un cuaderno, apuntes fragmentarios, imprecisos, que nunca recibieron la forma del poema; y el poemita *De vuelta a la Pampa*, en el cual identifica la vida asarozca del desierto con ese aventurero Pedro Ureta, el gañán esforzado, perdido durante cinco años bajo el sol, con el pico de acero en la mano, aguardando el día en que sus ahorrillos le permitan volver al Sur, donde acaso le aguarda la felicidad: «Allí donde la alegría—del trabajo nunca muere,—él comprará su alquería;—en pos vendrá la que un día—será suya, si Dios quiere».

Entre los papeles inéditos del poeta, hemos encontrado algunas de sus impresiones de la Pampa, escritas a vuela pluma, en borradores apretados de tachaduras y aclaraciones: algún artículo amargo sobre *Los argentinos en la*

Pampa; unas notas tituladas *A la vista de Caracoles y De Chuquicamata a Calama* y muchos y muchos fragmentos con anotaciones curiosas, expresivas a veces como la siguiente: «Es una historia breve pero triste. Vino en la cubierta de un vapor caletero, encontró trabajo en la pampa, disgustóse con un compañero, recibió una cuchillada y se acabó... Nadie se acordó más de su nombre, después de los comentarios hechos al día siguiente del asesinato. Suelen verse años más tarde, avisos conmovedores en las últimas páginas de los diarios obreros: María Reinoso desea saber el paradero de su hijo José, que hace seis años no escribe a la familia... Dirigirse a... Pobrecita María Reinoso! No esperes, no, que el hijo José escriba jamás a la familia. No lo hará seguramente. Si quieres saber su paradero, pregunta a los viejos de la pampa. Ellos te dirán que duerme bien tranquilo en el cementerio de la Oficina X».

No fué grata ni optimista su visión de las tierras del norte: hay en ella amargura, tristeza profunda, dolor, dolor. En los apuntes sobre Taltal, leemos: «Rostros enharinados, caricaturas humanas, payasos ambulantes, con las babas caídas. Todo un semestre de sudor sobre la pampa arrojado a la voracidad de la prostitución en una noche. Rostros de repugnante animalidad. Salteos en Refresco. En la noche del 5: salteo con intento de violación. Después del tren un balazo. Tres presos al día siguiente».

Fué corta su permanencia en las regiones pampinas; a pesar de haber ido con ciertas obligaciones periodísticas, bien poco se ocupó en escribir sus impresiones de simple viajero curioso: «Le vimos aventurarse en esa pampa sali-

trera, escribe D'Halmar, que parecía ser su escenario, y recorrerla ávidamente vendiendo suscripciones, libros o conferencias, como un buhonero del pensamiento, delante del esfuerzo del calichero contra el suelo y el sol, antes aprendiendo a vencerse que a vencer». Varios periódicos santiaguinos le habían encargado contratar suscripciones, tarea que solía ser muy productiva consagrándole una actividad constante: reunió algún dinero en su visita a las oficinas salitreras, con no pocos sinsabores, que en su mayor parte consumió en las obligaciones del viaje. Sólo una necesidad imperiosa hubiera podido obligarle a trabajar para ganarse algunos cuartos; mas, esta vez, no le había faltado el mecenas que acudiera en su ayuda: «Don Jorge Hörmann, escribe Samuel Lillo, grande amigo de Pezoa, agradecido a los servicios prestados por el poeta en una de las campañas políticas, le facilitó los medios para que llevara a cabo un viaje de distracción que le hiciera olvidar la neurastenia que se había apoderado de él. Estuvo en la pampa salitrera no como comerciante que se gana la vida, sino como un hombre de estudio. Se acercó a los trabajadores, participó de su vida, les dió conferencias, y aún les facilitó libros». En efecto, la política pudo serle provechosa esta vez al poeta, que le consagró a ella sus facilidades oratorias. Afiliado al partido liberal democrático, le vemos secundar a Julio Videla, pronunciar un discurso tan rotundo como vulgar y hasta ser invitado en la comitiva del Ministro Herboso en un viaje a La Serena.

Regresa al sur y, entretanto, sigue rodando para él la vida con la monotonía de siempre; áspera e indócil ante sus ambiciones. Escribe ocasionalmente versos, esos poe-

mitas que rubrica bajo la serie *Vida alegre*, en los momentos en que la neurastenia le aguza los nervios. Obtiene un modesto empleo de reportero en un diario y luego, tras una campaña política, le nombran secretario de la Municipalidad de Viña del Mar. Entonces comienza para él una hora de holgura, de desahogo, de paz, de abundancia. El ánimo tranquilo, los nervios generosos, la miseria conjurada, despiertan en él todas las expansiones contenidas del burgués insatisfecho. Viste cuidadosamente, con una elegancia que, a través de las fotografías de la época, permite transparentar al bohemio que ha trocado la soltura de su corbata y de su cuello por el necesario estíramiento que le impone una forzada elegancia.

No sólo sirve ahora con abandonada displicencia su cargo secretarial en la Municipalidad de Viña del Mar, sino que, para incrementar sus no muy largos haberes, hace clases en el Instituto Inglés: «nada de copas, ni de tisis, escribe en una carta de esa época; tampoco nada de estudios que no sean de mi literatura o de mi profesión. Actualmente profesor de Castellano, Historia Natural, Geometría y Gimnasia». No olvida además ese periodismo que había ejercitado en el «Poncio Pilatos», redactando ahora «El Matasiete», periodicuelo virulento, apasionado, ingenioso, que encuentra su propicia víctima en un poeta inofensivo. Acaso para su desesperación constante, exacerbada por el ambiente mercantil de Valparaíso, («El medio es infernal, recordaba en una carta de entonces. No hay con quien conversar de arte. ¡Ay de mí si no conversara! Cómo se cohibiera Ud., amigo, si como yo viviera heladamente, glacialmente activo. Es una gran cosa

la actividad caliente de Santiago) ese aislamiento fué duro para sus nervios y agobiador para el espíritu. A Ignacio Herrera, amigo de toda su juventud y mocedad, confábale en una carta, que su vida estaba ajustada al horario estricto de un escolar: 8 a 11, clase. 12½ a 1½, clase. 2 a 4, trabajo literario. 4 a 6, paseo—Saludos—Relaciones. 6 a 7½, comida. 7½ a 9, clase. 9½ a 11, correspondencia por orden de fecha. Se encuentra en un momento en el cual se goza con sentirse un poco persona importante, capaz de consagrar una buena hora y media a su correspondencia particular. Es la época más tranquila de su vida: se hace pagar todas sus venganzas literarias enderezando implacables improperios, en prosa y verso, desde las páginas de su fugaz periodicuelo, en el cual publica *Vida de Puerto*, antecedente bien humorado de su próxima *Alma chilena*. Escribe crónicas para *El Chileno*, con el que bien pronto va a tener un irreparable disgusto, del que encontramos el eco de unos versos alusivos entre sus papeles póstumos: «Aunque *El Chileno* se afana—en vestirse de mezclilla—se sabe que usa sotana—escapulario y cerquilla...»; acaricia la idea de escribir un *Sermón de la ciudad*, dirigido a los jóvenes que en medio de la urbe populosa, se dejan adormecer por la molicie, mientras el pueblo sufre hambre: «la mentira abunda en vuestros espíritus, exclama, como en la viña el grano de uva dulce... torcidos vuestros criterios como sarmientos resecos»; va a Santiago a leer, en el Ateneo, *Pancho y Tomás*, que se publica en el primer volumen de este centro; hace un poco el vividor, buen nocherniego y perfecto enamorado de tantas Margaritas como siempre

le sorbieron el seso. Hasta que un día la desgracia, la irreparable desgracia, arruina para siempre su juventud. El terremoto de Agosto de 1906 está a punto de sepultarle vivo: lo aplasta un muro, que le destroza las piernas y le arranca los dientes, a él, que cifraba no poca vanidad en su porte de agraciado adolescente. No es ya el sufrimiento momentáneo lo que le preocupa, sino la catástrofe final, la invalidez definitiva. Una luxación irreparable en la cadera y una fractura en la pierna tienen como resultado la anquilosis, que le va a condenar a arrastrarse como un mendigo o a esconder su miseria física como un mutilado. Es la fatalidad, la desgracia brutal. Ahora, más que nunca, podrá exclamar: «¡ah, buitres salvajes! Ah, destino!»

De las salas heladas de la ambulancia, casi solo, triste hasta la muerte, convertido en un espectro de la miseria física, va a ocultarse un tiempo en un rincón campesino que le brinda un amigo. A veces se ilusiona creyendo posible la mejoría, pero luego se resigna a arrastrar su cuerpo defectuoso con el par de muletas que lo sostienen. Sin embargo, todo esto no es más que el antecedente fatal, la buena preparación que diría Kierkegaard, para la muerte: en efecto, la lesión orgánica ha sido grave y su consecuencia ulterior va a ser una tuberculosis a los intestinos, que le arroja durante sus últimos meses de vida al Hospital Alemán y luego al de San Vicente. Es en vano ya que el bisturí del doctor Navarro le opere una de esas fístulas malignas, que han deshecho su organismo. Apagados, exhaustos, están sus ojos claros y sarmentosas

sus manos finas con uñas foscas, que advertía uno de sus amigos.

¿Es que Pezoa Velis era ya un predestinado a la tuberculosis? En su Diario escribía, con fecha del Sábado 16 de Diciembre de 1899: «Estoy bastante enfermo de mis pulmones. Veremos modo de ponerme un poco de yodo». Habla de haber sufrido un ataque que acaso fué una hemorragia. Y, aunque algunos de sus amigos recuerda su obsesión de creerse tuberculoso, parecen fundadas sus continuas sospechas: «Me han vuelto hace dos días, le escribe en 1900 a Ignacio Herrera, esos sudores que tuve dos días el invierno próximo pasado». Y, un año después, agrega: «El resto del tiempo que me dejan esas dos compañías (alude a los recuerdos y a la guitarra) lo ocupo en comer y en averiguar si tengo tisis o no». Por fin recuerda que un día se quedó dormido, despertando con una tos seca, «segundo atracón de la tisis».

Larga, inacabable a través de los días lentos del otoño, fué su agonía. «En la comisura de los labios, (ha recordado Leonardo Pena en el preliminar a la selección de sus poesías que hizo en París, con el título que acarició siempre Pezoa Velis para su libro: *Las Campanas de Oro*) pálidos y afiebrados, se marcaban profundamente, como abiertos a cuchillo, tres o cuatro pequeños pliegues, y los ojos habían perdido su expresión dulce y animada de otros tiempos, para tomar un brillo duro y triste. Leíase en su fisonomía no sé qué sello de fatiga, de cansancio, de inquietud, de sordo e inacabable sufrir. No hacía ningún movimiento, pero sus ojos miraban tan desoladamente que parecían querer aferrarse a los seres

y a las cosas. Un día dijo: Se me figura que Uds. son tan felices porque pueden contemplar el sol! Yo no lo veré más: el modo con que ustedes me hablan y me miran, me lo dice bien claro.

Una mañana, del Abril de 1908, antes de haber cumplido los veintinueve años de edad; en pleno otoño, precursor de ese invierno que imaginaba en su poema para el largo viaje, se quedó dormido Juan Perez, descansando para siempre de las fatigas de la vida:

¿Cuándo será el viaje eterno?
Tal vez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

¿PEZOA VELIS, POETA POPULAR?

No era Pezoa Velis ese hombre del pueblo que dieron en afirmar sus biógrafos y sus amigos, acaso para explicar mejor el fondo decorativo en algunos de sus poemas. El escritor que concibió *Pancho y Tomás* y *Alma chilena*, no hizo otra cosa sino responder al influjo de la moda literaria, cuando estaba muy en boga cierta literatura de tono rústico, de ambiente popular, impuesta por la influencia del naturalismo europeo, de escritores franceses como Zola o de novelistas rusos como Gorki. Durante los ocho primeros años del siglo ¿cuál fué el escritor chileno que no rindió su necesario tributo al ruralismo del momento? Baldomero Lillo publica los cuentos de «Subterra»; Guillermo Labarca escribe «Al amor

de la tierra»; Dublé Urrutia «Del mar a la montaña»; Bórquez Solar rima una ocasional exaltación demagógica en «La floresta de los leones»; Víctor Domingo Silva asegura que, antes que poeta es revolucionario, en «Hacia allá»; Rafael Maluenda imagina sus «Escenas de la vida campesina». Todos ellos hablan del campo, de las minas, de la pampa, de la gleba; de ese pueblo, en fin, que aguarda su hora y que en Santiago comienza a tener un campanario en la revista *Panthesis*.

El sentimiento de las cosas populares era antes imaginado que sentido en Pezoa Velis como el aristocratismo por que solía decidirse otras veces y que el mejor de sus biógrafos, Ernesto Montenegro, reconoce cuando recuerda que el pasatiempo de una inesperada holgura le mueve a soñar con aristocráticas alianzas. Así también mientras exaltaba la simpatía por la tristeza del labriego o iba a sentir el vaho caliente de la miseria en el riñón de la Pampa, pensaba rivalizar con los gomosos de Viña del Mar: «Su ideal de entonces, ha escrito muy acertadamente D'Halmar, era volverse maniquí de salón; usaba guantes *préville*, que se hacía abrochar entre suspiros por sus íntimos; admitía como moneda corriente libros en francés, que se hacía traducir entre bostezos, y tiraba más vanidad de una cuadrilla mecánicamente danzada, que de una inspiración atrevida». ¿Cómo no recordar también cuando, en la relación de su época de vida militar, habla de su aplomo de elegante y de muchacho vicioso?

Nacido en un modesto hogar de la clase media, convivió ocasionalmente con el pueblo haciendo bien poco

por acercarse a él. Y es así como, la mayor parte de sus poemas, con la excepción de tres o cuatro entre lo mejor de su producción, son la obra de un poeta circunstancial, cuyo fondo está inficionado por todas las influencias del momento, desde Gutiérrez Nájera hasta Díaz Mirón y Lugones. Su poesía representa el fin de una época, en la cual se le rindió pleno homenaje a la anécdota: ¡Cuántos que ya repudiaban a Núñez de Arce, porque sólo escribía cuentos rimados, no lograron sino reincidir en lo que tanto le criticaban! Mientras el autor de *Un Idilio* no pasó de ser más que un romántico, que había tenido su hora de byroniana rebeldía juvenil, los que llegaban tras él no hacían sino renovar el eco de la misma cuerda con un pretexto nuevo. A la preocupación de ahora por las cosas del pueblo, había correspondido ese jacobinismo de los «Gritos del combate». Ahora como entonces los veinte años rebeldes de tantos poetas declinaron hasta la burguesía doméstica de los últimos años de don Gaspar. Así, hacia 1905, cuadraba ser tan romántico haciendo el demagogo literario, como medio siglo antes alardeando desprecio por la vida o exaltando la desesperación amorosa. Fué tal fecha el 1830 del nuevo romanticismo: se era anarquista también byronianamente; se leía a Marx y a Kropotkin; se juraba por Zola y por Gorki; se frecuentaba los centros obreros y, hasta parecía interesante aventurarse en los azares de alguna huelga revolucionaria, ni más ni menos que los románticos del año cuarenta y ocho levantaron en París las barricadas encontrando honroso cualquier Guernesey.

Pezoa Velis, como todos los de su generación, quiso

vivir plenamente su hora: cantó el campo, que sólo conocía incidentalmente por alguna excursión de vacaciones; elogió al *roto*, que vió de cerca en sus días de poeta popular, en su rápida excursión a la Pampa o en los muelles de Valparaíso, en las horas que le dejaba libre su empleo municipal de Viña del Mar; le consagró un poemita a la Pampa, es decir, al gañán esforzado que va a arrancarle el salitre a la costra endurecida de las tierras inhospitalarias. Y nada más. El resto de su poesía es la de cualquier rimador, más o menos vulgar; fácil, suelto, regocijado; ni es fruto del pueblo, nacida al calor del alma popular, ni siquiera puede considerársela como peculiar de la manera de sentir de las clases humildes. En tres de sus poemitas, *Pancho y Tomás*, *Alma Chilena*, *De vuelta de la Pampa* nuestros *rotos*, fatalistas, intencionados, sin apego a la vida, constituyen el motivo animador. Pero, no se busque en ellos otra cosa que lo que son: tres historias rimadas con cierta facilidad, pobres de lenguaje y perfectamente vulgares. Esa poesía pudo halagar un momento, que ya se fué y está muy lejos: después del lirismo estentóreo, puramente verbal de Pedro Antonio González, supo a cosa nueva esta poesía desgredada, prosódicamente rudimentaria, que algo o mucho tenía de las décimas de Bernardino Guajardo, con quien hubiera podido competir alguna vez en lances de improvisación callejera.

Pezoa Velis comenzó siendo poeta del pueblo, no sólo por la soltura de su verso de improvisación, sino que por su convivencia juvenil con la musa callejera: amigo, camarada, del más difundido de los versificadores populares,

Juan Bautista Peralta, al amor de sus veinte años mató muchas hambres llenando esas hojas que, a grito herido, voceaban por las calles los vendedores. Eran las consabidas décimas hiladas en ejercicio de facilidad, que suscribía con un seudónimo ocasional: Juan Mauro Bio-Bío y el ciego Peralta alternaban en ese reinado de manga suelta, que forzaba el tema de algún crimen o de cualquier suceso alarmista. Una tarde de tantas, al margen de cierto celebrado primero de Mayo, con fiesta de arpa y guitarra y en casa de alguna comadre oportuna, los dos poetas solían enredarse en amable duelo de consonantes: mientras Pezoa ajustaba una estrofa, Peralta replicábale por lo divino: «Don Juan Mauro Bio-Bío—es el padre de la ciencia—rey de la Jurisprudencia—más gigante que su río».

Sería preciso analizar en Pezoa Velis esos dos aspectos, casi simultáneos, que muestran al poeta concibiendo *San Ignacio, poeta y confesor*, dechado de verbalismo, simple poesía preciosista, y *Alma Chilena*, versos con sabor a improvisación, para comprender cómo las circunstancias le dictaban las estrofas más diversas: la poesía de juego floral, cadenciosa, pueril, y el verso escrito un poco a la diabla, despeinado, lleno de incidencias populares y de interpelaciones del lenguaje callejero. Mientras en la primera se habla ¡oh imperdonable anacronismo en un rimador del mil novecientos!, de la «volúbil mariposa que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa», en la segunda el verso anda en mangas de camisa recogiendo la jerga plebeya: «Hablaban Austín:—Güeno, ahora—¿por qué hermanos no ayüarla?...» Y es que es preciso no olvidarlo,

Pezoa Velis fué, ante todo, un poeta de circunstancias, que cultivaba su labor de rimador como un gerifalte su artificio: a pesar de la soltura que le movía a escribir sus versos ocasionalmente, en la mayor parte de los casos se desvivía por mejorar todos los recursos técnicos del ritmo. Nos ha sido posible revisar todos sus cuadernos de apuntes, conservados por Guillermo Labarca Hubertson, y ellos corroboran la preocupación constante del poeta por ejercitar los elementos prosódicos con una paciencia de escolar aprovechado. Abundan las páginas consagradas a los sinónimos, a la adjetivación, a las clasificaciones de los vocablos, a las figuras retóricas, a las equivalencias y correlaciones de armonía verbal; pero, lo que más le preocupa es la rima, en todas sus variantes, con las cuales llena páginas y páginas y que a veces aparece en los esquemas de sus poesías colocada en los renglones aún no llenos con el contenido del verso:

En el sopor..... ceniza
se alza un rumor..... rolliza
ruedan carros..... risa...

Pezoa Velis murió en 1908 dejando una obra incipiente, que los editores no han depurado acaso como se debiera, respetando en obsequio a sus abundantes lectores la totalidad de su mediana producción, perdida antes que Ernesto Montenegro la reuniera en volumen, en las revistas y diarios de la época. De ella vivirán, entre lo mejor suyo que valga para recordarle siempre, los versos de *Nada*, *Una astucia de Manuel Rodríguez*, *Tarde en*

el Hospital, Pancho y Tomás y acaso *El Pintor Pereza*, desgraciadamente tan poco suyo. Ya hemos advertido que el poeta no fué insensible a las influencias de su época y en una de éstas fué la del Lugones de «Los crepúsculos del jardín». En efecto, ¿cómo no recordar *El solterón*, cuando se piensa en Juan Pereza, tirado como un gran lagarto en su vieja boharda, fumando su cachimba, ni más ni menos que el displicente sujeto lugoniano, que masca su pipa de boj, tendido sobre el sofá, mientras ruedan las horas sin desentumecer su ánimo. Sin embargo, hasta el momento se había desconocido esa influencia como que críticos bien informados como Eduardo Solar Correa, han llegado a decir, al considerar este poemita: «El poeta expresa con originalísimos acentos el cansancio espiritual, el fastidio gris con que la ciudad le agobia».

LAS MEMORIAS DE LOS VEINTE AÑOS

Dezoa Velis vivió siempre un poco al azar de las circunstancias, desordenadamente, deseando alcanzar esa situación estable que nunca consiguió cimentar. Le preocupaban el problema del hogar, del matrimonio y de la familia, a él que se dió con tanta frecuencia a una incorregible bohemia. El burgués que dormía en él hubiera querido asesinar al bohemio incorregible consiguiendo alguna estable sinecura, que tanto se esquivó al sueño de sus ambiciones. Cuando, un día, obtuvo el cargo de secretario en el Municipio viñamarino, se apresuró a instalar su rinconcito, el nido del eterno Juan Pereza artista.

D'Halmar ha recordado que, al partir de Santiago para su casuca de Marga-Marga, le invitaba con cierta conmovedora satisfacción: «Encontrará allí el baño como usted lo prefiere, junto al cuarto de trabajo, y toda libertad. Sin que lo supieran les he envidiado tanto a todos ustedes los que tenían un hogar, que dénme el gusto de poder ofrecerles por una vez algo que yo creo que se le asemeja».

Y como había vivido, trashumantemente, se fué también, sin alcanzar a poner orden en sus versos para la edición que acarició siempre en sueños y que nunca hizo. Ya, a los veinte años de edad, consignaba en uno de sus cuadernos de Memorias, que ha terminado unos versos «que insertaré en mi libro *Tañidos* que pienso publicar el otro año»; es decir, el primero del nuevo siglo. Luego junta sus artículos, publicados en los diarios y en las revistas, reuniéndolos en cuadernos, en una de cuyas hojas en blanco se lee: «nueve artículos terminados para el libro *Tierra bravía*; crónicas impresionistas, tipos chilenos, prosas románticas, narraciones... lontananzas criollas... paisajes chilenos». Son nueve artículos ocasionales, sin ningún valor, de un periodista suelto, fácil, que hace la crónica amena para un público no muy exigente.

Ni más ni menos importantes que estos artículos son las restantes páginas inéditas que nos han quedado de Pezoa Velis: las Memorias; esa «Vida Militar», crónica de una marcha; algunos poemitas de sus buenos años y otros de adolescencia.

Muy propio de sus veinte años en agraz, años de ilusiones, de un fuerte amor, es el Diario, ingenuo y pueril. He aquí los cuatro cuadernos, colmados con su escritura

desigual, escritos día a día, durante dos meses, Noviembre y Diciembre de 1899. ¿Qué puede pensar un muchuelo, horro de cultura, con vagas y ocasionales lecturas, que no ha salido un momento de su rincón hogareño? Esos apuntes sólo parecen tener un motivo, el que por ese entonces llena vida tan exenta de preocupaciones: el primer amor formal, borroso y hasta equívoco, según lo dejan entender las propias anotaciones memoriales. Un primer amor que traduce la expresión cabal del necesario romanticismo de unos veinte años bohemios, en los cuales apuntan los comienzos literarios. El único nexo de interés, aunque en sí carecen de todo interés, de esos vagos y mal hilvanados recuerdos, consiste en la preocupación amorosa que mueve al futuro poeta en un plano de actividades hartó vulgares para conseguir ganar la atención del lector desgano. Si esas Memorias hubieran de ser consideradas como un antecedente de necesarias promesas literarias, casi hubiera podido anticiparse que tales apuntes, de un mal escolar, ayuno hasta de la indispensable ortografía, no prometían nada, absolutamente nada, para las letras. Acaso, de cuando en cuando, uno que otro rasgo, espigado al azar de tantas páginas, permite fundar el peor de los diagnósticos sobre el temperamento exasperado, irritable, del joven Pezoa Velis. En efecto, un día, mordido por los celos, siente impulsos de sorprender a su novia y «darle tres o cuatro puñaladas». En otra ocasión escribe varias páginas de su Diario que, más entrado en años y acaso dueño del don de ironía, hubiera podido titular, física y metafísica de probabilidades sobre la virginidad, de tal

manera discurre acumulando cuanto imagina en torno a un supuesto de específica puerilidad.

En cambio, lo único en que tal Diario hubiera podido tener algún interés, no lo encontramos: el testimonio de un observador atento sobre la vida literaria de ese entonces. Apenas si una que otra referencia incidental, las más de las veces someras y desprovistas de interés: fastidio porque P. P. Figueroa ha escrito un artículo elogioso sobre cierta mala novela de un peor escritor: «un pije fatuo que anda por las imprentas, rogando le publiquen elogios que él mismo redacta»: indignación no contenida al constatar como se corrompe la prensa: «*La Ilustración* de ayer, escribe, publica el retrato de X., un pillo cochino, como doctor filántropo sabio y trabajador. ¡El que debiera estar en la cárcel por ejercer la medicina ilegalmente!». Y la necesaria reflexión, que le mueve a pensar cuando aparecía un diario en Chile en el que escriban Cabrera Guerra, Bórquez Solar, Dublé Urrutia. «para que hagan añicos a estos infames».

Cierto día asiste al entierro de la madre de un amigo. Desde su carruaje puede observar: «A. de Gery (léase Emilio Rodríguez Mendoza) ha cruzado con el cortejo, moviendo su cabeza y describiendo círculos con el bastoncillo, acaso pensando que dentro de los carruajes irán muchas personas que leen sus articulitos traviesos y elegantes y que lo miran tratando de ver en que facción de su rostro se nota el talento». En una sesión del Ateneo advierte cierta noche a don Paulino Alfonso, «en una posición tan artísticamente elegante»; otro día le oye leer un trabajo sobre el dolor y la alegría. Al referirse inci-

dentalmente a *La Lira Chilena* y a su editor, recuerda que acaba de morir en Valparaíso Ricardo Fernández Montalva: «excelente poeta, pero *muy* bueno»; luego no olvida «cuando se representaba su drama *Una mujer de mundo* en el Teatro Municipal. Era aquello un soberbio triunfo. El público lo aplaudía frenéticamente. Fué llamado a la escena y obligado a salir como ocho o nueve veces, ¡Quién sabe que obscuridad rodeará su tumba!».

¿Qué lee, qué escribe, qué piensa por ese entonces el futuro autor de *El pintor Pereza*? Aparte de las obligadas lecturas de los periódicos, para cuya adquisición siempre está afrontando la terrible tragedia de su pobreza («pedí cinco centavos para comprar *Los Lunes*»; «He comprado *El Figaro* y *La Ley*, con veinte centavos que me prestaron»; piensa en *El Clarín*, que aparecerá al día siguiente: «Vamos a ver con qué plata lo compramos». «Mi padre me proporcionó veinte centavos: con ellos compraré *La Ley*») le sabemos frecuentando libros como los siguientes: «El diablo mundo» («no lo entiendo ni poco ni mucho»); «La profesión de fe del siglo diecinueve», por Eugenio Pelletan («es un librito profundo tal vez en exceso, por lo que me cuesta mucho entender algunos pensamientos»); «Las ruinas de Palmira», de Volney; «La guerra y la paz», de Tolstoy; piensa buscar un ejemplar de Shopenhauer (respetamos la ortografía); y, luego, lee, lee mucho a Becquer, Balmes, Heine, Michelet, Dickens, Gutiérrez Nájera, Maupassant; estudia francés leyendo a Rosseau y, para corroborar que aprovecha las lecciones, dice que ha puesto sus ideas en la punta de *le plume*.

No le faltan proyectos literarios y de ellos dan prueba

sus versos, incluidos en los cuadernos del Diario, deplorables, vulgares, versos de escolar remolón con todas las malas influencias de la época, en los cuales exalta la profesión irreligiosa y el alarde demagógico: «¿Existe el más allá? ¿Dios es la mano—que mueve el Universo desde el cielo?—Tal vez... pero ese Dios, es Dios tirano!—¡Aborto miserable de este suelo!» También acaricia la idea de una novela, la novela que todos hemos proyectado a los veinte años: «He pensado mi novela, escribe, que tendrá esta trama: yo principiaré el libro contando que un bohemio dejó olvidado, en una cantina, unas memorias. Las memorias serán bonitas; en un estilo especial; en medio de ella irá intercalada una buena novela psicológica. Tendré que trabajar mucho en ella colocando los pedazos de novela entre los días de las memorias. Para evitar que la interrupción de la novela sea pesada para el lector, procuraré hacer más interesantes las memorias del joven. El fin del bohemio, cuando concluya las memorias, será la filosofía de la vida. El bohemio seré yo». Claro está que, en los personajes restantes, encarnará a sus amigos de entonces y en la heroína a Lorenza, su amor ideal del momento. No faltarán en el libro la necesaria noche de luna, el seductor infame e infamador, la mujer engañada, la serenata de Schubert, los versos de Gutiérrez Nájera. Se titulará «Intimidades de un loco joven».

¡Deliciosas memorias las del futuro poeta! Todo en ella es pueril hasta la tontería: ni un rasgo, ni un arranque, ni una reflexión que denuncie la inteligencia o la delicada sensibilidad de un escritor en ciernes. Una que otra idea vaga y vulgar, perdida en las doscientas cincuenta pági-

nas de los cuadernos: «la luna se levanta perezosamente en el oriente. La noche es bellísima, como la imaginación de un poeta joven»; «el criterio es esclavo de las circunstancias»; «parece que mi carácter rematará su obra con un soberano balazo en las sienes». «¡Ah buitres salvajes! ¡Ah, destino!»; «la naturaleza me insultaba con su esplendor primaveral»; «la riqueza, incluso la del talento, corrompe nuestros corazones».

OTRO INÉDITO

Asociamos la lectura de este cuaderno, apretado de revesada escritura, que consigna la crónica de una marcha y que su autor tituló pomposamente «Vida Militar», a cierto *venticello* que comenzó a difundir una torpe calumnia literaria: un conocido novelista chileno habría conocido y usurpado estos apuntes para una obra que cuenta entre la mejor de nuestra literatura. Nada tan injusto y arbitrario: los borradores de Pezoa Velis carecen del más mediano valor y apenas si se nos ocurren los ensayos de un principiante ayuno de letras.

Como lo indica el subtítulo, se trata de una simple relación de una marcha y, aunque fué escrita en 1903, es decir cinco años después de cumplir con sus obligaciones en el servicio militar, la crónica parece perjeñada sobre lo inmediatamente vivido, en aquellos años de singular actividad bélica, cuando la amenaza de una guerra alcanzó a golpear en todas las puertas.

¿Quiso ser una novela o un modesto diario? Carece de

todo interés y su animación apenas si mueve la perezosa atención del lector, que se desespera con la letra infantil del manuscrito, a través de las cuarenta páginas, en las que no ocurre nada.

En la portada interior del cuaderno se lee: «toda la campaña se mantendrá alrededor del pobre Valdovinos». ¿Quién es tal personaje? Uno de los compañeros, vale decir uno de los soldados, que forman en su regimiento; una especie de Pantagruel, obeso, bonachón; el hazme reír de la compañía. «El tono desabrido de sus ojos chicos, escribe Pezoa Velis, sus bigotes groseros de hombre descuidado, su cortedad de joven pobre, sin más roce social que el de sus amigos de colegio, el aniquilamiento de su persona ante el desgarrado desplante de nosotros, jóvenes todos que además de nuestro aplomo de elegantes tenemos el irresistible aplomo de los muchachos viciosos».

Una simple marcha hasta cierta estancia situada en los alrededores de San Bernardo. El apetito alerta indica oportunamente la hora de hacer alto. El rancho sabe a gloria. He aquí al Estado Mayor que les pasa revista. Llega el general Körner: «Todos permanecen indiferentes a su simpática bondad de hombronazo infantil y a su cortejo bullicioso de ayudantes flacos».

Las condiciones del novelista, como animador del ambiente que le rodea, son pobres en toda clase de recursos. Escribe con frialdad y desaliño: «A las doce del día caminamos a dos leguas de San Bernardo. El sol cae con cierto encono sobre el camino pintarrajeado con los uniformes de brin blanco y las mochilas que juntan sus espejos al de nuestros rifles y yataganes. Caminamos estú-

pidamente observando los caprichosos dibujos de la tierra pisada para olvidar el cansancio. Al lado nuestro van quedando las huertas campestres, los poltreros desolados y los modorrientos bueyes que rumian en perezosas posturas. De cuando en cuando pasan bandadas de pájaros campesinos con rumbo desconocido».

Al declinar la tarde se reanuda la caminata. El regimiento vuelve a Santiago. La marcha es pesada, recia. En vano aguardan los soldados que el capitán ordene cambiar de hombros el rifle: «Cada uno se aferra a la desesperación mientras élla más se aferra a nosotros. Cada uno lleva una idea fija en la imaginación. Este que va al lado mío dice continuamente: seiscientos, seiscientos, seiscientos... Recuerdo que en el camino oí ese número en boca de un chico que hablaba de la dotación del batallón. El aspirante oyó el número cuando el cansancio lo idiotizaba y se pegó el vocablo. Y lo repelía una y otra vez como si hablara con alguien. Otro infeliz contaba sus pasos: 801, 802, 803, 4, 5...»

El batallón deja atrás el Llano Subercaseaux, la calle San Diego, la de la Bandera, pasa el río, sigue por la de la Independencia y va a acampar fuera de Santiago, en el fundo Lo Negrete.

¿Qué piensan todos esos soldados, aspirantes a más altos grados en el ejército? ¿O es que sólo ocupa su imaginación ese mecanismo subconsciente de las ideas fijas, que imponen las marchas monótonas? Por lo menos el voluntario Pezoa Velis cavila algo más serio: «Ya no es el comandante el aborrecido. Es todo ese conjunto de cosas crueles que parece formarse de la obediencia militar la ideal concepción de la patria sintelizada en la mujer rubia, la fuerza de pesantes que acumula el equipo sobre nuestras espaldas, el peligro de la guerra cercana, el suelo nativo, todo eso que obliga la improvisación de los ejércitos con carnes de pobres diablos». Ahora la idea fija de la marcha y el cansancio, han despertado la rebelión en el soldado,

porque no sólo lanza su exasperada protesta contra la máquina humana que hace la guerra, sino contra cuantos disfrutan de la vida y sienten sus estragos desde lejos: es una injusticia que los hombres sólo vayan a la guerra; las mujeres deberían ir también y los viejos que tienen familia, bienes, posición, dinero.

La tropa finaliza su marcha mientras encienden la imaginación del soldado las sensaciones más opuestas o mientras, en el desvarío de la fatiga, la pantera de la sensualidad le hostiga con sus acechanzas. Transcurre la noche en el vivac, poblada de los indefinibles rumores del silencio y, al despuntar la mañana por el oriente, canta la necesaria nota bucólica, la pincelada del típico paisaje rural: «Es una mañana de bastante sol esta que sorprenden los aspirantes sobre el desabrimiento de los campos. Los árboles enflaquecidos por la desnudez de sus troncos hacen ademanes angustiosos en el recogimiento de la soledad. Una inmensa sábana de luz se extiende por las campañas. Cierta alegría rejuveneciente invade los ramajes añosos, los potreros húmedos aún, los cerros fantasmagóricos por donde vagabundean pájaros alicaídos que parecen mirar de soslayo las profundidades y los piques».

Y, con la mañana, el ejército regresa a su cuartel, rendido, satisfecho con el primer ensayo de vida en campaña, que ha de ser como el anticipo que le espera para la guerra que ha de venir.

Tales es el relato de esta crónica militar, sin importancia, perfectamente insignificante, desprovista de todo valor artístico. Nada se ha perdido ni nada se ha de perder con que se conserve inédita, para mayor tranquilidad de cuantos admiran a Pezoa Velis sin reservas de ninguna especie.

LA PRESENTE EDICIÓN

Ernesto Montenegro fué el primero que publicó una re-

copilación de los versos y de algunas prosas de Carlos Pezoa Velis, en la edición que tituló «Alma Chilena», impresa en Valparaíso en 1912. Algunos años más tarde, Leonardo Pena dió a la estampa en París, sin fecha, una colección de sus versos con el título «Campanas de oro». Aparte de los poemitas publicados en las antologías «Selva lírica», «Nuestros poetas», «Poetas Hispano Americanos» y en algunas revistas como *Sucesos*, *Juventud*, *Instantánea*, *Luz y Sombra*, *Zig-Zag*, sus versos se han prodigado con escasa frecuencia en ediciones de conjunto.

Fruto de la revisión prolija de todos los periódicos de la época, desde *El Clarín* hasta *Chile Ilustrado* y *Pluma y Lápiz*, que publicaron sus colaboraciones constantes, y de la utilización de los papeles inéditos del poeta, es la presente edición, que viene a completar la de Ernesto Montenegro, nunca lo suficientemente elogiada.

Todo lo inédito de Pezoa Velis que obra en nuestro poder es lo siguiente: «Memorias de un poeta», que llenan cuatro cuadernos, en los cuales se intercalan algunos de sus versos incipientes de los veinte años; numerosos recortes de periódicos contentivos de sus versos juveniles, de escasa importancia; los artículos y cuentos que enumeramos, incluidos en esta edición: *Salmo de Otoño*, *Pensamientos*, *Semana Santa*, *Oraciones para la amada*, *El niño diablo*, *El candor de los pobres*, *Tipos y costumbres nacionales*, *Aquella tardecita helada*, *La calle de Viana*, *De Bellavista al Puerto*, *Pensamientos*, *Sonata escandinava*, *Egoísmo criollo*, *Los tácticos*. *Impresiones de la Pampa: de Chuquicamata a Calama, a la vista de Caracoles y Los argentinos en la Pampa*; *La Regalona* y otros bosquejos insignificantes de posibles futuras obras; un pequeño ensayo dramático; algunos poemitas desconocidos y otros inéditos, aparte de varios encontrados en los periódicos, que figuran en la presente recopilación: *Contra lujuria, castidad*, *Contra soberbia*, *humildad*, *Hacia el Sur*, *A la hija del poeta*, *A mis amigos*, *Vida de puerto*. *En el pesebre*, *Brindis byro-*

niano, *El himno del deseo*, *Mis amigos*, *Campo lírico*; un cuaderno completo, totalmente manuscrito, titulado «Vida militar», crónica de una marcha.

A título de simple curiosidad, que han de acoger con interés los admiradores del poeta, publicamos algunos fragmentos de sus Memorias y de su Diario militar, cuyo interés es más documental que literario, pero que revelan un aspecto singular de Pezoa Velis en sus mejores días de mocedad.

ARMANDO DONOSO.

P O E S Í A S

VERSOS DE JUVENTUD

NOCTURNO

Ana, la triste amante del poeta, tenía los grandes ojos negros, llenos de poesía, ojos en cuyas cuencas ahuecadas y oscuras había muchas penas y monstruosas ternuras. En otro tiempo hacían de luz blando derroche; después en ellas mismas se guareció la noche y en ellas voltejaron con graznidos acerbos, bandadas de dolores como nocturnos cuervos. Las penas como buhos sobre sus madrigueras, se aglomeraban juntas en las negras ojeras y ahí cantaban todos sus fatídicos duos: los buhos con los cuervos, los cuervos con los buhos.

¡Cuántas sombras perdidas en la jornada eterna, hallaban en sus huecos pavorosa caverna, las sombras que sabían en su escapada trunca que luz allí no había, no había nunca ¡nunca! Esa era la morada de asombro que hoy no asombra, donde cantaba su alma sus duelos a la sombra y donde algunas veces, si la sombra no oía, con un lenguaje trémulo de luz me lo decía. . . ¡Lámparas de tristeza que oscuras y apagadas, vertían en sus cuencas sus negras llamaradas, ¡lámparas de tristeza que nadie, nadie nombra!

Los grandes ojos negros, llenos de poesía
Ana, la triste amante del poeta, tenía...

Ana, la triste amante del poeta, era pálida
como eran su tristeza y su alegría escuálida...
Nunca lloraba, nunca sus ojos entreabiertos
lloraron: eran tristes como los de los muertos;
sus párpados bajaban en fúnebre caída,
cual si tuvieran miedo de mirar a la vida,
y sólo levantábanse, trémulos por la angustia,
de sus ojeras negras sobre la sombra mustia,
en esas noches largas pasadas en su pieza
con el recuerdo, el sueño y el sorbo de cerveza,
cuando con él, borrachos de honda melancolía,
mirábanse los ojos cerca de la bujía...

Pálido crisantemo de pálida belleza,
que crecía en el vaso de mi eterna tristeza,
era de sueño y muerte su efluvio como el propio
con que produce eternos sueños de amor el opio;
y es por eso que en mi alma lentamente se apaga
el cirio de la vida, cirio de luz aciaga,
que ha goteado sus pálidos y acerbos sentimientos
como lo hacen los mustios cirios amarillentos...
Como era su tristeza y su alegría escuálida,
Ana, la triste amante del poeta, era pálida.

Ana, la triste amante del poeta, reía
con una risa amarga que mil cosas decía,
con una risa extraña de largos estribillos,
como esa de los tristes y errantes organillos

que lloran sus diabólicos y cínicos rondeles
allá en los arrabales y en los sucios burdeles.
Como su pena, amarga su risa era. Su pena
era como una noche de blanca luna llena,
porque había en el fondo de su alma taciturna
enormes puñaladas de tristeza nocturna.

Su pena era una pena de princesa alemana,
envuelta en una risa parisién y profana;
pena de beodo, pena con sabor a café,
más grande que la pena de la alegre Gautier.
¡Oh mujer como noche de blanca luna llena,
cuando te fuiste lejos me dejaste tu pena!

¿Por qué no la llevaste? Yo rezaba en voz baja
y tu risa reía bajo de la mortaja...
En esa tarde triste que caía de prisa,
yo sé que se apartaron tu pena y la agria risa,
yo sé que en el sepulcro, bajo la noche larga,
aun ríe tu cadáver con esa risa amarga;
pero sin esa pena que te hacía tan buena...
porque ¡ay! yo aquella tarde me volví con tu pena!

ROMANZA DE AMOR

Mira la fresca flor... Huele a delicia
prendida al césped donde el paso estampo.
Hay un silencio dulce que acaricia
como abrazo de virgen en el campo.

Traza en las quijas donde chilla el loro
versos de luz la mariposa incauta,
y el viento arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Mira. Las gafas de oro del engaño
caen sobre mi frente, dulcemente,
y un suspiro de amor, largo y extraño
me abraza el corazón como serpiente.

Ven hacia mí. Abrásame a miradas.
Soy el poeta que cantando penas,
delira con alcobas perfumadas
y con labios de vírgenes morenas.

Ven, abrázate a mí. Juntos iremos
hacia un país de flores y delicias
y el río del placer remontaremos
como si en una barca, en tus caricias.

¡Oyeme! Canta una canción impura!
¡Háblame de placeres prohibidos!
Los pájaros, borrachos de ternura,
hablan de amor en los ocultos nidos...

¡Bésame! Enciende ya la Poesía
cuadros de luz en intangibles tules,
como una gigantesca alegoría
de juegos pirotécnicos azules.

Abre tus brazos de azahar. Con bello
paso de garza ideal busca retiros
y teje entrelazándote a mi cuello
un collar de miradas y suspiros.

Allá a lo lejos su reloj desata
el campanario que recita horas
y canta tripentálicas de plata
con voces soñadoras.

Y acá entre la quietud de las gramíneas
la espléndida intención de tu figura,
traza en las flautas de sus curvas líneas
una gran serenata de hermosura.

Sueña con tu embriaguez el vino en jarras;
muéstrase como nunca cristalino;
ven a cantar bajo las verdes parras...
¡Cantemos al amor! Bebamos vino!

Y reclina ante el júbilo del aire
en mí tu fe, tu voluntad de roble,
y ese cuerpo que tiene en su donaire
todo el aire marcial de un paso-doble!

Ven a remar. La barca del ensueño
llena de flores y olorosa a viñas,
lanza su proa hacia un país risueño
por ese mar de luz de las campiñas.

Y allá en las quijas donde chilla el loro,
canta versos de luz la sombra cauta
y el puelche arranca de sus labios de oro
cadencias melancólicas de flauta.

Tú, apoyada en tu Adán, y al aire dando
como cantos de luz tus sentimientos,
será un cuadro ante el cual, riendo y llorando,
marchas de triunfo tocarán los vientos!

MIS AMIGAS

Tanto he vagado en el bosque
cantando versos y rimas,
que ya no temen mi paso
las alegres golondrinas.

Y tanto me aman las pobres,
que, por oír mis estrofas,
unas se posan en mi hombro
y andan muy quedo las otras.

Hoy, no más me vió una amiga
escribiendo un sonetillo,
se acercó... y en el piquito
se lo llevó para el nido!

BRINDIS BYRONIANO

Para Pedro A. González.

Invitado al banquete de la vida
vengo a brindar, de vuestro gozo en medio,
al levantar la copa del suicida
llena hasta el borde de espantoso tedio:

¡Dónde hallar un placer que derritiera
este hielo salvaje con que río!
¡Quién tuviera una lágrima siquiera
para calmar la sed de mi hondo hastío!

Me persigues, fatídico Imposible!
En todas partes mi impotencia te halla:
la cumbre, el esplendor ¡qué tedio horrible!
¡Qué turba tan imbécil la canalla!

Busco un beso en la virgen ¡no lo encuentro!
¡La profana ante mí la torpe duda!
y a donde, abierta una esperanza, entro,
sólo hay silencio, soledad desnuda!

Y yo amo la quietud... mas, vuelo ansioso
en alas de un afán que nunca muere,
porque el tedio escupiéndome alevoso
hasta en la dulce soledad me hiere!

Porque llegan alegres avecillas
a profanar mi soñadora calma,
como locas, ardientes ramerillas
que quisieran danzar dentro del alma.

Mi hogar es la prisión que me consume.
La libertad no calma mi hondo anhelo.
¿Dónde está ese placer que nunca abrume?
¿Dónde se halla el oasis de este suelo?

Busco en músicas tristes un sollozo
y solo hallo infernal monotonía
y, cuando quiero estremecer de gozo,
me acribilla tenaz melancolía.

¿Qué goce es la amistad? Al propio empuje
o domino me aplastan. Y no quiero
ser pobre león que de impotencia ruge
o tigre vencedor, ruin y altanero.

No tolero ver perros a mi planta
lamiéndome los pies ¡eso subleva!
ni me arrastro ante el necio que levanta
de un podrido poder la enseña nueva!

Solo, como un engendro del abismo,
siento en mis venas del sepulcro el frío:
yo soy la horrible tumba de mi mismo
bajo la losa del mortal hastío.

Soy un abofeteado de la vida
que el Monte Nebo a remontar empiezo
arrancando a mi guzla enmudecida
la música salvaje del bostezo!

* EL BRINDIS DEL BOHEMIO

No escupáis a los beodos que perecen
aturdiendo en el vino sus dolores:
si odias a la embriaguez, odiad las flores
que ebrias de sol en la mañana crecen.

Los ojos de las vírgenes ofrecen
la sublime embriaguez de los amores,
y los besos son báquicos licores
que al caer en los labios... estremecen!

Embriagada de luz, Ofelia vaga
en las sombras de un campo desolado;
el sacerdote en el altar se embriaga

con la sangre de Dios crucificado,
y el poeta mirando de hito en hito
la gran pupila azul del infinito!

* Luz y Sombra N.º 11 || 2/VI/1900.

Fechado: Stgo. 4-V-1900

*

LA PENA DE AZOTES

Formado el batallón, rígido humilla
al pobre desertor aprehendido
que sobre el patio del cuartel tendido
siente el roce brutal de la varilla.

Sobre sus carnes ulceradas brilla
rojiza mancha. Escúchase un aullido.
Cada brazo en el aire da un chasquido
que las entrañas del soldado trilla.

El sol que sale en el nevado quicio,
irónico sonrío ante el suplicio...
Y mientras que vertiendo vibraciones

la banda el patio de sollozos llena,
una estatua cubierta de galones
mira impasible la salvaje escena...

* Publ. en Luz y Sombra N.º 15
junio 30 - 1905

Fecha: junio 12 - 1906

Título: Por la ordenanza...

NOCTAMBULA

(Canción de amor para una compatriota.)

Oyeme. Estoy muy solo en un desierto
sin perfumes ni luz, canción ni flores;
sólo a lo lejos y con paso incierto
cruza una caravana de dolores...

¿Quieres probar extraños embelesos?
¡Amame! Te daré regias primicias
y un ramo de ígneos y quemantes besos
arrancado al jardín de mis caricias!

¡Amame! ¿Do he aspirado tu fragancia?
¿Dónde he visto tus ojos zahareños?
¡Creo que fué una noche de vagancia
en el país lejano de los sueños!...

¿Qué dice esa paloma en tu ventana?
«Soy del país donde el ensueño brota
y vengo a vigilar en la mañana
el sueño de una linda compatriota...»

¡De allá...! ¿De dónde son esos destellos?
¿Y de dónde esa luz que en tu alma asilas?
¡Son pedazos de aurora tus cabellos
y fragmentos de ensueño tus pupilas!

Eres luz, eres alma y sentimiento.
Te aman todos: si en tu hombro me reclino,
brama celoso en torno tuyo el viento,
sintiéndose con rabias de asesino!

¿Ves la Luna? Su luz nos idolatra,
y llega a tu balcón la Poesía,
regia, como venía Cleopatra,
al tocar con su barco Alejandría!

Duermes... ¿Crees que yo tan sólo velo?
¡Muchas estrellas luz han encendido!
Salen... y no se ocultan en el cielo
hasta que te levantas de tu nido!

Duermes... Velan por tí; en la noche bruna,
desde el azul hasta tu riente ceño,
tiende un trapecio hecho de luz la Luna
para que se columpien tus ensueños...

Y hasta el agua parlera del torrente,
cuando tu cuerpo de azahar se baña,
muerde tu carne escultural y ardiente
con la ferocidad de una alimaña!

¡Y cómo no adorarte! ¡Eres tan linda,
con esa endemoniada cabellera,
con esos labios con sabor de guinda
y esa tristeza alegre de ramera...!

¡Si eres nido de triunfos! Donde andas
hay derrotas, heridas y desgracias:
¡si eres una guerrera que comandas
una legión magnífica de gracias!

Tu cabecita y cuello me han dejado
la ilusión de que son con sus destellos,
una copa de mármol sonrosado
llena con el *champagne* de tus cabellos!

¡Oh, *champagne* de poeta! ¡Qué dulzura!
¡Mira qué rubio es! ¡Quién lo bebiera!
¡Cómo lo saboreara mi ternura
en una monstruosa borrachera!

¡Salve a tu cabellera desgreñada
que muestra de sus tintas el tesoro,
como la gigantesca llamarada
del gran incendio de un palacio de oro!

Quando te miro en angustioso ayuno,
siento un deseo a cuyo tacto vibro:
devorar tus encantos, uno a uno,
cual se leen las páginas de un libro. . .

Día no hay que tus gracias no me arroben.
Te he visto con los brazos en cadera,
cual regio cántaro de carne joven
rebotante de luz y primavera!

¡Eros! Partamos de una vez por todas!
¡Que el Destino bendiga nuestra suerte...
y vámonos en gran viaje de bodas
a las playas lejanas de la muerte!

EL HIMNO DEL DESEO

(Reminiscencia de alcoba).

¡Cuánto tiempo hace ya! Fué una mañana
nebulosa de Mayo,
el mes del enfermizo idealismo;
¡tú también eras joven! La temprana
flor de tu edad no conocía el rayo
del negro pesimismo!

Quise turbar tu sueño y fuí a cantarte
una canción muy triste,
a cuya languidez te estremecías...
¡Pobre María! Tu Efraín el Arte,
aún te hablaba de amor... ¡hoy ya no existe
la dulce fe con que cantar le oías!

Lo recuerdo tan bien! Mudo e inquieto
ensayé el mandolín y entré a tu estancia,
sintiendo en mi interior ese respeto
que en el templo de Dios siente la infancia.
¡Páreceme aún sentir el beso quedo
cargando de fragancias del ambiente,
y las palpitaciones que en mi frente
hizo nacer la agitación del miedo!
Ay! Aquel beso fué una oleada tibia
de embriagadora esencia,
y la primera gota de lascivia
arrojada al cristal de mi inocencia...

Bajo esa conmoción recia y violenta,
eterna esclava de eternal miseria,
como bestia carnívora y hambrienta
dilataba sus fauces la materia.

¡Cuán profundo el silencio! Mas ¡qué extraño
el bullicio callado de la sombra!
Juntas, revueltas en confusos giros
las cadencias de un vals, risas, suspiros,
parecían flotar sobre la alfombra...
El baile de la víspera seguía
en tu alcoba vibrando... La Mañana,
más tímida que yo, se detenía
sobre el rojo cristal de la ventana.
Elogiando tus formas aún estaban
todas las cosas que tu mano había
arrojado después de los placeres:
el soberbio collar de pedrería
que envidiosas miraban las mujeres,
los zapatitos breves, tentadores,
el lazo que oprimía tu cintura,
y las medias que cálidas ceñían
de tu mórbida pierna la escultura.
Había entre el desorden armonioso
divulgación de púdicos secretos,
y algo como un perfume voluptuoso
en la inmovilidad de los objetos.
¡Y hasta un pálido Adonis que adornaba
de un mueble la cubierta,
sobre el verdor de su pupila muerta
sensación de lujuria dibujaba!

Nervioso... tambaleante,
 la vidriosa mirada lancé al lecho
 que perfumabas tú... En aquel instante
 salían vibraciones de mi pecho
 en el aliento cálido y jadeante.
 ¡Y alzando las cortinas
 vi la obra más perfecta
 del inspirado Dios, el gran artista!...

.....

¡Cuánto tiempo hace ya...! y aún proyecta
 su cegadora luz sobre el recuerdo
 esa explosión de asombradora vista!
 Tu dormías el sueño misterioso
 de apariciones y caricias lleno,
 que sigue como un eco a toda fiesta:
 en el alma... vibrando aún la orquesta,
 ebullición de sangre bajo el seno
 y en los labios un pliegue delicioso
 como el fin de un ósculo amoroso...
 ¡Qué infernal tu belleza! ¡La inaudita
 desnudez de cuerpo era incendiaria,
 y la pompa infinita
 de tu carne sanguínea,
 con una tentación en cada línea
 surgía temeraria.
 Los cabellos castaños ondulaban
 en torno de tu cara,
 como ondula el incienso cuando sube
 lleno de luz alrededor del ara.
 Y entre las albas ondas de la almohada

de fragancias repletas
que bañaba tu crencha desgredada,
dormían en desorden las violetas
de la noche pasada.

Era muy niño aún... mas ya vibraba
dentro de mi el laud del sentimiento,
y mi numen rasgaba
los magníficos tules
arrojando sus cánticos al aire
arropados en túnicas azules.
Por eso en tu cumpleaños
quise ofrecerte el lírico presente,
desgranando sus límpidos cristales,
como un ramo de flores orientales,
sobre tu blanca y soñadora frente.

Trémulo, mudo, de tu lecho al borde
hice brotar las notas del cordaje
raras... profundas como el raro acorde
de las aves y el viento entre el follaje.
Y las hice danzar aires extraños
llenos de arrobadora somnolencia,
como los cantos cálidos de Nubia,
a cuyos sonos una esclava rubia
describe, serpenteando, una cadencia.
Había en ellas la inquietud nerviosa
de una fiera que siente entre montañas
hambre de encar el afilado diente
de un cuerpo ensangrentado en las entrañas.

Y vibraban solemnes con la grave
solemnidad del órgano sonoro
que hace morir las notas en la nave,
cuando salen llorando desde el coro.
Embriagueces de amor, ansias, tristezas,
en confusión diabólica revueltas,
brotando de las cuerdas recorrían
los ámbitos oscuros... y morían
sobre la luz de tus madejas sueltas.
Aquella llama de pasión que ardía
en mis venas crispadas
el fuego de mi numen encendía
y en imprevista creación salía
derrochando sublimes llamaradas.
¡Fué aquella extraña confusión de notas
la que tu, entre amoroso devaneo,
sobre la ruina de tus alas rotas
titulabas «El himno del deseo!»

Mas ¿por qué sollozar? Cuando al abismo
se precipita el río ¿quién lo acusa?
Yo era corriente de fatal lirismo...
¡Dios había creado en ti mi Musa!
Debías embriagarme con tu esencia
y hacia mi caminaban ¡bien lo veo!
¡Yo torrente de estrofas, la confluencia
hallé al crear «El himno del deseo!»
Ven hacia mí. No fué culpa la tuya
si naciste vibrando como nota:
¡no peca la paloma cuando arrulla
ni al graznar en la costa la gaviota!

CAMPO LIRICO

*(Para Antonio Borquez Solar
en la última página de este libro)*

Fué en una ardiente siesta...

En el letargo
de un sueño oscuro, modorriento y largo
dormía... cuando el eco vagabundo
de un violín que vertía las extrañas
notas de su dolor en las montañas,
desparramó en mis nervios el profundo
sacudimiento del rencor. Del sueño
salí súbitamente, como el lampo
que en el vientre del horno lanza el leño,
y extendí la mirada por el campo.

El sol arriba como brasa de oro
lamía con sus llamas las campiñas
y arrancaba a la tierra su tesoro
mientras temblaban de emoción las viñas.
Los árboles danzaban
al compás de la música del viento
mostrando entre los pliegues del follaje
las curvas de sus músculos. Temblaban
las fibras en los troncos corpulentos,
como débiles hilos de cordaje.
El lirismo del trueno se extendía
en explosión de pájaros y flores,

y en la piel de los árboles hervía
la inquieta ebullición de los amores.
Todo vibraba. El eco entre las brisas,
el ave sobre el nido, la enramada
entre los brazos tibios del ambiente,
y en los bosques las risas
del rubio adolescente
que mordía las carnes de su amada.
La canción del color, el campo lírico
y ebrio de vibraciones bullidoras,
como si entre el abierto surco hubiera
derramado el ajeno roedoras
hambres de prolongada borrachera.
Se cubría la tierra de colores
como una virgen pálida
en la rubia estación de los calores,
y los frutos nacientes
bajo la gran mirada de los cielos,
parecían las carnes florecientes
de rubios pequeñuelos
dormidos sobre el cálido regazo
de la madre, después del embarazo.
Todo en acción. La música del verso
en las ágiles alas de las brisas,
el lago soñador mostrando terso
sus mejillas preñadas de sonrisas;
la danza de las líneas va trazando
una estrofa de amor vibrante y viva
y un cielo azul, en éxtasis... mirando
como inmensa pupila pensativa.
Entre el roce sensual de hojas y ramas
vago rumor de seda se escuchaba;

la flor dando sus formas al ambiente
temblaba como virgen inocente...
¡Todo, todo cantaba!
Un arroyo rimaba blandamente
en su violín de plata vibradora
una canción traída del Oriente
al través de los mares,
por una ondina blanca y soñadora
como el mejor cantar de sus cantares.
La vida en las entrañas de las cosas,
en la frescura del color, caricias,
morbidez en las carnes de las rosas
y entre sus hojas blancas, candorosas
como un sueño sensual de hondas delicias.

¿Quién es el gran autor—dije llorando—
pintor de estas vibrantes maravillas?
Y viendo al sol que descendía lento
con su túnica roja de harapiento,
¡he ahí al poeta! murmuré temblando
y caí de rodillas...

CARTA A UNA DAMA

No cifro en vos enamorado empeño,
lo puse ya sobre una blanca nube;
vos sois sacerdotisa del ensueño,
seré el incienso que en volutas sube.

Engañada por pérfido homenaje
fijáis vuestra atención en los honores,
sin pensar que sarcástica os ultraje
cada palabra que os ofrece amores.

En medio de los triunfos no os halagan
de pesada existencia los afanes,
porque en torno de vos los cuervos vagan
con el nombre mentido de galanes.

Bien sabéis, soñadora incorregible,
que a la cándida voz del sentimiento
no puede responder el grazno horrible
que arroja ante su presa el cuervo hambriento.

La inclinación en nuestro ser es propia.
No se cambian jamás los ideales.
Vos que sois del ideal perfecta copia,
¿por qué os rodeáis de goces terrenales?

El musgo es del pantano; la azucena
crece en la margen del tranquilo lago,
en el vaso del vidrio la verbena
y entre escombros el triste jaramago.

¿Por qué escuchar en complaciente calma
la grosera palabra intencionada?
Vos sois materia, pero sois más alma:
¡y el alma es una planta delicada!

Cada frase de amor o devaneo
de lujurioso espasmo es el camino,
y hasta la santidad del himeneo
sólo es el precio de un placer mezquino.

No sois mujer, ni creación divina.
Nacisteis en el límite preciso,
en que principia el ángel y termina
la frívola mujer del Paraíso.

Una ley inflexible y bienhechora
destinos diferentes nos reparte;
¡cumplid vuestra misión, oh, soñadora!
¡vivid para la música y el arte!

Yo no os ofrezco el corazón ni amores
que tuve un tiempo en que feliz reía;
yo sólo tengo para vos mis flores,
¡y conservan perfume todavía!

¿Las queréis? Son humildes. Han crecido
de mi pobre bohardilla en la ventana;
¡yo quiero que perfumen vuestro nido
cuando penséis en Dios cada mañana!

Luz y Sombra n.º 14 // 23-VI-1900-
Fecha da: Stgo, junio 4 de 1900

CAPRICHOS DE ARTISTA

Yo quiero una mujer...

Así la quiero!

carne sólida y tibia, color rosa
y hambrienta de impudicias...
ceño despreciativo y altanero
y ojos como violeta pudorosa
preñados de caricias;

sollozos de laud entre los nervios,
mejillas empapadas de ambrosía
y labios opulentos más soberbios
que dos rojas tajadas de sandía;
soñadora y salvaje como fiera,
de sangre revoltosa como lava...
y que sólo al amante se rindiera;
¡una reina imperiosa que durmiera
recostada a mis pies como una esclava!

Cuerpo gentil, como en eterna danza,
senos en explosión de primaveras,
de esos en que la línea se avalanza
a dibujar gargantas de quimeras;
bucles en que la luz dance y sonría
dando más morbidez a la armonía,

frente meditabunda y pensadora
y brazos que a esplendor traben porfía
con la cadera grácil, cimbradora;
alma de artista que creara ambiente
cantando triste su ideal de joven
y una voz musical más elocuente
que una tierna sonata de Beethoven!

Yo quiero esa mujer...

Cuando al fin la halle
saldré sangrando de la humana zarza
para alfombrar de cánticos la calle
por donde cruce sus esbeltez de garza.
Llamaré a las alegres golondrinas
que describen arriba una sonrisa
para que ritmen notas cristalinas
en el laud de la inspirada brisa,
en tanto que al llegar el gran cortejo
de golondrinas y palomas bellas
saldrán, ardiendo de envidioso dejo
a la ventana azul varias estrellas...

Después... cuando abra a la ideal chiquilla
mi lecho de laurel, rico en frescura,
el sol que arroje luz en mi bohardilla
se ocultará para dejarla oscura...

MIS AMIGAS

Tanto por el bosque canto mis penas
en versos olorosos como azucenas
que hasta las avecillas se han conmovido
y bajan a escucharme desde sus nidos.

Por eso cuando lloro se agrupan todas,
y tiernas me recitan sonoras odas
que allá sobre las copas de las encinas
improvisan las bandas de golondrinas.

Unas me bajan flores desde las copas;
otras encabezando canoras tropas,
se posan en mis hombros. . . y en voz muy queda
me cuentan cosas tristes de la arboleda.

Me cuentan que en la noche los cuervos viejos
llegan de sus festines desde muy lejos. . .
con el sangriento pico medio entreabierto
derramando en las sombras olor a muerto.

Cuando penetro al bosque y en sus confines
me anuncian mis amigas con sus clarines,
se agrupan en las cimas los ideales
para tocarme regias marchas triunfales.

En otras ocasiones una muy viva
agita sus alitas, nerviosa, activa,
buscando entre los libros que picotea
las grandes alas blancas de alguna idea.

Ayer me arrebataron no concluído
un canto que leyeron allá en el nido;
hoy cruzaron en triunfo todas las cimas...
¡mañana sabrán todas mis pobres rimas!

Yo adoro a mis amigas. Cuando el sol brilla
llegan en muchachadas a mi bohardilla
y me dicen mil cosas que yo adivino
en la lengua canora del regio trino.

Ellas, cuando yo muera, iran llorosas
a cubrir mi sepulcro de frescas rosas
y espíaran a mi virgen en la ventana
cuando lea mis versos cada mañana.

EN EL PESEBRE

La sombra está solemne. No hay ruidos.
Han callado las voces y cencerros,
sólo se oyen los lúgubres ladridos
con que tejen sus cántigas los perros.

Montados en sus lánguidos camellos
llegan hasta Belén los reyes magos,
de una estrella errabunda a los destellos
y entre una orquesta de rumores vagos.

Vienen desde muy lejos. El desierto
contuvo al huracán, ató a la fiebre,
y hasta con vientos líricos de huerto
les perfumó el camino del pesebre.

Allá están. Bajo un alto sicomoro
se hincan los gigantescos dromedarios.
y los reyes ofrecen mirra y oro
batiendo los soberbios incensarios.

¿Ha nacido Jesús? La tierra ríe
y desmáyanse acentos musicales
en torno de ese niño que sonríe
envuelto en sus pobrísimos pañales.

La Noche conmovida toca una aria
en sus flautas de vagas melodías
y llegan recitando poesías
los vientos olorosos de Samaria.

Y desde allá... donde su brillo arranca
hasta los rizos rubios y traviosos
tiende la estrella una escalera blanca
por donde baja una legión de besos.

Just. A 11, n° 93 / 29-XII-1901

(1901)

* A UNA RUBIA

SEMEJANTE al fulgor de la mañana
en las cimas nevadas del oriente,
sobre el pálido tinte de tu frente
destácase tu crencha soberana.

Al verte sonreír en la ventana
póstrase de rodillas el creyente,
porque cree mirar la faz sonriente
de alguna blanca aparición cristiana.

Sobre tu suelta cabellera rubia
cae la luz en ondulante lluvia.
Igual al cisne a lo lejos pierde

su busto en sueños de oriental pereza,
mi espíritu que adora la tristeza
cruza soñando tu pupila verde.

14 Publ. en Luz y Sombra, Año
vii/1900. No. 1

en el título: brevedades brevedades

Fecha: St.º, junio 28 de 1900

A UNA MORENA

Tienes ojos de abismo, cabellera
llena de luz y sombra, como el río
que deslizándose su caudal bravío,
al beso de la luna reverbera.

Nada más cimbrador que tu cadera,
rebelde a la presión del atavío...
Hay en tu sangre perdurable estío
y en tus labios eterna primavera.

Bello fuera fundir en tu regazo
el beso de la muerte con tu abrazo...
Expirar como un dios, lánguidamente,

teniendo tus cabellos por guirnalda,
para que al roce de una carne ardiente
se estremezca el cadáver en tu falda...

Id

LOS OJOS DE MI AMADA

Son explosión de voluptuosos besos
los ojazos de un rostro que yo sé;
son ardientes, son raros y traviesos
como dos cucharadas de café.

Sobre el mar de la tez dulces despliegan,
como velamen regio las pestañas,
y parecen balandras que navegan
hacia un país de líricas montañas.

Tienen los tonos tristes de la luna.
¡Cuánto seducen al mirar contritos!
Son una regia, original tribuna
donde perora la expresión a gritos.

¡No los miréis! Fecundos en delicias,
brotan del mapa ideal de su cabeza,
como dos continentes de caricias
en un mar de romántica tristeza!

¡No los miréis! Son lípidos umbrales
de sus órbitas grandes y entornadas;
son vasos de negríssimos cristales,
llenos de frescos ramos de miradas.

Son un poema de inauditas glorias,
y son, cuando los canto con mis quejas,
guerreros que recuerdan sus victorias
bajo el arco de triunfo de las cejas.

Son notas de intangibles mandolinas,
son puñados de sombra amenazante.
Cruzan como soberbias golondrinas
la aurora de su pálido semblante.

Ojos más tenebrosos que mi suerte,
que quisiera mirarlos en la playa,
cantándome mi adiós cuando me vaya
en la barca sombría de la muerte.

EN ESTE DIA

Amada... Hoy es el día de difuntos.
Tiernas caricias secarán tu llanto...
Como aquel tiempo rezaremos juntos
por esa anciana que nos quiso tanto.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
Te besaré la frente en este día
y mis palabras llegarán a tu alma
llenas de misteriosa poesía...

Iremos a su tumba con las flores
que ella misma ponía en tu ventana,
para que recordando tus amores
te adornaras el pelo en la mañana.

Allí, donde entre el grave simbolismo,
un león de huracánica melena
parece meditar sobre esto mismo
en una trágica actitud de pena.

Donde entre el mármol que el dolor invoca,
vimos cuando su muerte, tristemente,
a un ángel con el índice en la boca
que imponía silencio gravemente.

Donde una estampa atada a una cornisa,
 a la sañuda muerte representa
 y hay una calavera amarillenta
 presa de eterna y espantosa risa.

Iremos a encender la lamparilla
 que hay delante de un viejo crucifijo:
 el que antes de morir la pobrecilla
 tomó cuando llorando nos bendijo...

Tú le dirás que su hijo también reza
 para que desde el cielo nos resguarde.
 ...Y tus huracanadas de tristeza
 se mezclarán al viento de la tarde.

Amada mía, ¡tu amargura calma!
 Te besaré la frente en este día
 y mis palabras llegarán a tu alma
 llenas de misteriosa poesía ..

Allá, entre el mármol que el dolor invoca,
 verás surgir ante tu fe doliente,
 a un ángel con el índice en la boca,
 imponiendo silencio eternamente.

4
 Auto H, 21.80
 3 / 10 / 1917
 " "

LOS PAJAROS

Los pájaros infelices
lloran ya a la Primavera;
mas, allá, en otros países,
la Primavera ya espera.

¡Vamos ya, que es el Otoño!
(Era el buen Dios quien hablaba...)
Que ya se hiela el retoño
donde el nido tiritaba.

Que allí en el pique rotundo
bosques y árboles ausculta,
un cazador vagabundo
con el arma al brazo, oculta...

Y hay un jilguero sombrío
que llora en frases ambiguas:
sus canciones son antiguas:
están ya enfermas de frío.

Y hasta el zorzal, ese bardo,
no improvisa en los zarzales,
cabe los mustios terrales
del añoso San Bernardo.

...Mas, un tril del ala elástica
hace aun sordos gracejos
o alguna estrofa sarcástica
sobre el amor de los viejos.

Y hay tencas que cantan las
a un árbol que el tiempo muerde,
como agrestes muchachuelas
en torno de un viejo verde.

Y otras cantan en la paja
de algún rancho campesino:
Labrador! Sal al camino,
coge el arado, trabaja.

Según dice en idioma alto
un vientecín bullanguero,
la golondrina es contralto
y barítono el jilguero.

Y es así, pues, no halla escollo
el canto en aquellos lares
donde ha aprendido el arroyo
murmurios crepusculares...

¡Déjalos cantar, Dios mío!
Oye esta canción que efluvia:
es una canción de lluvia,
porque en ella hay niebla, frío...

Deja al tordo, a quien agobia
viejo amor, si el pobre cuenta
que su novia turbulenta
porque se fué, ya no es novia...

Déjalos que hagan derroche
de su alma, junto al estambre,
mientras no venga la noche,
el cuervo, el galgo o el hambre.

Yo sé bien que en los aleros,
por las tardes del estío,
suelen turbar los jilgueros
las tristezas del bohío.

Y que su charla argentina
verter suele el canto sobre
la tosca mesa de encina
donde su pan come el pobre.

O alegrar con resonante
canto de agreste belleza,
la reflexiva tristeza
del tardío caminante.

Y que dan al buen labriego,
que se agosta en la labranza,
un sueño para el sosiego,
para el sueño una esperanza...

COSA PASADA

De los pasados barullos
¿recuerdas, mi buena esclava,
los tiempos de amor y arrullos
cuando mis labios mojaba
en la sangre de los tuyos?

¡Largas noches en tu pieza!
Noches de lluvia y de barro...
¡Cuántos sorbos de cerveza
tornó amargos la tristeza
que salía del cigarro!

Recuerdo todo; la tos
y aquellos tiempos de crisis,
cuando en el nombre de Dios
la melancólica tisis
se interpuso entre los dos.

Todo. El bullicio grosero
del baile, el salón cercano,
y aquel valse lastimero
que sollozaba en el piano...

La pieza en que me ofrecías
caricias, lectura y bock,
y en la que siempre tenías
un tomo de poesías
y un libro de Paul de Kock.

Y aquella obra chocarrera
que no pasó del preámbulo,
cuyo largo título era:
«Amores de una ramera
con un poeta noctámbulo».

Tú, soñabas con alhajas...
Yo, soñaba con Ofelias...
Mientras tendido en la caja
te leía en voz muy baja
«La Dama de las Camelias».

Y besaba en mis empeños
tus carnes de rosa-the,
carnes de tintes sedeños,
mas pálidas que los sueños
de Margarita Gautier.

¿Y te veré? Mudo, tierno,
iré un día a ese país...
¿Cuándo será el viaje eterno?
Tal vez en tiempo de invierno
y en un día triste y gris...

Y habrá con mi triste esclava
noches de amor y de arrullos
y mojaré cual mojava
mis labios de ardiente lava
en la sangre de los tuyos.

CANSANCIO DEL CAMINO

Madre mía! Hace frío en esta tierra
tan desoladamente hostil y tosca;
yo no sé manejar armas de guerra,
ni tengo airón ni la mirada hosca.

Yo no sé la estocada sorpresiva
que hace saltar la sangre del contrario,
ni me la aprenderé mientras que viva,
porque no siento audacias de adversario.

Yo no nací para luchar. De niño
a hombre, sin pensar jamás en músculos,
debí sólo ver flores, ver cariño,
campañas, alboradas y crepúsculos.

Yo tengo inmenso amor por esos bellos
tiempos, por esas tarde tan lejanas
en que condecoraba mis cabellos
con el grave prestigio de tus canas.

Madre, yo tengo miedo. Están de menos
tus palabras tranquilas, tus miradas
buenas como tus besos, que eran buenos
y tus frases de amor, que eran baladas.

He visto mucho ya. He oído nombres,
he vivido en un pueblo muchos años
y siento que las cosas y los hombres
me son aun heladamente extraños.

¡Eras tan joven! Tus palabras eran
como las de los pájaros; como ellos
hablaban de las hojas que murieran
en sus días más bellos.

Y en las tardes, vagando por la vía,
me hablabas de los sueños que soñabas:
yo te hablaba llorando, madre mía,
de mis debilidades. Tú pensabas.

¡Eras tan buena! Tu inocencia suma,
tu inexperiencia del vivir, tus sueños,
se impregnaban de amor, como de bruma
se impregnan los paisajes lugareños.

¡Ah, tú sabías encontrar el fondo
de esta amable bondad hereditaria
que me hizo descender a lo más hondo
de la meditación, de la plegaria!

Tú no viviste para tí. Eras buena
como tu amor por mí; y eras tan santa
como mi amor, como esta inmensa pena
que de esta mala vida me levanta.

¡Ah, esas tardes de amor! Por el camino
iban nuestros espíritus soñando,
y eran nuestras palabras como un vino
de sabor dulce, como un vino blando.

Como si aun lo viera... Te adoraba
sin presentir los venideros daños.
Te miraba hondamente, te miraba
como se miraría en muchos años.

... Todo lo que habla de tu vida lo amo:
las canciones antiguas y la nieve
de mis melancolías, el reclamo
del vendedor mientras afuera llueve.

Recuerdo todo. Hasta los sueños torvos
de los gatos huraños; tus modales
llenos de aristocracia, como sorbos
de un licor de los tiempos medioevales.

Y nuestra mesa, los manteles blancos,
las copas de color, el vino, el agua;
los jarrones pintados con barrancos,
carricoches y bosques de patagua.

Y veo todo... Hasta la parra vieja
que aun enarca sus troncos retorcidos,
el tordo campesino, la copleja
que era el recuerdo de tus tiempos idos.

¡Y todo eso ya hurtado por la muerte!
Toda esa dicha que no fué ni mucha...
Todo arrancado a la haraposa suerte
de un niño sin vigor para la lucha.

Me besabas; me hablaste largamente;
reímos, conversamos mil asuntos;
nos separamos silenciosamente
después de andar toda una vida juntos...

En una noche que acabándose iba,
echamos cada uno por su atajo:
tú, seguiste tu marcha por arriba,
yo, seguí mi camino por abajo...

EDAD

Años tenía pocos, mas tenía esperanzas
que soñaban, reían y cantaban romanzas;
hoy no tengo esperanzas, mas tengo muchos años
que lloran cosas idas, que cantan desengaños.

Y así he visto que pocas esperanzas detienen
su marcha en esta eterna marcha y que se van lejos;
se van las esperanzas cuando los años vienen...!
¿Por qué? Esperanzas mozas no gustan de años viejos.

POSTAL

A. Elvirita Rocuant.

Es el amor la gloria de la vida,
la virtud del amor es el candor;
virtud hay en el alma del que anida
ilusiones de amor:
retén entonces en tu edad florida,
alma, virtudes, ilusión y amor

INGENUA

El profesor a Juan, en geometría,
defíneme la curva, dijo un día,
y el pobre Juan le respondió sereno:
línea que la mujer tiene en el seno.

GEORGICA

Dios atenderá mi ruego...
Yo sólo pido alegría,
un rancho en la lejanía,
allá un buey, acá un borrego.
Seré bueno: hecho un labriego,
habrá en mi hogar niños, niñas,
fecundas serán mis viñas
y armoniosas las canciones
que hagan llorar los gorriones
en medio de mis campiñas.

Y sobre esta dicha, sobre
esto que exista, si existe,
un consuelo para el triste
y un pan fresco para el pobre.

Campanas de Oro

EGLOGA

Amo lo que me asombra y no me asombra:
la luz preclara, la nocturna sombra;

El cantar de una boca
cuando la frente de la amada toca,
y el rumoreo de hojas y de seda
que en pos del paso de una joven queda.

Amo el golpe del hacha en la montaña
y el canto de la esposa en la cabaña;
amo el chisporroteo de la leña
en el hogar donde el labriego sueña
con ver una explosión de espigas rubias
en pos de las tristezas y las lluvias;

Las tardas oraciones
que elevan los lejanos esquilonos
desde el alero
en que piensa el sombrío campanero.

Amo la melancólica elegía
de la hojarasca en la alameda umbría.

Amo la tarde,
la mustia estrella,
la rima que arde
y la plácida luz que cae de ella.

Amo lo que florece, lo que anida
en el inmenso campo de la vida;
amo lo que Dios pone en un murmullo:
yo lo amo porque es bello, porque es suyo.

CONTRA AVARICIA, LARGUEZA...

Tu sabes que cuando reza
el hermano franciscano,
aconseja al buen cristiano
contra avaricia, largueza.

Por eso, por mi pobreza,
y porque en Dios soy tu hermano,
dame tu beso, tu mano
blanca y también tu pureza.

Dame, dame, lo que es mío...
Yo a tí mi brazo bravío
de campesino y mi hoz;

mi buen humor de muchacho,
mis inquietudes de macho,
salvaje, ardiente, feroz...

CONTRA GULA, TEMPLANZA...

Ama el trabajo, el buen nombre,
la virtud que Cristo amó;
recuerda, hermano, que no
sólo de pan vive el hombre.

Contempla, extásiate. Asombre
tu alto gusto a quien te vió,
y abre tu alma a todo lo
que da buen nombre y renombre.

Deja el *beef*, el vino craso
para el panzudo que al paso
de buey rastrea el millón

y a quien, crasa y elegante,
envidia el vientre colgante
la nueva generación...

CONTRA LIJURIA, CASTIDAD

El carnero cornigacho
de hosco ceño y agría testa,
está de novio con esta
borrega de buen mostacho.

Pero, sin pizca de empacho,
ronda también junto a aquesta,
con cierta cachaza honesta
que es digna de un buen muchacho.

En el corral la ancha puerta
de par en par se halla abierta
cuando echa el ojo el zagal.

Entonces agría el ojo,
va al corral, echa el cerrojo
y allí encierra eso inmoral...

GONTRA SOBERBIA, HUMILDAD

Juan, el poeta altanero,
me hizo una oda agrisonante
en que la frase era guante
y la intención era acero.

La celebró el pueblo entero
y aún un genio principiante
lanzó un cínico ¡Adelante!
en estilo chocarrero.

Yo lo provoqué. Al palenque
llegó un pobre diablo enclenque,
un plagio de hombre, un simplón.

Y entonces ¡Dios adorable!
sentí la inconmensurable
grandiosidad del perdón.

REIRE...

Reiré mientras impulses
mi barca que ya se pierde,
niña de ojos agridulces
como granos de uva verde.

Y reiré mientras coja
en el amor mi poesía,
niña de boca mas roja
que un corazón de sandía.

Reiré mientras me enardezca
tu boca que besa y muerde,
niña tentadora y fresca
con sabor a fruta verde.

Mientras puedan mis agravios
probar en dulces antojos,
las dulzuras de tus labios,
las dulzuras de tus ojos.

A LA CRIADA

Criadita alegre, vé
a dejar el café frío;
bebí mi sorbo de hastío
y no quiero ese café.

Ni té. Quiero de ese que
hierve en tu genio bravío,
donde el sabor del hastío
se mezcla al sabor del té.

Así el espíritu mío
tendrá su ensueño zahareño,
calor de ensueño y ensueño
con torvas brumas de hastío.

Y así no verás ya que,
hastiado, sombrío y torvo,
paladée sorbo a sorbo
el sabor de ese café.

LA CITA

música y luz; Primavera!

Primavera, primavera!...
Luna que arriba medita;
un mozo que va a la cita
y una muchacha que espera.

besos. Un dulce.
Pasos quedos en la grama;
y luego un dulce «te adoro»,
y la pasión que derrama
sus ardientes frases de oro.

Un barco que en la bahía
iza sus cándidas velas,
mientras rima cantinelas
la adusta marinería.

En tanto el jefe en la popa
recuerda meditabundo
una vuelta que dió al mundo
y las mujeres de Europa...

Música y luz. ¡Primavera!
Noche plácida de luna;
un mozo que pasa y una
niña triste que le espera.

El mozo que se arrodilla
y la muchacha que llora.
¡Adios! dice la barquilla
que va al país de la aurora.

El besándola sombrío;
ella en sus brazos temblando;
allá a lo lejos vibrando
la serenata de un río...

Redoblan marchas las olas
en sus líricos tambores;
se alejan los pescadores
cantando sus barcarolas.

Y la luna que se esconde...
la joven que piensa... el mozo...
luego un adiós, un sollozo;
luego el eco que responde...

Just. A 11, n.º 89/10-xii-1901

ENTIERRO DE CAMPO

Con un cadáver a cuestas,
camino del cementerio,
meditabundos avanzan
los pobres angarilleros.

Cuatro faroles descienden
por Marga-Marga hacia el pueblo,
cuatro luces melancólicas
que hacen llorar sus reflejos;
cuatro maderos de encina,
cuatro acompañantes viejos...

Una voz cansada implora
por la eterna paz del muerto;
ruidos errantes, siluetas
de árboles foscos, siniestros.
Allá lejos, en la sombra,
el aullar de los perros
y el efímero rezongo
de los nostálgicos ecos.

Sopla el puelche. Una voz dice:
—Viene, hermano, el aguacero.
Otra voz murmura:—Hermanos,
roguemos por él, roguemos.

Calla en las faldas tortuosas
el aullar de los perros;
inmenso, extraño, desciende
sobre la noche el silencio;
apresuran sus respuestas
los pobres angarilleros
y repite alguno:—Hermano,
ya no tarda el aguacero;
son las cuatro, el alba viene,
roguemos por él, roguemos.

Y como empieza la lluvia,
doy mi adiós a aquel entierro,
pico espuela a mi caballo
y en la montaña me interno.

Y allá en la montaña oscura
¿quién era? llorando pienso:
—¡Algún pobre diablo anónimo
que vino un día de lejos,
alguno que amó los campos
que amó el sol, que amó el sendero
por donde se va a la vida,
por donde él, pobre labriego,
halló una tarde el olvido,
enfermo, cansado, viejo!

BALADA

Surge un rayo de luna
y delicada luz deja en su trenza.
¿Quién es esa mujer que piensa? Es una
madre que piensa.

Siento deseos de llorar. Alguna
lágrima asoma; y en la noche inmensa
alguien me dice: ¿Qué te obsedía? Una
madre que piensa.

Un niño, un beso sobre el alba trenza,
un canto que de lejos llega, alguna
luz que condensa
canto lejano, misteriosa luna.

Y un parrón viejo, cuya fronda densa
deja pasar a Dios que llega en una
ansia de comprender esa alma inmensa
que hay en la luna...

EL TREN

¿Dónde van los campos grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

A la orilla de un estero
donde hay sauces angustiados,
canta alegre el carretero
frente a sus bueyes cansados.

Y escucha una inmóvil tagua,
sobre una angulosa grieta,
las cosas que dice el agua
en su eterna cancioneta...

Los cuadros que se reemplazan
en desfile vagabundo,
todos pasan, todos pasan,
como las cosas del mundo...

Y van en hondo letargo
tras el eco que responde,
siguiendo un camino largo,
sin saber a dónde, a dónde.

Vése una alegre potranca
que piensa algo muy impuro
y una yegua cariblanca
que relincha a un potro oscuro.

Y allá entre desnudos liques,
torres de aldeas lejanas,
donde sueñan con repiques
las taciturnas campanas.

Y en un paso que se encorva
bajo bosques de retamo,
un peón de mirada torva
que guía el coche del amo...

Alamos de troncos yermos
que alzan el busto hacia arriba
como siluetas de enfermos
en actitud pensativa.

Y las bodegas viñeras,
llenas con fondos de cobre,
donde hay muchas borracheras
para las penas del pobre.

¿Dónde van los campos grises
del alado viento en pos?
Van a lejanos países
tras del hombre y tras de Dios.

* * *

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el viento los espera.

Fijos en tosco edificio,
hace mucho que emprendieron
un largo viaje ficticio
que tantos hombres hicieron...

Y ahí están al viento, cuyo
furor habla de vestiglos,
vaciando su inmenso orgullo
en las barbas de los siglos.

O alzando en su misticismo,
laceradas por la yedra,
hasta el rostro de Dios mismo
sus grandes manos de piedra.

¡Oh, esos frailes corpulentos
que hincados en tosca alfombra,
oyen rezar a los vientos
oraciones a :la sombra!

Ellos han visto sin mengua
las rabias de los volcanes
y han entendido la lengua
en que hablan los huracanes.

Y han visto ya al rayo ciego
bajar del monte al testuz
y dar azotes de fuego
como látigos de luz.

* * *

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

Porque él los domó: altanero
señor de corvo y de hazañas,
tomó el traje de minero
y les vació las entrañas.

Y hoy que poco a poco cejan,
muestran entreabiertas fosas
y túneles que semejan
puñaladas horrorosas.

Que acaso horadaron quienes
Hoy son los mismos aldeanos
que dicen de algunos trenes
que pasan como gusanos...

Por ahí un nombre incoloro,
sobre un pique de renombre,
muestra que una audacia de hombre
tuvo amores con el oro.

Y que ahí el oro y la audacia
que abundan en desengaños,
se buscaron; por desgracia
no se hallaron en cien años...

Ahí los humos fugaces
de oxidadas chimeneas,
trazan sombras, rumian frases
llenas de blancas ideas.

Y ahí entre las agrias rocas
las minas que alberga el suelo,
abren inauditas bocas
como pidiendo algo al cielo.

VIDA DE PUERTO

A los que sueñan renombre y gloria
y hacen su almuerzo con un *pequén*.
¡Pueda que suela causarles risa,
ésta romántica longaniza
digna del estro de Paul Verlaine!

Vida de Puerto, vida de esfuerzo,
vida que es digna de prosa y verso,
porque es alegre, porque es de acción;
vida que esparce dicha a destajo
con sus mujeres, con su trabajo,
con su comercio, su agitación.

Allá en la puerta de algún tugurio
dos graves viejas leen «El Mercurio»
con los anteojos en la nariz;
acá un muchacho que vende *humas*
y en una esquina dos michicumás
que beben agua de sin *anís*

Las conductoras de alegres trajes
timan los *quintos* de los pasajes
que les pagaron en la imperial;
y las pregonas de manos toscas
sirven las tazas con café y... moscas
en el Mercado del Cardonal.

Por la mañana sale «El Chileno»:
Crimen, asalto, *pic-ni* ameno,
por una ficha, ¡gran sensación!
Los muchachuelos corren cual lauchas
y a las chapitas juegan las chauchas
que se ganaron en «La Unión».

Una muchacha muestra la bota...
Un paco pone cara de idiota
y hacia los ojos se echa el *kepí*.
Y un modernista que usa polainas
se desayuna con sus versainas
o con novelas de A. de Guery.

Acá un agente nos causa risa
porque en Playa Ancha busca y pesquisa
al que hirió al cónsul del Ecuador.
Busca, averigua, con tono suave
y al fin descubre... que nadie sabe
el paradero del malhechor.

Ya el bullicio nos dejó sordos...
Los comerciantes de abdomen gordo
Salen del Banco Tarapacá.
Ahoga el humo de los cigarros
y los jamelgos flacos de un carro
cruzan al trote la calle Prat.

Un marinero de buena facha
pasa del brazo de una muchacha

charlando viejos temas de amor;
y como nadie los mira siguen
se van al punto donde Rodríguez
a tomar algo para... el calor.

Entra el expreso como un venablo...
Salen como almas que lleva el diablo
los vendedores: ¡Carril, La Ley!
Gritan y sudan ¡pobres muchachos!
y a las dos horas cambian los cachos
por una taza de *motemei*.

Los jornaleros de rostros pardos
bajan y suben enormes fardos
desde la popa de algún lanchón;
y si por algo pasa la grúa,
se despanzurran una caldúa
y algún *sanguich* con salchichón.

Pasan los gringos acalorados,
los pantalones arremangados
fumando un puro para el *spleen*
y en un remate sale el servicio
que un elegante de poco juicio
trajo de a bordo del San Martín.

Con sus enormes zapatos bayos
un gringo a un joven pisa los callos;
el joven vuelve, da un bofetón;
se insultan, gritan, el paco llega,
y pone término a la refriega
diciendo todos a la sección.

Llegó al Victoria la Compañía...
 pero en las tandas, la galería
 dice no entendio, no hay como aquí.
 se cantan cosas en *italiani*
 y en tanto a un palco llega la *Many*
 gritan los chicos: *irico maní!*

Sigue la orquesta con su barullo;
 en el proscenio baila Saullo,
 los gringos hablan de un nuevo *match*
 y unas morenas en la cazuela,
 bonitas como... dolor de muelas,
 baten las palmas para Benach.

Los *dandys* que usan *chaquet* de cola,
 cuando divisan a su polola
 guiñan un ojo con sal y *sprit*.
 Y un francés cojo por la platea,
 con una caja, mientras cojea,
 dice despacio: ¡*Marrons confit!*

De la *English Company* hay pelambres:
 dicen que a bordo se pasan hambres:
 almuerzo papas, cena frejol;
 al otro día papas con coles
 y vuelta y vuelta con los frejoles
 y con las cenas de papa y col.

Una señora viuda y con plata
 que nada tiene de timorata
 sacó pasaje para París:
 se la llevaron para la China,

donde hoy se encuentra de *mandarina*,
mujel de un jutle de aquel país.

Un caballero que iba a la Italia,
por un equívoco, llegó a Australia
con una carga de oro en barril.
Y un godó que iba para barúela,
toca que toca las castañuelas,
a los dos años llegó a Brasil.

Las empleadas de los correos
pagan las tandas por más que es feo
con estampillas de cinco o diez
y al empresario le hacen astillas
cuando cancela con estampillas
en los primeros días de mes.

Unos poetas escriben prólogos;
otro más diablo traza un monólogo
para las tandas del Teatro Odeón
y si los tiempos le son adversos
paga la pieza con buenos versos
a la señora de la pensión.

Just. de Cruz y S. A. 11, 11-8
10-XI-1901

EL PERRO VAGABUNDO

Flaco, lanudo y sucio. Con febriles
ansias roe y escarba la basura;
a pesar de sus años juveniles,
despide cierto olor a sepultura.

Cruza siguiendo interminables viajes *§* *β*
los paseos, las plazas y las ferias;
cruza como una sombra los parajes,
recitando un poema de miserias.

Es una larga historia de perezas,
días sin pan y noches sin guarida.
Hay aglomeraciones de tristezas
en sus ojos vidriosos y sin vida.

X Y otra visión al pobre no se ofrece
que la que suelen ver sus ojos zarcos:
la estrella compasiva que aparece
en la luz miserable de los charcos.

No aparece

Cuando a roer mendrugos corrompidos
asoma su miseria, por las casas,
escapa con sus lúgubres aullidos
entre una doble fila de amenazas.

Allá va. Lleva encima algo de abyecto.
Le persigue de insectos un enjambre,
y va su pobre y repugnante aspecto
cantando triste la canción del hambre.

Es frase de dolor. Es una queja
lanzada ha tiempo, pero ya perdida;
es un día de otoño que se aleja
entre la primavera de la vida.

Lleva en su mal la pesadez del plomo.
Nunca la caridad le fué propicia;
no ha sentido jamás sobre su lomo
la suave sensación de una caricia.

Mustio y cansado, sin saber su anhelo,
suele cortar el impensado viaje
y huir despavorido cuando al suelo
caen las hojas secas del ramaje.

Cerca de los lugares donde hay fiestas
suele robar un hueso a otros lebreles,
y gruñir sordamente una protesta
cuando pasa un *bull-dog* con cascabeles.

En las calles que cruza a paso lento,
buscan sus ojos sin fulgor ni brillo,
el rastro de un mendigo macilento
a quien piensa servir de lazarillo.

Publ. Ex 19 vez? J. en Chile ilustrado n.
11. N.º 21 // Abril de 1904.
Sin fecha.

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto a las grutas de las quebradas
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin ton ni son,
hay una casa de corredores
donde hay palomas, tiestos con flores,
y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
como argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen más grave la aristocracia
del aire místico y señoril.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
más de una oda de metro exiguo
hubiera escrito Fray Luis de León,
sobre la dama de blanco pelo,
sobre las dichas que allá en el cielo
tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y prosa
la blanca mesa, la blanca loza,

la porcelana de albo matiz,
los cuchicheos, los ténues corros
y el agua alegre que salta a chorros
por una enorme llave matriz.

Es una dicha que causa pena...
La broma alegre, la charla amena
y allá en el piano, *la, si, do, re...*
Los besos largos, las risas claras
y el tintineo de las cucharas
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
éste que piensa fuma el cigarro
mirando el humo subir, subir.
Hace proyectos mientras bosteza
y ve en las brumas de su pereza
las alegrías que han de venir.

La madre cose; la joven piensa;
la chica enreda su oscura trenza;
los grandes hurgan temas de amor,
Y si a la larga se ponen tristes,
el más alegre cuenta unos chistes
que a todos ponen de buen humor.

Mientras, las flores pueblan la mesa
y la bandeja de plata gruesa
y las cajitas donde hay café,
en cuyas clásicas etiquetas
hay unos chinos que hacen piruetas
sobre cajones llenos de té.

En los jarrones de porcelana
hay una torre y una campana
que casi, casi repica ya...
un cuadro antiguo, colgado al muro,
y en él un gesto grave y seguro
sobre el retrato del buen papá.

Si allá un piloto maniobras manda,
los chicos todos en la baranda
piensan: ¿a dónde va el bergantín?
...Y sopla el viento del mediodía
y una brumosa melancolía
vacía en el aire vahos de esplín.

En las heladas tardes de invierno
se leen libros de arte moderno
o alguna charla de Pedro Gil;
oye la dama de pelo cano,
callado el viento, callado el piano,
y Paderewsky sobre el atril...

Cuando en las noches hay aguacero,
niños y gatos junto al brasero
oyen *La lámpara de Aladín*;
cuentos de negros duchos en bromas,
niñas que un hada volvió palomas
o gigantones con piel de espín.

...Suenan las doce; la madre reza;
hay en los cielos mucha tristeza,

abajo un vaho sentimental,
mientras que enfermas de hipocondría
cantan las ranas su letanía
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria
hay una inmensa preparatoria
donde Dios hace de preceptor;
y que en las clases, de traje blanco,
a cada uno pone en el banco
una corneta con un tambor.

Año III, n.º 19 - Febrero de 1904.

Fecha: Lima del Perú, 1903.

X

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja
que usa una cachimba de color coñac
y habita una bohorda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido a la larga sobre un mueble inválido,
un bostezo larga, y otro, y otro: tres!
¡Diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués!

Cerca de él, cigarros finjen los pinceles,
sobre la paleta de extraño color:
sus últimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo a sudores y olor a cadáver,
hay tufo a modorras y olor a mujer.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura agobia,
y anteojos de bruma pone en la naziz;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia,
y todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurosis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia,
y hace un gesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que há tiempo está anclada
y unas acuarelas a medio empezar.

De un escritorio sobre la cubierta
un ramo de rosas chorrea placer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura agobia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible a su novia
y muere en silencio, de tedio, de esplín.

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poròs
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico;
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con gestos de piedra y ojuelos de miss.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma,
oye a un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondría, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar. ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la csperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza,
allá donde el padre sirve un puesto ad-hoc;
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta o el block.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un vagón de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
Luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
Luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacía llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? ¡Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! la vida es así...

A EVA

Alba de amor, alba nueva,
sorbo de vino francés,
en cuyo agridulce nieva
su frío el esplín inglés.

Tu pubertad se subleva
y no obstante indúctil es:
si mi amor pide una prueba
respondes: después, después...

Flor que reclama el estambre,
por tí se olvidó de su hambre
un bardo sentimental.

Y en una tarde de invierno
te hizo un dístico moderno
en su laúd de cristal.

FECUNDIDAD

A Guillermo Labarca Hubertson.

El porte grave, el porte de esta robusta vaca de cuernos recortados. El aire distinguido de ésta que es corniabierta y ésta que es tan retaca, manchan el pasto alegre donde rumia el marido. Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje! ¡Es usted tan potente! Y es usted tan salvaje!

El toro de ancha testa contempla en la pradera la encantadora carne de la esquiva ternera que hace saltar la brizna, buscando, hocico al aire, no sé qué encanto nuevo que ha soñado... El desgaire de los gallos erguidos, de los pollos de estacas que hacen rueda a las pollas de floreados pompones, entre el aire seriote de los toros y vacas y el chirrido tedioso de cien mil moscardones.

Las moscas acrobáticas se buscan. Y los pavos empiezan ademanes de lujuria en los rabos abiertos a la inmensa gloria de un sol lascivo que torna oscuro el gesto y el ensueño agresivo... Los peones cuchichean en los ranchos agrestes; las hembras escudriñan los espacios celestes,

como soñando un hombre superior, un mancebo de formas endiabladas, un macho ardiente, un nuevo peón que viniera a brincos por las viviendas de ellas, violando a las esposas antes que a las doncellas...

Por el abierto campo las manadas tranquilas alargan los lamentos de las tardas esquilas, mientras un venerable carnero de agría testa, salta por sobre aquella borrega o por sobre ésta. Mas allá un potro bayo de musculosos pechos baja a brincos los quiebros de los bruscos repechos, mueve la cola, mueve las orejas nerviosas, salta, piafa, relincha; las patas temblorosas se levantan, se doblan. El sol cae en el anca y hay relampagueos de oro. Esbelta potranca viene dando corcovos... Ansía que la violen... Sopla un viento de fuego que arrastra polen ¡polen!

Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña, más blanca que la leche de las vacas la sueña mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blancos... ¡El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos)... Oiga usted, buena moza. Mire el sol: una brasa... ¿Ve usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza! ¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastora! Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora mira cómo en los campos la carne de las frutas tiritita; cómo corren oleadas disolutas. Mira cómo la vida revienta. Mira cómo el viento ama a las tierras y les araña el lojmo...

La pastora se calla. El pastor tiembla y mira; luego se va acercando. La pastora suspira...

TEODORINDA

Tiene quince años ya Teodorinda,
la hija de Lucas el capataz;
el señorito la halla muy linda;
tez de durazno, boca de guinda...
¡Deja que crezca dos años más!

Carne, frescura, diablura, risa;
tiene quince años no más... ¡olé!
y anda la moza siempre de prisa
cual si a la brava pierna maciza
mil cosquilleos hiciera el pie...

Cuando a la aldea de la montaña
con otras mozas va en procesión,
su erguido porte, fascina, daña...
y más de un mozo de sangre huraña
brinda por ella vaca y lechón.

¡Si espanta el brío, la airosa facha
de la muchacha... ¡Qué floración!
Carne bravía, pierna como hacha,
anca de bestia, brava muchacha
para las hambres de su patrón!

Antes que el alba su luz encienda
sale del rancho, toma el morral
y a paso alegre cruza la hacienda
por los pingajos de la merienda
o la merienda de un animal.

Linda muchacha, crece de prisa...
¡Cúidala, viejo, como a una flor!
Esa muchacha llena de risa
es un bocado que el tiempo guisa
para las hambres de su señor.

Todos los peones están cautivos
de sus contornos, pues que es verdad
que en sus contornos medio agresivos
tocan clarines extralascivos
sus tres gallardos lustros de edad.

Sangre fecunda, muslo potente,
seno tan fresco como una col;
como la tierra, joven, ardiente;
como ella brava y omnipotente
bajo la inmensa gloria del sol.

Cuando es la tarde, sus pasos echa
por los trigales llenos de luz;
luego las faldas brusca repecha...
El amo cerca del trigo acecha
y la echa un beso por el testuz...

EN LA PODA ✕

Cantando va el alegre carretero
frente a sus bueyes mustios y cansados:
en su carreta lleva el limonero
que me daba en las tardes de Febrero
la sombra de sus ganchos inclinados.

¡Qué alegre vas, buen hombre! dije al guía,
y al seguir canturreando por la vía
me respondió:—¡Cómo anda siempre el pobre!
¡Aquí es donde se compra la alegría
ganando el pan que a muchos tal vez sobre!

Y no encuentro el dosel de mis amores
en los sitios del bosque, despoblados.
¡Y tú llevas los verdes cobertores
en que mi amada y yo, ebrios de olores,
hablábamos de amor, entrelazados!

¡Oh rústico feliz! Sigue el camino
conduciendo tu carro a la leñera;
esos nervios del bosque donde el trino
más de una vez a desgranarse vino,
llevan mi sueño a la chispeante hoguera...

Tú del hombre feliz la imágen eres,
 tú, cuya fuerza a la labranza uncida,
 te hace vivir sin penas ni placeres
 arrastrando la carga de la vida
 entre los cantos de tu amor a Ceres.

¡Tú no vienes al bosque a hablar de amores
 con la alegre y coqueta Poesía,
 ni te amargan los besos seductores
 de esa florista que nos da sus flores
 escondiendo el puñal de la ironía!

¡Canta! ¡Canta feliz, buen carretero,
 frente a tus bueyes mustios y cansados!
 ¡Llevas en tu carreta el limonero
 que nos daba en las tardes de Febrero
 la sombra de sus ganchos inclinados!

Luiz y Saubica N.º 24. 1.º - IX - 1900. R. 3
fecha da: São João, Agosto 17 de 1900

NADA

Era un pobre diablo que siempre venía
cerca de un gran pueblo donde yo vivía;
joven, rubio y flaco, sucio y mal vestido,
siempre cabizbajo... ¡Tal vez un perdido!
Un día de invierno lo encontraron muerto
dentro de un arroyo próximo a mi huerto,
varios cazadores que con sus lebreles
cantando marchaban... Entre sus papeles
no encontraron nada... Los jueces de turno
hicieron preguntas al guardián nocturno:
éste no sabía nada del extinto;
ni el vecino Pérez, ni el vecino Pinto.
Una chica dijo que sería un loco
o algún vagabundo que comía poco,
y un chusco que oía las conversaciones
se tentó de risa... ¡Vaya unos simplones!
Una paletada le echó el panteonero;
luego lió un cigarro, se caló el sombrero
y emprendió la vuelta... Tras la paletada,
nadie dijo nada, nadie dijo nada...

LA PRIMERA LLUVIA

Bienvenido, padre Otoño. Tu alma puebla
las viviendas donde el viejo hastío efluvia;
tu tristeza es una hermana de la niebla,
mi tristeza es una hermana de la lluvia.

La tristeza amarillenta de las hojas
da en las copas leves toques de agonía
y fallecen sin dolor las tintas rojas,
como enfermas de incurable poesía.

Ahí, al frente, las ventanas a la lluvia
abren poco a poco lívidas persianas:
sale un viejo, sale en pos una alba rubia
que contempla con tristeza otras ventanas...

Y los niños pasan tristes a la escuela,
embutidos en sus negros capuchones,
mientras lejos vése a ratos una abuela
que, en su cuarto, hace calcetas y canciones.

Mientras grave la parroquia de la villa,
que a lo triste del paisaje su alma aúna,
de la vía ferroviaria por la orilla
vierte tristes campanadas, una a una...

Y en la quinta que se encara al mar airado,
se ve a un joven que medita largamente;
se ve el rostro prematuramente ajado,
se leen quejas ¡las de todos! en la frente.

No es mi amigo (lo es ahora ante la lluvia),
sé que llora la partida de una anciana;
sé que es suya la gloriosa testa rubia
del mozuelo que retoza en la ventana.

Sé que sufre su mujer hondo desvelo,
que la muerte de esa anciana le ha rozado,
que, impotente para hallarle algún consuelo,
envejece ante el dolor de su adorado.

Sé que el pueblo, sé que el aire de la villa
le corroen, le anestesian, le amortajan,
que se arrastran los recuerdos a la orilla
de la playa, que las brumas le desgajan...

—¿Qué recuerda, padre mío? ¿Qué recorre?
le pregunta la gloriosa testa rubia.

—¡Nada! Es sólo el lloriqueo de la torre...
Las campanas... Es el tiempo; es esta lluvia...

Las colinas se arrebujan de azulejas
nieblas vagas. De los álamos escuetos
caen hojas amarillas, caen quejas,
cae el tedio de los pájaros inquietos.

Y descienden los recuerdos más sombríos,
los monólogos tristes, la nubada,
las miserias melancólicas, los fríos,
las ternuras de una época pasada.

... ¡Ah, la lluvia! Cae el agua, cae en tierra
y la tierra la devora cuando cae.
Ella todo se lo traga... ¡Santa tierra
que se lleva todo, igual que todo trae!

Falta todo aquí. En los días de la lluvia
la anticuada chimenea se encendía
y al calor de ella la hermosa testa rubia
en las faldas de la abuela se dormía.

Falta aquella buena anciana, falta aquella
buena vieja que en la noche conversaba,
conversaba sobre mí con una estrella
que, según ella decía, nos miraba.

Charlas que eran de seguro muy sombrías,
que serían de fatídicos agüeros,
pues que ajaron sus maternas alegrías,
desalaron mis ensueños más ligeros.

Recordaba las guerrillas con los godos,
las penurias de los tiempos coloniales,
los feroces artilleros que iban todos
sin zapatos, pero todos con puñales.

Y contábame el cuentucho picaruelo
del corneta de roída casaquilla
que vestía las sotanas de un mochuelo
para oír la confesión de una chiquilla...

O aquel caso de la historia, el de un hermano
que Rodríguez desnudara sagazmente,
para entrarse como un gordo franciscano
al despacho del ingenuo Presidente...

¡Tanto tiempo, de esos días! Las callejas
de mi barrio melancólicas se abrían;
se morían de vejez las casas viejas
y los viejos moradores se morían.

Sólo el noble Austin, sus viejas estaquillas
en la esquina golpeateaba diariamente
y sus rezos a muchachos y chiquillas
enseñaba santamente, santamente...

¡Yo recuerdo aun la escuela! Sus lecciones:
la captura de Atahualpa por Pizarro,
los indígenas en bárbaras legiones
que cantaban adelante de su carro.

¡Y las lluvias! Aun recuerdo las acequias,
los navíos de papel que iban ligeros,
los naufragios, las ridículas exequias
que se hacían por soñados marineros...

(¡Tanto tiempo!—Mi chiquillo, mi regalo.
 ¿Tienes frío? ¿Te has mojado, nene mío?
 Su mirada era tan buena ¡Y él tan malo!
 ...Santa madre, tengo frío, tengo frío...)

Tengo frío, buena vieja... ¿Dónde te hallas?
 No me basta la inocente compañera...
 Le hacen falta tus añosas antiguallas
 a esta ajada, miserable primavera.

Este frío que desgarrar... Yo ocultara
 no sé dónde mi tristeza... ¿Callaría?
 Si pudiera aun llorarla, la llorara,
 hora a hora, noche a noche, día a día.

Y esta calle... ¡Qué miseria va por ella!
 Allá el carro de cansados caballejos;
 acá el sucio vendedor o la doncella.
 Los hogares que se atristan, allá lejos...

Una vieja con paraguas se ha cogido
 los vestidos junto al charco de agua mustia,
 paso a paso, con el cuerpo entumecido,
 por las calles, bajo el peso de su angustia.

Pasan perros vagabundos de ojos zarcos,
 pasan otros de terrífica belleza
 y contéplanse las greñas en los charcos,
 asombrados de su escuálida pobreza.

¡Ah, qué vida! De pensarla me da frío.
 ¡Y la suerte! Y esta vida bien malvada!...
 ¿Vivo? Sufro... Mas, no quiero el fin, Dios mío!
 ¡Ah qué vida tan odiosa y tan amada!

Resarcirse, dice alguno... ¡Si supieran
 que aquí todo se marchita: besos, flores!
 Si a este niño y a esa santa mujer vieran
 que malgastan en mi pena sus amores.

¡Ah, este frío!... Me ha calado... me ha aterido.
 Esta niebla desmorona los mirajes.
 Esta lluvia friolenta ya ha entumido
 los afectos, los ensueños, los paisajes...

...Así el mozo reflexiona. La inocente
 compañera de su vida se ha acercado;
 mas, en pos de contemplarla tristemente,
 la repudia melancólico, cansado.

Padre mío, viejo mío, dice entonces
 el muchacho. ¡No entristezcas! Es la hora...
 Es la rara pesadumbre de los bronces
 la que enferma tu mirada, la que llora!

Y habla. Sueña algo que es vago, semi-oscuro...
 Y es que en él surge una fuerza de hombre sano,
 que ya dice: Sonriamos al futuro.
 Anda, viejo... Yo te llevo de la mano.

PERGAMINO CLASICO

Introducción de un libro moderno.

De frac y guante blanco, con paje y escudero,
a la moderna justa penetra el leal doncel;
las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas le enaltecen, las aves hablan d'él.

Su feudo es grato. Baten en él las serenatas
como calandrias nuevas sus alas de cristal;
las cláusulas afinan sus ocarinas gratas
y su violín de plata ensaya el madrigal.

Cuando las odas cantan, la selva se atolondra,
el rígido soneto deslíe su opinión;
la silba dice ufana: soy prima de la alondra,
el sonetín se cree pariente del gorrión.

Vicente de Medina llega al pronto. El adulto
de los baturros cae, y hay un grito triunfal;
la alegre redondilla conversa con un chulo
con quien está de novia de tiempo inmemorial.

Los otros metros charlan. El grave alejandrino
con su violón ensaya; se burla el sonetín;
rasca un violín pequeño; su canto es anodino;
catorce cuerdas de oro se ven en el violín.

El profesor de epístolas, que dice ser itálico,
conversa de retórica; le escucha un viejo abad,
y envuelto en roja saya un monje tripentálico
su triángulo de cobre repica sin piedad.

Y en el jardín que pueblan los nardos y esperanzas
y en donde el lirio charla con el gentil rondel,
Daudet narra unos cuentos de ensueños y romanzas,
en tanto la Academia masculla: Ah! l'Immortel! . . .

Mas, Lamartine solloza: Lamartine ya no fia
del siglo; Huysmans llama, suplica confesión,
y en un rincón oscuro la pálida elegía
en un breviario viejo descifra una oración.

¡Silencio! Un manco agita la augusta campanilla
para contar la historia de un loco y un burgués;
la testa que se ofusca, la grasa que le humilla;
Quijote, Sancho Panza, lo que es y lo que no es.

Y en pos, Lope de Vega maneja una automática
de complicados tubos y colosal presión,
y salta una comedia, y una oda problemática,
y una tirada en verso que pasa de millón.

En tanto allá conversan los clásicos romances,
conversan sobre Góngora, de gafas y de frac,
y se habla de Quevedo, de sus nocturnos lances,
mientras un reloj viejo masculla su tic-tac.

Y el poeta lanza al aire su verso vocinglero...
¿Qué más? su verso es joven (es verso de un doncel)
Las flores han cantado las glorias de su acero,
las damas baten palmas, las aves charlan d'él.

HACIA EL SUR

Hoy he emprendido este viaje
que hago alegre, contemplando
como ante el tren van pasando
las montañas del paisaje.

Esa agria montaña donde
el hombre al hombre acuchilla,
donde aún el indio de Ercilla
su ruca indígena esconde.

A la orilla de un estero
donde hay sauces angustiados
canta alegre el carretero
frente a sus bueyes cansados;

y escucha una inmóvil tagua
sobre una angulosa grieta
las cosas que dice el agua
en su eterna cancioneta...

Las cuadras que se reemplazan
en desfile vagabundo,
todas pasan, todas pasan,
como las cosas del mundo...

Y van en hondo letargo
tras el eco que responde,
siguiendo un camino largo
sin saber a dónde, a dónde.

Vese una alegre potranca
que piensa algo muy impuro
y una yegua cariblanca
que relincha a un potro obscuro.

Y allá entre desnudos liques
torres de aldeas lejanas
donde sueñan con repiques
las taciturnas campanas.

Y en un paso que se encorva
bajo bosques de retamo,
un peón de mirada torva
que guía el coche del amo.

Alamos de troncos yermos
que alzan el busto hacia arriba
como siluetas de enfermo
en actitud pensativa.

Y las bodegas viñeras
llenan con fondos de cobre,
donde hay muchas borraduras
para las penas del pobre.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el viento lo espera.

Fijos en tosco edificio
hace mucho que emprendieron
un largo viaje ficticio
que tantos hombres hicieron.

Y ahí están al viento cuyo
furor habla de vestiglos
vaciando su inmenso orgullo
en las barbas de los siglos.

O alzando en su misticismo,
lacerados por la hiedra,
hasta el rostro de Dios mismo
sus grandes manos de piedra.

¡Oh, esos frailes corpulentos
que, hincados en tosca alfombra,
oyen rezar a los vientos
oraciones a la sombra!

Ellos han visto sin mengua
las rabias de los volcanes
y han entendido la lengua
en que hablan los huracanes.

Y han visto ya al rayo ciego
bajar del monte al testuz
y dar azotes de fuego
como látigos de luz.

¿Dónde van los cerros grises
en monótona carrera?
Van a lejanos países
donde el hombre los espera.

Porque él los domó: Altanero,
señor de corvo y de hazañas,
tomó el traje de minero
y les vació las entrañas.

Y hoy que poco a poco cejan
muestran entreabiertas fosas
y túneles que semejan
puñaladas horrosas,

que acaso asestaron quienes
hoy son los mismos aldeanos
que dicen de algunos trenes
que pasan como gusanos...

Por ahí un nombre incoloro
sobre un pique de renombre
muestra que una audacia de hombre
tuvo amores con el oro.

Y que ahí el oro y la audacia
que abundan en desengaños,
se buscaron; por desgracia
no se hallaron en cien años...

Y ahí los humos fugaces
de oxidadas chimeneas
trazan sombras, rumian frases
llenas de blancas ideas.

Y ahí entre las agrias rocas,
las minas que alberga el suelo,
abren inauditas bocas
como pidiendo algo al cielo.

Alma Chilena

EL ORGANILLO

Para el dolor de los vagos
que hacen a gatas la vida,
bebiendo su vino en tragos
de un sabor casi homicida,

también hay consuelo. El pobre
suele encontrar quien le entienda
cuando echa su cuerpo sobre
el jergón de la vivienda.

En los rezongos lejanos
de algún organillo viejo
que masca versos indianos
y polkas de estilo añejo.

Cuando al son de un aire aciago
llora, o mata su fastidio
en las espaldas de un vago
que envejeció en el presidio.

O hace vibrar la pereza
de polvorientos cantares
en la inaudita tristeza
de los versos populares.

Pobre peón! Sus padres idos
eran brutos y hasta idiotas
que no hicieron otros ruidos
que el de sus toscas ojotas.

Porque el patrón, los consejos,
la huasca y el aguardiente,
se echaron sobre los viejos
brutalmente, brutalmente.

Porque la barra, el calambre
de la fatiga, o la guerra,
los echaron muertos de hambre
a lo largo de la tierra.

Pobre peón! En otros días
la tierra era de los viejos;
de ellos el parrón, sus guías,
las bestias, sus aparejos.

Cuando la tierra era buena:
cuando no había patronos
que hicieran siembras de pena
y vendimias de pulmones.

Cuando el amo aún no había
echado su cuerpo sobre
la carne de la alquería
o sobre la hija del pobre.

Y cuando sobre los piques
de los rotundos faldeos,
iban los viejos caciques
a contemplar los rodeos.

Y eran dueños de la tierra,
del arado y la picota
del machete y de la sierra
que rasga el árbol que brota.

Pobre peón! más tarde vino
a la aldea. (Adiós, montaña!)
Y fué ladrón y asesino
con gente de estirpe extraña.

Y hoy es un andrajo errante
que en los quiebros de la vía
se echa sobre el caminante
y lo mata a sangre fría.

Pobre peón! De día cruza
la calleja solitaria,
donde el hambre viste blusa
y la blasfemia es plegaria.

Para entrar allá en la fonda
donde el fausto de algún pillo
paga al hermano la ronda
o una polka al organillo.

O alguna mazurka ambigua,
que en una cadencia larga
cuenta una historieta antigua,
tan amarga, tan amarga...

Sí, al armatoste andariego
que a lo largo del camino
contó en el rancho sin fuego
la historia del inquilino.

La de ese peón presidario
para quien la alegre vida
fué una labor sin salario
o una batalla perdida.

Y la de todos los bravos
que por obra de las leyes
eran buenos cuando esclavos
y eran fuertes cuando bueyes.

¿No escucháis el estribillo?
El peón calla y frunce el ceño...
Está enfermo el organillo,
enfermo, enfermo de ensueño!

Y del pobre can que aúlla
mezcla la nostalgia inmensa
cuando en rezongos masculla
lo que el vagabundo piensa.

¡Bien se sabe el hosco pillo,
bien se sabe el perro huraño,
lo que dice el organillo
en sus canciones de antaño!

Bien lo sabe. Su agrio trino
es de un dolor sin remedio,
como el sueño, como el vino,
como el vicio, como el tedio.

Y hediendo anticuadas danzas,
deja al pasar por la vía,
andrajos de memoranzas
hilachas de poesía...

Y sus rezongos salobres
hacen pensar en sus yerros
a las meretrices pobres
y a los nostálgicos perros.

Hasta un indio de Bolivia
que vende drogas y yerbas
halla un sabor que lo alivia
en sus mazurkas acerbas!

Mientras un muchacho pobre
 hunde los ojos sin brillo
 en un cuadrito que hay sobre
 la tabla del organillo.

En que una muchacha inválida
 muestra un fondo de taberna
 y una bailarina escuálida
 que al aire enseña la pierna.

El peón calla. ¡Ah!, esos días
 están lejanos, lejanos!...
 El rancho, las noches frías,
 las hermanas, los hermanos.

¿Nada, buen Dios? ¿Nada? Cada
 son masculla: nada, idiota!
 La música sigue: nada!
 El eco salta, rebota...

¿No escucháis el estribillo?
 El peón calle y frunce el ceño...
 Está enfermo el organillo!
 Enfermo, enfermo de ensueño!

El organillo le acosa...
 ¿Y cómo quieres que calle
 toda esa vida penosa
 que a su paso no hay quien no halle?

Y el peón huye. La grosera
polka le sigue, le amarga,
mientras anda por la acera
que se estira larga, larga...

DE VUELTA DE LA PAMPA

En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;
aquí, allá, prende una guía
o repercute un disparo.

Ya no hay carros en la rampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.

O pasa el peón hacia abajo
acariciando el orgullo
que naciera junto al rajo:
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.

Ya la bocina no exhala
silbos, ni hay brazos suspensos
sobre combo, cuña o pala.
Inmensa paz tiende el ala
sobre los llanos inmensos...

Ya se han ido los muchachos
del convoy... Los han seguido
los robustos dicharachos,
las barretas, los capachos,
las carretas... Ya se han ido.

Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa: cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.

Y en la apacible alegría
de este crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo.

Mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama;
él será en partir primero:
irán con él su dinero,
su brazo fuerte, su fama.

¡Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio:
la pampa era el sacrificio
y era también la victoria.

Quiso poner a la vida
ojo de águila, de buitre;
quiso arrancar su guarida
del campo a la enardecida
pampa que esconde el salitre.

Quiso conquistar dinero
y aferrarse a vida seria;
odiaba a ese aventurero
que hedía en el mundo entero
con su vicio y su miseria...

Quiso luchar con la tierra
aunque ladrara la envidia;
como quien todo destierra
hasta a la huelga hizo guerra:
la huelga era la desidia...

Y así pasaron cinco años
de arrancar tierra y salitre.
No aceptó amigos de extraños:
sus ojos por siempre huraños,
fueron de águila, de buitre...

Cinco años sobre la rampa
salitrosa, en la batea
donde el agua vieja estampa
huellas agrias, o en la pampa
que calcina, que llamea...

Cinco años ya, paso a paso...
Granja, Cataluña, Palma...
Pernoctas a campo raso
y la fatiga en el brazo
y la fatiga en el alma...

...Ahora volverá. El costrero
cuyo rostro el sol demacra
vuelve, y con él su dinero,
casi como un caballero
próximo a patrón de chacra.

Hoy ya es el último día
de labor por estos llanos:
lo esperan allá, la guía
del parrón, la algarabía
de los domingos aldeanos.

Cuando van los campesinos
jinetes a la parroquia,
cuando el órgano argentino
noblemente su divino
misticismo soliloquia...

Volverá al huerto, al torrente,
al viñedo, a la montaña
donde el tronco omnipotente
desenrosca gravemente
la indefinible maraña.

Allá espera la más cuca
de las chicas, la más bella;
le espera el campo, la ruca,
la pintoresca tierra
donde jugaba con ella...

Allí donde la alegría
del trabajo nunca muere,
él comprará su alquería;
en pos vendrá la que un día
será suya, si Dios quiere.

Tendrán sus cachorros sanos:
crecerán a campo lleno.
—Membrudos, sobrios, baqueanos,
sabrán fecundar mis llanos
y abocar a un potro el freno.

Para ser padres un día,
para extender mi labranza
como se extiende la guía;
para ser fuerza, alegría,
prosperidad y esperanza.

Para honrar la tierra amable
con vida fecunda, tersa;
para extirpar lo execrable
con el lema irrevocable:
«Por la razón o la fuerza».

Y ser grandes cual los ríos;
tercos, altos como robles;
como la nevada fríos;
como los potros bravíos,
como la montaña nobles.

...Así aumentará esta raza
de los rústicos Ureta,
cuyo padre, a pampa rasa,
logró fortuna no escasa
de su brazo y su barreta.

Que en cinco años de servicio
desde Puntunchara a Noria,
puso el hombro al sacrificio;
era un hombre: venció al vicio
y hoy es suya la victoria.

Unas tillas.

PANCHO Y TOMÁS

I
1 1 2 3 4 5 6 7
Pancho el hijo del labriego, a 1
y su hermano el buen Tomás, b 2
serán hombrecitos luego: a 3
Pancho será peón del riego a 4
y su hermano capataz. b 5

II
6 Porque los chicos son guapos
de talladura y de piel:
viven como unos gazapos
entre un bosque hecho guiñapos
10 o algún llano sin dintel;

III
15 o montados en el anca
frescachona y montaraz
de alguna arisca potranca
que ha crecido en la barranca
sobre la avena feraz.

IV
20 Son ya mozos. Pancho lleva
cumplidos veinte y un mes.
Es un mozo a toda prueba:
no hay bestia, por terca y nueva,
que no sepa quien Pancho es!

V
 Porque el muchacho es bravío;
 rubio como es el patrón;
 como él detesta el bohío;
 ama el poncho, el atavío,
 25 y usa un corvo al cinturón.

VI
 ¡Ah, qué cosas las de Pancho
 ¡Qué alegrote y qué feraz!
 ¡Cómo se alboroz a el rancho
 cuando echa a una moza el gancho
 30 en una frase mordaz!

VII
 ¡Qué continente! Es el vivo
 retrato del buen patrón;
 como él nervioso y activo,
 gesto brusco y agresivo,
 35 pendenciero y socarrón.

VIII
 Tomás cumplió los veintiuno,
 pero no es mozo de ley;
 es honrado cual ninguno,
 ni es pendenciero, ni es tuno,
 40 pero es fuerte como un buey.

IX
 Y su hondo deseo fragua
 una dicha que es mejor:
 tener chacra, un surco de agua,
 una mujer, una guagua. . .
 45 ¡Todo un ensueño de amor!

10a
 - Ama el rancho, las faenas,
 - ama el rancho, la mujer...
 A veces le asaltan penas
 si las tierras no son buenas,
 50 si el agua tarda en caer.

11a
 Y así los dos muchachones
 viven en juerga feliz:
 Pancho hondea a los gorriones;
 Tomás canta... Sus canciones
 55 huelen a trigo y maíz.

12a
 Pancho es alegre. Su frase
 lleva el chiste y la intención;
 su frase robusta nace
 y en risotadas deshace
 60 su endiablada perversión.

13a
 Tomás, bonachón, sumiso,
 monta en precoz gravedad,
 si Pancho horada el carrizo
 o si atrapa de improviso
 65 fruta de ajena heredad.

14a
 Pancho corre. Tomás mira
 crecer al viento la col;
 Pancho, abrupto, monta en ira
 si el pobre Tomás suspira
 70 en la caída del sol...

15^a

Y en la noche Pancho se echa
sobre el colchón de maíz.
El viejo habla de otra fecha...
Tomás lo sigue, repecha
otra edad y otro país.

75

16^a

Otro país en que hay reyes
bondadosos y en que hay bien,
vacas encantadas, bueyes
de oro, pastores y greyes
con astas de oro también.

80

17^a

Y en que no hay mejillas flacas
ni hombres que ultrajados son;
y en que hacen mil alharacas,
chicos, trigales y vacas
en eterna floración.

85

18^a

Y en que el labrador, buen amo
y siervo de sí mismo es,
y en que la encina, el retamo
sólo se entrega al reclamo
del que la encontró al través.

90

19^a

Luego Tomás se va al lecho
y el viejo y todos en pos:
todos miran hacia el techo;
y las manos en el pecho,
cuentan sus penas a Dios.

95

20a
 Y pasa un día, otro día,
 una semana y un mes;
 pasa un tiempo de alegría.
 otro de melancolía
 100 y otra alegría después.

7a
 Y pasa un año y otro año,
 otro año más, y otro más...
 Pancho siempre alegre, extraño,
 el viejo hablando de antaño,
 105 y oyendo absorto Tomás.

22a
 La tierra es siempre fecunda,
 duro el amo, manso el buey;
 su testa meditabunda
 se hunde en la huella profunda
 del pastor y de su grey.
 110

23a
 Como si eterno desdoro
 le hiciera por siempre andar
 en busca de algo incoloro:
 una hembra, un potrero de oro
 115 que viera en sueños pasar...

24a
 La tierra es siempre robusta;
 el amo es siempre señor
 bajo la herencia vetusta:
 siempre el peón bajo la fusta,
 120 la oveja bajo el pastor.

25^a

Pancho ha crecido en la brega
como un potro, brusco, audaz;
Tomás el terruño riega...
(El amo ha dicho en la siega
que lo haría capataz).

125

26^a

Tomás es padre. Un año hace
que Teodora es su mujer:
un rancho, un niño que nace...
Cerca un corderín que pace...
¡Todo un ensueño de ayer!

130

27^a

Pancho es un mozo bizarro,
vicioso, alegre y mordaz;
gusta el licor y el cigarro...
(¡Y hasta haría un despilfarro
por la mujer de Tomás!)

135

28^a

Porque ésta, que es moza guapa,
revoltosa y de intención,
a todo el mundo se atrapa;
y de sus ojos se escapa
algo como una canción.

140

29^a

Y por eso Pancho ronda
su rancho al anochecer;
y cuando ella va a la fonda,
Pancho convida a una ronda
por Tomás y su mujer.

145

30a

¡Ah, qué cosas las de Pancho!
 El es mozo y ella es más:
 los dos se tienden el gancho...
 No hay en la comarca un rancho
 como el rancho de Tomás!

150

31a

Y mientras Tomás trabaja,
 Pancho llega. Y si ella ve,
 vuelve el caballo, lo ataja
 y hace cantar la rodaja
 en la espuela de plaqué.

155

32a

¡Qué garbo! El mozo es bravío,
 rubio como es el patrón;
 sus ojos destellan brío,
 ama el poncho, el atavío
 y usa corvo al cinturón.

160

33a

Y su ademán que perturba
 y sus ojazos de curva,
 noble, su porte, su tez,
 son bellos. Su frase turba...
 ¡Vaya un muchachón cortés!

165

34a

No es humilde su aparejo,
 no es rústica su expresión,
 ni es campesino el gracejo
 con que se burla del viejo,
 serio, brusco y socarrón.

170

35^a
 Y como es igual al amo,
 todos preguntan por qué...
 ¡Decid al leño, al retamo,
 de dónde ha venido el gamo
 175 de alto cuerno y ágil pie!

36^a
 El mozo entra... Afuera hay ruidos
 tristes. Canta un gorrión
 e imperceptibles tañidos
 hablan de insectos perdidos
 180 como ecos de una canción.

37^a
 Los jilgueros revoltosos
 y hasta un errabundo tril,
 cantan versos olorosos
 en los troncos achacosos
 185 o en la viña juvenil.

38^a
 Allá lejos, los ganados
 guía un muchacho pastor
 por los potreros hastiados...
 Los bosques ensimismados
 190 beben con ansia el calor.

39^a
 Y un riachuelo clandestino
 se queja... Allá una perdiz...
 Y lejos hay un espino
 y un jilguero campesino
 195 que se oculta en el maíz.

0a
 ¡Pobre Tomás! Pancho toma
 fruta de ajena heredad.
 Pobre! En la vecina loma
 se ha perdido una paloma...
 200 ¡Aves del bosque, llorad!

11a
 ¡Nunca el agua que se estanca
 junto al rancho del peón,
 borboteará en la barranca
 que vió pan y leche blanca
 205 en la mesa del peón!

12a
 Y pasa un día, otro día,
 otra semana y un mes...
 La noche impasible y fría
 deja su melancolía
 210 sobre los campos en mies.

3a
 Y pasa un año y otro año;
 otro año más y otro más
 hallan al peón siempre huraño...
 El viejo no habla de antaño
 215 porque ha tiempo duerme en paz.

4a
 La tierra es siempre fecunda,
 duro el amo, manso el buey;
 su testa meditabunda
 se hunde en la huella profunda
 220 del pastor y de su grey,

45^a
 Como si olfateara el paso
 de aquel alegre peón,
 de aquel mozo, de aquel huaso
 que usaba en la bestia el lazo

230 y un puñal al cinturón.

46^a
 ¿Dónde está? Cuatro años idos...
 La guerra... Morir, matar...
 Una tarde los bandidos,
 de kepí y dormán vestidos,

235 asolaron el lugar.

47^a
 Pancho se fué. Los sargentos
 daban orden de partir;
 iban cantando. Los vientos
 repetían los lamentos

240 de las madres. ¡A morir!

48^a
 ¿Por qué la guerra? La tierra
 no es de Pedro ni es de Juan.
 Desde el mar hasta la sierra
 el amo es dueño. A la guerra

245 los amos no van, no van.

49^a
 Y los hombres que peleamos
 de ésta y otra patria, son
 todos víctimas con amos...

Somos pobres. Nos amamos,
 250 y peleamos en la acción.

500 ...Pancho, el hijo del labriego,
y su hermano el buen Tomás
llegarán a ancianos luego;
ni Pancho fué peón del riego
255 ni su hermano capataz.

510 Pancho es un hombre aun guapo
y hace vida de cuartel:
ama el dormán y el guiñapo;
en Tacna sostuvo el trapo
260 y salvó a su coronel!

520 Es un sargento aguerrido
y usa sable al cinturón.
El buen Tomás ha caído:
torvo, enjuto y carcomido,
265 ha caído en la inacción.

30 Y pasa un año y otro año,
otro año más y otro más...
Tomás vive solo, huraño;
el viejo no habla de antaño
270 porque ha tiempo duerme en paz.

540 Duerme... la tierra le oculta...
Duerme Teodora... ¡Dormid!
Dormid que el tiempo os sepulta!
Gente pobre, vieja, inculta,
275 mejor es morir... Morid!

55a
 La noche, la sombra, el frío,
 la torrentera, el peñón
 donde envejece el bohío...
 la queja eterna del río,
 280 la montaña en oración.

56a
 Todo le habla! Tomás llora...
 Junto a la vieja heredad,
 la casa en que el amo mora
 se alza. ¡Su provocadora
 285 techumbre suda crueldad!...

57a
 Las ruinas de hoscas tapiales
 se enfantasman... Un torreón
 canta diez golpes iguales:
 los profundos matorrales
 290 prestan extraña atención...

58a
 Duerme el viejo... ¡También ella!
 Ella, el hijo, su niñez;
 Tomás llora. Allá una estrella...
 ¡Cuándo hallar la dicha aquella?
 295 El viento sopla: después...

UNA ASTUCIA DE MANUEL RODRÍGUEZ

Fray Alfonso Guimárez de Medina, el hermano más bonachón y santo del templo franciscano, bajaba por la cuesta con dirección al fondo gloriosamente verde del valle de Aconcagua. El río iba cantando no sé qué cosa en lo hondo de una barranca agreste. Reía abajo el agua con frescachona risa de mujer, con pomposa locuacidad, con esa verbosidad latente con que ríe en la gloria de los campos la rosa, a la gloria apacible de la alegre corriente. Fray Alfonso iba al paso de su mula; iba al paso porque dádivas, diezmos y primicias sumaban como la siembra toda de aquel faldeo raso que veía... Los buenos campesinos se daban con espíritu y cuerpo... Desbordaban legumbres desde el río a la cuesta, desde el llano a las cumbres. Fray Alfonso pensaba tales cosas risueñas con fruición inocente. Las pupilas zahareñas se aguzaban de gozo bajo el amplio sombrero que albergaba su rostro de religioso austero. Fray Alfonso salía de las árguenas llenas, por encima de un tiesto con gallinas rellenas, por encima de rumas apretadas de coles y pollos de plumajes ricos en tornasoles...

Fray Alfonso al tufillo de ese monte rumiaba
condimentos nefandos o comilonas sordas;
talvez al paso lento de su mula soñaba
con siete vacas gordas...

Tal iba. En el quebrajo de la hondonada vino
la amable catadura de un pobre campesino,
rústico de lenguaje.—Güenos días, hermano,
canturreó con devoto sonsonete el aldeano.
—Buenos se los dé el cielo, santamente repuso
fray Alfonso Guimárez. Como entonces era uso
dar la diestra al creyente para el beso devoto,
alargó al campesino la diestra. (Por el soto
cantaba alegremente su copleja burlona
algún pájaro irónico, algún tril andariego,
para quien no era alegre, ni era tan bonachona
la inocente mirada del devoto labriego).

Fray Alfonso Guimárez, ante el sacro donaire
del labriego, hizo entonces una cruz en el aire
y alargó al campesino la sonora alcancía
con la mística imagen de una virgen María,
que desde muchos años para los campos era
la bendición, el trigo para la sementera,
el sol para los ciegos, para el hambriento el pan,
la gloria del Altísimo para los que se van...

La expresión del labriego, bajo el ala mohina
de un enorme bonete, resultaba tan boba
como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina
de la enjalma. ¡Aquel cuero contenía una arroba!

Largo hilito de baya descendía hasta el suelo desbordando dulzuras. El sabor iba al cielo como incienso invisible, como incienso malsano ofrecido a la gloria de algún dios campechano. Fray Alfonso olfateaba con mirada simplona la rosada frescura de esa baya... El labriego brindó un sorbo al hermano. Resultaba dulzona...

Pero ¡qué! los gaznates son propicios al riego, y aquel líquido alegre, de sabor nunca visto, lo hallaría gracioso de sabor, hasta Cristo!

—No es, hermano, limosna, la que os trae un hermano, recordó con devoto sonsonete el aldeano:

es la grave noticia que en Los Ande hay sabío,
es la grave noticia que hay colgao al avío
para dir a Santiago... ¿Sabe, hermano? Roidrigue
pasó ayer como un viento por Los Ande... Le sigue
un alfeire del Cuarto...

—Dios le guíe, mi hermano...

Los caminos son malos en la cuesta; en el llano se amontonan herejes; hay escenas salvajes de viajeros colgados a los altos ramajes de los bosques; se sabe que por odio a los reyes, se asesina, se incendian las carretas andinas, para asar en las llamas los opíparos bueyes de las chacras vecinas.

Fray Alfonso temblaba; la palabra ferviente recorría un comienzo de oración. Lentamente repartía el labriego maldiciones... La bota del labriego franqueaba los groseros avíos de la mula pacífica. (Otra gota, otra gota,

no sería pecado. Tales gotas dan bríos a los ánimos tristes...) Esa turba patriota era sólo una turba de malvados impíos, era sólo una turba de soldados feroces que atronaban los campos con patrióticas voces y rabiosos discursos. Desde ha mucho los buenos campesinos decaen; sus graneros de trigo ya no están, como en tiempos olvidados, rellenos de cosechas; los diezmos que antes eran conmigo, enflaquecen ahora... y al decir no hay engaño, que los padres ayunan doce meses al año... Ah, esos pícaros que hablan a los pueblos de cosas que los pueblos no entienden, de caer han un día; se las estaban jugando con palabras hermosas a los reyes de España y a la Virgen María.

La morriña del néctar convidaba al descanso... Fray Alfonso bajóse. Cerca había un remanso de apacible frescura; la morriña del néctar, no sé qué de ternura impregnaba en las cosas de los campos agrestes, se adhería a las plantas, empapaba el ramaje, los parleros arroyos, los espacios celestes y el solemne mutismo del tranquilo paisaje... Y a la sombra de un árbol copetudo charlaron... Y como era graciosa la cabeza de un fiambre que rompía las árguenas, de improviso acordaron engullirlo... ¡Qué diablos! No era justo hacer hambre! Esos malos patriotas no valían un sorbo de esta baya dulzona... (Discurría el labriego). La tal bota con baya resultaba un estorbo,

contemplándola... —Hermano, si la echásemos luego por las vías resacas del gacinate ¿sería grave falta? (El labriego la frescura ofrecía de la pícaro andino).

Sí, mi hermano. Roidrigue pasó ayer como un viento por Los Ande; le sigue un alfeire del Cuarto con cien más talaveras. Icen toos que y'andan por ahí montoneras, que han entrao a la casa de on Pórfido Urriola, que a las niñas más mozas del patrón han robao, que han robao la caja, la bandera española y una imagen de plata del Señor Crucijao...

(Era la hora de siesta, cuando viene la huraña sensación del bochorno, y en la tarde encendida, sobre el campo salvaje, sobre la hosca montaña, con inmensos letargos explosiona la vida).

Fray Alfonso no oía bajo el agrio bochorno... La quietud campesina deslizábase en torno de su ensueño. La siesta le traía un letargo cansador; la morriña le sumía en el largo descansar de la vida; la quietud del bosque, la piedad del riachuelo que empezaba un visaje, la tristeza lejana de las cumbres, el ronco rumorero del río, la gramínea brava, la silueta inmutable del hierático tronco que en mitad del desmonte sabiamente pensaba..., todo ansiaba reposo. Fray Alfonso veía panoramas en sueños... Ya la virgen María que pasaba por campos, por senderos y chozas, recogiendo las dádivas de las gentes piadosas,

recogiendo primicias que el abad franciscano recibía sonriendo... Ya era el pícaro aldeano que escapaba en la mula y a los campos huía con la santa persona de la virgen María, con los pollos que daban en las chacras cercanas, con las frutas pomposas, las lechugas lozanas que brindaba la hacienda de don Pórfido Urriola, con las tortas robustas, invisibles de vaho, con la caja de fondos, la bandera española y la imagen de plata del Señor Crucijao... Ya era el pícaro aldeano cuya cara ladina, bajo el amplio bonete, resultaba tan boba como el cuero pletórico que chorreaba en la esquina del apero. Aquel cuero contenía una arroba. Le ofrecía una bota de la pícara baya, y otra más... A la postre se embutía en la saya para hurtar su apariencia de católico hermano, para hurtar el prestigio del sayal franciscano, para hurtar el prestigio de la vieja alcancía con la mística imagen de una virgen María, para hacer batallones, levantar montoneras, escapar con las mozas, degollar talaveras...

Fray Alfonso dormía...

Por el monte lejano revolaban los pliegues del sayal franciscano... y aquel guapo Rodríguez que rumiaba un responso: —¡Qué le vaya bonito con el prior, fray Alfonso! (En la cumbre, un devoto de la Virgen María saludóle. El saludo del devoto era austero; bajo el amplio sombrero del hermano reía la cazorra mirada del audaz montonero).

Alcanzaba la cuesta...

Las montañas mostraban los selváticos flancos
apretados de flores, cual si hubiera una fiesta
de color en la flora de los verdes barrancos;
los manzanos abrían las escuálidas ramas;
parloteaban las fuentes, despedía el sol llamas;
las vertientes cantaban con recónditos bríos
y aprestaban sus mozos los agrestes bohíos
para el paso glorioso de aquel rústico hermano,
que si bien era hermano, no era tal franciscano;
que llevaba a los pobres la esperanza, que había
conquistado la imagen de la Virgen María,
la alcanzía sonora, la pacífica mula
y una presa bucólica que hartaría la gula
de un convento; que había conquistado la saya
con la grata dulzura de esa opípara baya,
y que enviaba a los pueblos la esperanza bendita
de ser libres un día, de asistir a la cita
con la edad venidera, recorriendo el atajo
que conduce, entre músicas de besos y de arrullos,
a la gloria fecunda de entregar al trabajo
la energía fecunda que le brindan los suyos.

ALMA CHILENA

La inmensa ciudad, el puerto,
el que echa hombres, trigo, granza
a la Europa o al desierto,
la inmensa ciudad, el puerto,
descansa.

Descansan su mar, su informe
movimiento, sus herrajes,
su humo, su alcohol, su enorme
carne, su alma multiforme,
sus músculos, sus blindajes.

Sus lancheros de ágil ojo,
su alba miss que es un querube,
los príncipes del despojo
y el romántico archiflojo
que con su hambre hasta Dios sube.

Descansa. Y en los opacos
focos de luz se acentúa;
surgen ladrones, bellacos,
y es junto a rumas y sacos
fantasma enorme la grúa.

Fantasma que alza la testa
de acero, junto a la carga,
y que parece ahí, enhiesta,
tener una idea puesta,
negra y honda, sabia y larga.

Viento sordo va y se asombra
ante los sueños de un faro
y en pos de algo que se escombra
vaga embozado en la sombra
como un noctámbulo raro.

Para merodear en torno
de dos barcos alemanes
que han sufrido agrio bochorno
buscando por Cabo de Hornos
el canal de Magallanes.

Descansa la ciudad... Brilla
la luz eléctrica, mana
tristeza, llora en la orilla;
en lo alto de una capilla
se lamenta una campana...

Y ensimismado, indolente,
próximo a acabar el turno,
estúpido, indiferente,
piensa en todo vagamente,
el pobre guardián nocturno.

La inmensa ciudad condensa
su vida, ahonda en sí misma,
y bajo la noche inmensa
se reconcentra, comienza
a meditar y se abisma.

Todo calla, todo calla...
Sólo desde el mar, del dique
llega un resplandor de hornalla
y redobla la metralla
del martillo junto al pique.

Y vense chispas de fragua
sobre la curva de un dombo,
y en un barcazo, el «Oyagua»,
se asusta y se crispa el agua
por los golpazos del combo.

Son los trabajos del dique...
Es el formidable cántico,
el clarinazo, el repique
del martillo junto al pique
en que se halla el transatlántico.

Son los maestros de fragua,
mecánicos que, aptos, sobre
la hosca herida del «Oyagua»
retan frío, fuego y agua
con sus músculos de cobre.

Son los rotos de alto rango.
 ¿Son de dónde? Nadie sabe:
 uno recuerda que en Tango
 hundió el cuchillo hasta el mango
 por cierto asuntillo grave...

Ahí está el «nariz de luna»
 que hoy es tiemple de la Ulalia:
 (¿Y este rubiote que fuma?
 Fué el hijo de un bichicuma
 que importaron de la Australia).

Y el maipino Juan María,
 Juan José, Pancho Cabrera,
 huasos que fueron un día,
 hoy ya en la secretaría
 de un Centro de Unión Obrera.

Y Austin, un viejo que encanta,
 padre de siete gandules,
 que como eran de «emigranta»
 fueron de mirada santa
 y ojos hondamente azules.

Y Sancho, un hombrón que alienta
 carne y que en carne desborda
 y de quien alguno cuenta
 que hace sudar «al de treinta» (1)
 y aun engorda.

(1) Martillo de 30 kilos.

John Pencil, pintor mestizo
que traza siempre en el dique,
siempre un cuadro: un mar cobrizo,
dos barcos, Prat en Iquique,
inaudito, hosco, macizo.

Y el negro Lucho Orellana,
bufón de la alegre tropa,
que con un «congrío» que gana
mantiene madre y hermana
y aun le queda «pa la copa».

Todos temple de machete.
Cada uno un buen muchacho
con el buen humor de siete,
que arroja como un cohete,
la pulla o el dicharacho.

Que ríe con alborozo
que atruena martillo y fragua,
como ahora ante el sabroso
poema de risa y gozo
que alguien contó en el «Oyagua».

Yo he traído ahora el caso
porque lo oí a un viejo cuque (1)
de este célebre barcazo;
después me lo contó un huaso
que en Corral trepó a este buque.

(1) Cocinero.

El caso es que en él venía
un vasco de alma canora;
venía a Chile; pondría
gran taller ¡en compañía!
¿De quién?—«Pues, de la señora»...

Hablaba de un «tallerazo»
con canto ampuloso, eterno:
—¿Capital poco, amigazo?
—¡Corchos! ¡Qué ha de ser escaso
si es capital del Gobierno!

Hablaba de echar aviso,
de recoger carga y gente.
—En conforme tierra piso,
entro yo en Valparaíso
y me busco al Presiente.

Su mujer, que ya traía,
sus niños tendrían casa,
¡De pensar esto, reía!
El agente allá decía
que esta tierra era «buenaza».

El buen vasco de esta historia
bajó a tierra en Punta Arenas:
—¡Que voy y vuelvo, Gregoria!
Y en pos un grito de gloria:
¡a ver las tierras chilenas!

Ya no las vió más. ¡Maldita testa! Después de la copa regresó, tomó el «Orita» que se iba, ¡cosa inaudita! hoy el vasco vuelve a Europa.

¡Santo Dios! Potente, cara, como un toque de rebato; cristalina, alegre, clara como jamás resonara, la risa acogió el relato.

Una carcajada impía de ondas claramente bellas, que robusta, alta, bravía, se extendió por la bahía y ascendió hasta las estrellas...

—¡Ay! Pa mí ese vasco «indino» vino... a enviudar.—Yo a este chasco le hallo gusto a caldo y vino... ¡Oye eh! ¡Piensas que este vasco es primo de Bertoldino?

Y un hombre de cara larga, famoso por lengua suelta, secreteó esta pulla amarga: —Un viaje de retrocarga! ¡Emigración de ida y vuelta!

Reíase con estruendo,
como ríen los ladinos
huasos, como canta riendo
el borbollón que corriendo
va en los ríos colchagüinos...

Como un mozo tardo al lloro
que un amorío recuerde
o a un chascarro haga coro;
como ríe un campo verde
cuando del sol le cae oro...

Con la alegría que ofrenda
el blanco de los pehuales
o el poncho que huele a hacienda;
con la alegría estupenda
de los bailes nacionales.

Como el mozo que galopa
y a la novia en los aldeanos
deslindes cantando topa;
como el tril en la alta copa
de los coihues araucanos.

Con esa potencia augusta
que boca y ánimo llena
y donde a saltos se ajusta
la espontaneidad robusta
de la alegría chilena.

Alegría que es ensueño,
olor de campo, batida
de tambor, grito zahareño,
carga, combate tacneño,
sol, carne, explosión de vida.

Se reía... Mas de pronto,
Pancho interrumpió el trabajo:
¿Y la mujer? Era tonto
reír. La pobre era el monto
de esa risa tan de abajo...

...¿Y la mujer? ¿No han sabido?
¡Pobre! Llegó en el «Oyagua».
Sus muchachos han salido
a mendigar... Nadie ha oído,
y hoy mueren aquí a pan y agua.

Duerme ahí o acá. No es raro
que la de anoche la «melle»:
se entregó a Dios, a su amparo,
con sus niños, bajo el faro,
acurrucada en el muelle.

Y al alba, Juan Cejijunto
que husmeaba unos guardas idos,
desde lejos la vió al punto:
rezaba a sollozos junto
a sus chicuelos dormidos.

No posee sino andrajos
y las marcas de una histeria
que brotó de agrios trabajos,
ni más bien que sus zancajos,
su vejez y su miseria.

Anda ahí entre los barullos
del donkey; las barcarolas
lejanas le hacen arrullos,
los nostálgicos murmullos
de las vagabundas olas...

Y arrastra ahí, paso a paso,
por la hosca playa chilena,
un dialecto oscuro, craso,
que ni por doliente acaso
mueve a penas.

Condenada a la ironía
de revelar sus sollozos
al que pasó por la vía,
con sus ojuelos llorosos
que sudan melancolía.

Así muere, si aun existe,
la misérrima española;
así a su agonía asiste,
miserablemente triste,
miserablemente sola.

Hundida en la malquerencia
del orgullo, del decoro
que aguza brazo y potencia
en la enorme indiferencia
de un puerto que afiebra el oro.

¡Ah, ese pingajo parduzco
que hambre y dolor sólo apura,
y a quien con ímpetu brusco
arroja como un pedrusco
la mano de la aventura!

¡Ah, ese esqueleto beodo
de mujer! Ah, ese modo
con que mira esa hambreada,
para quien todos son nada
para quien la nada es todo...

Todo adhiere al bajo suelo;
sólo alza siniestro vuelo
la indiferencia sin nombre
que implorar nos hace al cielo:
¡Dios mío! ¿dónde está el hombre?

Callaban todos. Soñaba
el mar; dejando su estela
melancólico llegaba
el alerta que lloraba
un lejano centinela.

Callaban todos. El viejo
bajaba la venerable
barba con cansado deajo;
en cada hombrote o truhanejo
hubo un gesto lamentable.

Afuera la noche inmensa,
la estrella inmóvil, pasiva,
que tristeza y luz condensa,
la noche que acoge arriba
lo que abajo el hombre piensa.

Y en un letargo de muerte
que aun no rompía acre diana,
misterioso, enorme, inerte,
agrandaba su extrahumana
sombra el histórico fuerte.

Hablaba Austin.—Güeno, ahora
¿por qué hermanos no ayuarla?
Pensaban todos (la aurora
venía ya). Arrulladora
fué atristándose la charla.

Callaban. En cada uno
surgía una inmensa pena,
pena honda que a más de alguno
llorar hizo. Hasta el más tuno
sintió que su alma era buena.

¿Por qué no ayuarla? Acaso
lo ejarían pa mañana?
Pa su mantención, pa un vaso
estaba aun robusto el brazo
del bravo Lucho Orellana.

Ya reir era desdoro...
Un soplo brusco, deshecho,
de compasión, piedad, lloro,
tremolaba en cada pecho
sus melodías de oro.

Sola ahí, desamparada...
¡De veras que daba pena!
El, ponía su jornada:
dinero, afán, no eran nada
si no eran pa una obra buena.

Eran todos generosos.
Ellos daban sin consejos
calma a penas y sollozos.
Lloraban algunos mozos,
pensaban ya los más viejos.

John rumiaba:—¡Salvar nenes,
ser bello de cuanto existe!
Sentado en unos sostenes,
con las manos en las sienas,
decía:—Esto ser muy triste...

Y Austin, ya chocho, maltrecho,
meditaba. Hasta su vida
la daría... El daba a lo hecho
su mesa del cerro, el techo
del viejo hogar, su comida.

¿Importaba un pan? ¿Acaso
no era hermano el desvalido?
Brazo de pobre era brazo
de Juan, de Pedro, si al paso
había un pobre caído.

Y era del mar, de la sierra
si la suerte era reacia,
de la patria allá en la guerra;
en paz era de la tierra
y del pobre en la desgracia.

Que, desde Ercilla a hoy, caso
no hay de aventuras o exodos
en que, misérrimo o craso,
el pan del indio o del huaso
dejara de ser de todos.

Últimos versos

SAN IGNACIO, POETA Y CONFESOR

San Ignacio de Loyola, con su fama laudatoria, no ha querido ni otro santo de su nombre, ni otra gloria, y aureolada de leyendas su jesuítica aureola, vaga sola por el mundo. ¡San Ignacio de Loyola!

Pero orgullos celestiales por orgullo nada valen, y hoy he oído claramente: *San Ignacio Pérez Kallens* (1), entre el claro canturreo de unos místicos raudales que hace siglos en el monte rezan cosas celestiales.

San Ignacio, padre excelso, protector de la azucena, fué en el mundo el visionario de la luz Leonardo Pena; las hormigas microscópicas dél dijeron todas que era una alondra inverosímil, una cosa majadera.

Pero arriba, donde tales insectillos nunca salen, claramente se oye al alba: San Ignacio Pérez Kallens! y la voz que ruega es clara como un roce de cristales, voz de riacho que desciende por los agrios peñascales.

(1) El escritor chileno que firma con el seudónimo «Leonardo Pena»; reside desde hace varios años en París.

San Ignacio Pérez Kallens dice misa a una hora bella: por la tarde melancólica él comulga alguna estrella que contiene el cuerpo y sangre de eucarística pureza del beatísimo Universo, de la gran Naturaleza.

El confiesa bajo un árbol, y ahí al sol, al agua, al viento, se confiesan árbol y agua con igual recogimiento. ¡Cuántas culpas! Hay riachuelo que es la imagen de lo bueno y que oculta allá en el fondo mucho cieno, mucho cieno. . .

¡Ah, qué cosas no ha sabido! La volúbil mariposa que se posa en una rosa y habla en verso con la rosa, los remansos perezosos que descansan desde antaño con escándalo de todos. . . ¡No es vida ésa la de hogaño! ¡Ay, qué cosas, Dios eterno! Si hasta el rayo de la luna ya se ha dado un beso casto con la apática laguna.

Las ortigas y los cardos, que hacen chismes y urden
tramas
y que gastan burdos chistes en punzantes epigramas,
los lagartos inactivos, bebedores de sol acre,
las arañas agoreras que sólo hablan de masacre,
el arroyo que murmura sordamente, con la pausa
que le es propia ¡todo el año! sin haber motivo o causa. . .

Para qué hablo de los ecos, de los ruidos y murmurios, cazadores de misterios, de tristezas y de augurios! Rondadores oficiosos que hasta ruegos han traído de las razas ya difuntas, de los hombres que se han ido; de esas almas sin amparo a que rezan las abuelas, que hoy recuerdan dos caminos, una cruz y cuatro velas,

y más que otros de esos cuatro que murieron en el banco, cuatro meses después de eso, del salteo en Tabolanco, del ultraje a aquellas pobres que darán a luz mañana pobres hijos del espanto con la horrible bestia humana...

¡Y las grandes cordilleras de los Andes! Profanaron el otoño y el invierno. ¡Cuántos hombres no tragarón el horror de sus abismos, el horror de sus barrancos! ¡Y tan puros y tan albos y tan hondos y tan blancos!

San Ignacio, que bien sabe somos cieno, barro, polvo, da a esta turba pecadora su divino *Ego te absolvo*. ¡Qué le hacéis! Los ama a todos: al buen árbol achacoso porque es viejo venerable, y aun al viento porque es mozo!

San Ignacio es la esperanza de la fuerte raza nueva, pues perdón, estigma y alma su tranquila frente lleva; es hermano de los tristes que atraviesan la existencia y es hermano de los fuertes... San Ignacio es la indulgencia.

¡San Ignacio, San Ignacio, visionario del espacio, vagabundo de la sombra, monje inmenso, San Ignacio! Ruega al trueno, pide al rayo, si ellos fuesen dioses, amos, por nosotros que sentimos, por nosotros que soñamos!

San Ignacio, visionario de antes y hoy, Leonardo Pena, ruega a Dios por todos: ruega por la pálida azucena; por los débiles, las aves, ruega a Dios por las violetas. y aun más que por las aves, ruega a Dios por los poetas.

Ruega cuando más te escuchen las montañas ateridas,
canta tu himno, que a él despiertan aun las águilas dor-
midas,
y en el éxtasis, ya cuando te bendigan y bendigas,
ruega a Dios por esas pobres, las flemáticas hormigas...

A LA HIJA DEL POETA

Para María Lillo

María, un poeta te canta
si te encanta
de su rabal nuevo el son;
ya sabrás por qué, María,
(María, alba poesía
de una eglógica canción)
sabrás, niña, que el encanto
de tí es propio niña, cuanto
lo es de un lirio en floración.

¿Me lo cuentas? ¿Tus amigas
son del aula? No las sigas
en sus risas escolares de poco ha.
Sé la amante del paisaje
o la amada de los versos
en que el alma de tu padre siempre está,
de sus rimas, de su encaje,
de los pájaros perversos
que las cosas que Dios canta, cantan ya.

Quando tú emprendiste vuelo
desde el cielo,

sus campanas repicaba cierto místico rondel;
un soneto venerable masculaba unos latines,
cien alegres sonetines
con alegre clamoreo iban tras él.

Fué dignísima madrina
la más rubia de las églogas: mezquina,
bajo un manto de oro sacro te guardó
y en el bosque, bajo el alba luz del día,
llenó tu alma de inefable poesía
y en el nombre de María silenciosa la enredó...

Y esa égloga al tañido de su gaita hasta mí trajo
dulcemente la gran nueva de que abajo
los poetas y las flores ya podíamos tejer
la corona de narcisos y copihues, reservada
a tí, ensueño, Poesía, la adorada
de los bardos y las aves, de la flor y la mujer.

Ama entonces los ensueños,
ama el santo hogar y el nido,
y a las aves que retozan de tí en pos:
de los bardos dí: «Son pájaros risueños»
y si sabes que uno de ellos se ha perdido,
..... ruega a Dios.

TARDE EN EL HOSPITAL

Sobre el campo el agua mustia
cae fina, grácil, leve;
con el agua cae angustia;
llueve...

Y pues solo en amplia pieza,
yazgo en cama, yazgo enfermo,
para espantar la tristeza,
duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
junto a mí, cansada, leve;
despierto sobresaltado;
llueve...

Entonces, muerto de angustia,
ante el panorama inmenso,
mientras cae el agua mustia,
pienso.

P R O S A

Libro III, n.º 24 - Julio - 1904

→

Sin fecha, ni lugar

LA SONATA ESCANDINAVA

Todas las mañanas de buen sol, cuando me iba a los baños de Mendelewsky con el paquete de ropa blanca y el libro de un poeta noruego, veía en la ventana de aquella solariega casita el traje blanco de la rubia extranjera.

¡La rubia extranjera!

Sus ojos eran inmensamente azules; sus ojos que eran como nebulosos florecimientos de melancolía.

En el floreado jarrón de porcelana que había tras de los vidrios albos soñaba a todas horas un manojo de lirios.

Junto a esos lirios solía cantar la rubia extranjera la última sonata de un músico escandinavo; una sonata fría como un copo de nieve y melancólica como un paisaje siberiano.

El padre de la rubia era un pobre ciego del norte, un profesor anciano que llevaba entre las cuerdas de su violín viejo todas sus tristezas de inconsolable repatriado. Algunas lecciones en los chalets le permitían comprar una cena para la mesita del comedor y un traje blanco para la rubia extranjera.

Esto era lo de siempre: y aunque triste, esto era siempre así...

Yo solía rondar cerca de la solariega casita, con el libro del poeta noruego abierto en una página triste, en busca de paisajes viejos, lontananzas brumosas, crepúsculos

desfallecientes... La rubia del norte salía entonces a la ventana para cantar ante el desmoronamiento sórdido de un día la vieja sonata escandinava del músico moribundo.

Entonces yo escribía en el margen del libro amigo algún verso albo, cuyas palabras eran como deshojamiento de azahares enfermos, cuyas frases eran voluptuosas como el roce de dos muslos adolescentes, y acaso tan tristonas como la vieja sonata escandinava.

Y ella lo sabía, por más que yo no se lo hubiera dicho nunca.

¿Cómo lo supo? Nunca he acertado a explicármelo; pero nunca dejó de tener, en las mañanas de los domingos, aquella revista de carátulas antiguas, donde publicaban mis versos con dibujos tristonos. Ella no sabía mi nombre, pero sí que aquellos versos sobre cosas desconocidas eran de aquel vagabundo que pasaba en los días de buen sol con el libro del poeta noruego, en busca de paisajes languidecientes.

Y los entendía, como yo adivinaba lo que la vieja sonata me decía al son del violín viejo, cuando el pobre anciano ciego saboreaba sus tristeza de repatriado en el fondo de aquella casita solitaria donde la rubia extranjera cantaba la vieja sonata del norte.

¿Sabéis que era triste esa sonata? Cuando la oía salir del violín desvencijado pensaba que acaso las cuerdas del escuálido instrumento eran rayos de luna...

¿Cuándo, cómo, dónde compuso esa página el músico de la Escandinava?

Debió haber sido en otoño. Debió haberla escrito en la mentirosa convalecencia de una tisis, en uno de esos períodos en que la solapada enfermedad concede una espe-

ranza conmovedora. Debió haberla escrito lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños. No se podía oír aquella sonata sin bajar los párpados en actitud de ensueño.

Entre la rubia extranjera y yo, la vieja sonata vino a ser una dulce compañera de tristezas, una inefable tercera persona. En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo. En las noches de luna solíamos soñar juntos, mientras el violín y el anciano ciego conversaban sus nostalgias en el fondo de aquella casita solariega, cuya ventana tenía siempre un manojo de lirios.

Aquella sonata perdida para siempre, debe recordarnos aún. Debe recordarnos ¡oh rubia triste como la sonata y como ella perdida!

¿Recuerdas aquellas citas? En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo... Y eran tan sagradas estas citas, que las sombras se reunían en poblaciones a proteger nuestros amores y las estrellas solían esconder su envidia entre algunos nublados de color canallesco que pasaban al acaso por la inmensa claridad del cielo.

En las noches de luna suelo recordar la entonación de la vieja sonata y recordar lo ido.

Nada de aquello vive ya. La rubia extranjera es la mujer de un hombre grueso. ¡Nunca más asistiremos a las citas sagradas. No te será dado oír la tristeza de nuestra amiga buena.

Pero yo sí. Yo te recordó en las noches de luna, yo te recuerdo lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños.

Y cuando en las tardes, sobre mi mesa con flores y

versos, veo aquella revista antigua donde yo escribía versos para la rubia extranjera, recuerdo tristemente la vieja sonata escandinava.

Medito y sueño. Y a media noche me duermo recordando las citas de los claros de luna: la rubia extranjera, la sonata y yo... en aquella ventana donde había un jarrón lleno de lirios, donde el anciano músico tenía en su instrumento la sonata escandinava y las fantasías de su recordada patria del norte.

MARUSIÑA

Aun me acuerdo de aquella noche en que conocí al pobre Marusiña.

Fué en un endiablado centro de bailes nocturnos, adonde solía llegar algunas veces en la amable compañía de tres o cuatro muchachos tunantones.

Se bailaba con señoritas obreras; se hacían peroratas enternecidas sobre la fraternidad de las clases trabajadoras; se improvisaban discursos líricos sobre los encantos de la mujer, interrumpiéndose muchas veces en períodos llorones y trozos patéticos para pagar la cuenta del consumo al mozo de la cantina.

Y entre este barullo de copas, frases sentimentales, declamaciones emocionantes y arrumacos alcohólicos, el pobre Marusiña bailaba como un desesperado o hacía el reemplazo de un orador inasistente, cantando a la reunión una canción de zarzuela chica que empezaba:

La marusiña
con el marusiño. . .

Aquello era encantador. Su boca descomunal de muchacho glotón se entreabría cariñosamente en gestos de suprema bondad, mientras sus ojos un poquillo lánguidos

empezaban una risa bobalicona que concluía por alegrar del todo a los afiebrados bailarines.

¿Encontrábanle gracioso? Difícilmente se hubiera podido saber. Además, eso no le importaba mucho, arrebatado como se hallaba siempre por el propósito de ser útil a los semejantes, sirviéndoles siquiera de chunga.

Su figura era de lo más estrafalaria. Una cabeza descomunal: ancha, testaruda y original. Un gesto de niño bueno, una risa espontánea. Todo esto sobre un cuerpo flacucho de piernas enclenques, cuyos despaturrados ángulos hacían caracoleos caprichosos en los requiebros y vueltas de una mazurka, una polka o un vals. ¡Y el chaquet! Cinco años que se agazapaba sobre las espaldas de Marusiña, que a decir verdad eran lo único robusto en aquel conjunto de debilidades; cinco años que habían acumulado mugre, verdor y gracia sobre el invisible cuello, a la sazón acribillado por costurones de hilo blanco...

¡Oh, la catadura caricaturezca de Marusiña!

Se pirraba por decir muchas cosas, casi siempre bellas. Gustaba de leer versos, de hacer frases entusiastas, de alabar a los que estaban con él. Sí, elogiar, encontrar buena la humanidad y hermosa la vida. Reir para todos, gastar para los amigos, sacrificarse para los demás.

Los discursos de fraternidad le hacían llorar de alegría, como si esas promesas de perdurable amistad hubieran respondido a una vieja aspiración de amor universal que arrastraba desde antes que naciera.

Obraba por impulsos, sin el más leve temor por el decir de los otros, absolutamente convencido de que todos le amaban así como él los amaba a todos...

¿Se quería bailar? Pues, se bailaba. ¿Se necesitaba reir? Pues, se reía. ¿Se quería beber? Pues, se bebía...

A la sazón le había entrado por bailar con una señora gorda. Por supuesto que la halló inmediatamente. Al ver su alegría generosa, que estaba siempre en la tarea apresurada de encender alegrías ajenas, nadie se negaba.

Luego era tan sabroso verle hacer piruetas con sus flacuchentas extremidades de pidén gracioso.

La cueca de Marusiña fué una cosa estupenda. Aquel caballero aflautado que se deshacía junto a la complaciente señorona, era cosa nunca vista. Se les comparaba a los siete años de abundancia y a los siete de escasez... Se reía de su zapateadura endiablada hasta vaciar el estómago. Se hacían ovaciones a su chaquet ruinoso, por uno de cuyos faldones asomaba un formidable pañuelo de hierbas.

Aquello era una interminable carcajada de cien gargantas enronquecidas por el polvo del baile, por los discursos de fraternidad y por la cerveza que parecía bajar como de un torrente desbordado sobre el mostrador de la cantina.

La cueca no concluía jamás. Dieron las doce; luego la una, las dos, las tres...

El baile seguía, los discursos se reemplazaban nutridamente, los galanteos eran más amorosos que nunca. Se había abierto el chorro en el alma de cada uno a las incontenibles cañerías del sentimentalismo.

Y en medio de la algazara general, Marusiña se deshacía en requiebros, exclamaciones, gritos, risas, gestos. Aquel rostro ancho de muchacho bueno parecía hacer cosquillas en el ánimo de las mujeres.

Por supuesto que aquello concluyó por entusiasmarme. Tentado por Marusiña y su júbilo contagioso, me eché en brazos de una joven obrera, con quien me perdí en una

de requiebros, promesas y juramentos. Fué una embriaguez de alegría cuya imposición nadie pudo eludir y que concluyó por anegarnos en dicha.

En aquella noche no pude hacer más observaciones. Sólo recuerdo que entre el arrebató del bullicio fermentaba en mí una colosal gratitud por ese muchacho cuya sola ingenuidad (pues que no era gracioso, sino entusiasta), tenía la virtud de hacer siquiera momentáneamente la felicidad de todos.

Fué así como conocí al pobre Marusiña, muchacho bueno si los hay en la vida.

¡Cuánto me hizo sufrir su virtud! Las pocas veces que lo encontré en mi camino fué para conocer alguna pellejería suya.

Una de estas veces lo hallé empeñado en preparar «una gran fiesta patriótica» para los vecinos del cerro Cordillera.

Era miembro del comité organizador y hacía una semana que no iba a la ocupación por trabajar en los preparativos de la famosa fiesta. Era una gloria para los habitantes del Cerro, toda gente pobre, olvidada que había estado siempre por esa señora Municipalidad, que sólo hace fiestas para los ricos...

Ya se había acercado a los diarios. Los cronistas eran muy buena gente, sin duda. (No olvidéis que para el pobre Marusiña todos los hombres eran buenas gentes)... Gracias a un poco de trabajo, habría hasta fuegos artificiales para los pobres y muchos juegos para los niños. ¡Cómo iban a gozar esos pobres chicos!

De improviso se interrumpió para entrar a una cantina!

—¡Vamos, hombre! Una copa solamente...

Acepté aquella copa por complacerle. Solamente que

entre confesión y confesión acabó por contarme sus actuales penurias. Había perdido su ocupación por servir a los vecinos del cerro Cordillera. ¿Qué importaba? Mientras se tuvieran entrañas, lo principal era servir a los pobres. Se habían ido algunos dineros en gastos y actualmente el dueño de la pensión se negaba a entregarle la cama. Dormía en los bancos de la Plaza Victoria y almorzaba con los amigos. En cambio, los niños del cerro Cordillera iban a tener hermosas entretenciones para los bellos días de la Patria.

Acabé por acribillarle a consejos. ¿Era posible así descuidar nuestra propia vida en beneficio de los demás? ¿Era siquiera vecinado de aquel cerro? Concluía por cargar esa abnegación incondicional. La vida era así y los hombres debían ser así.

Se rió escandalosamente de mí con su gran bocaza del muchacho glotón; me trató de egoísta y concluyó por negarse terminantemente a aceptar que yo pagara la copa.

Un año estuvo sin cama. Y no es que ella aun permaneciera retenida por «aquel buen hombre». Se la habíamos rescatado por tres veces a punta de suscripciones. Pero él la volvía a empeñar para los gastos de no sé cuantos «reos inocentes» cuyo indulto acababa por conseguir a fuerza de majaderías.

Un año sin cama, con sus correspondientes noches al aire libre y su cortejo de días en blanco (así llamaba a los endiablados días en que no le convidaban a comer); un año de trajines mal recompensados por gente desagradecida no le curaron. Un día de tantos conoció a un tal Mundt, que se las daba de libre pensador en propaganda viajera: sablista, borracho y sinvergüenza, según la biografía de otros. La misma tarde en que Marusiña estrechó

su mano de amigo y en que se hicieron brindis de fraternidad sobre el mostrador de una taberna, Marusiña supo que el libre pensador, en propaganda viajera no tenía alojamiento ni dinero con que procurárselo. ¿Era posible eso? Marusiña acabó por hablar pestes del orden social, causa de que los pícaros engordaran a razón de dos kilos diarios, mientras los hombres de pensamiento se estaban bonitamente al sereno. Eso no podía permitirse. El tampoco tenía actualmente alojamiento; pero un amigo suyo se lo daba. Participarían, pues, de la cama aquella, mientras permaneciera en viaje de propaganda.

¡Infeliz! El amigo suyo no lo era tanto que pudiera permitir tales cosas. Aquella misma noche puso a los dos de patitas en la calle...

Así terminaban sus sacrificios. El Comité Patriótico del cerro Cordillera le había expulsado ignominiosamente de su seno por consideraciones de economía. Aquel individuo de sesos nunca vistos (textualmente) se enredaba en maquinaciones estafalarias para conseguir de los socios que los fondos no se fueran obligadamente en fiestas públicas y se destinaran a la fundación de un dispensario para enfermos pobres. Lo que había de grave es que Marusiña acababa por conseguir estas cosas de caridad pública, que indudablemente no correspondían a comités patrióticos... Tanto majadereaba.

Así y todo, seguía sosteniendo que los tales del comité patriótico eran personas buenas. Únicamente que no le entendían...

A decir verdad, no era cosa muy sencilla aquello de entenderle, cuando ni él mismo lo consiguió jamás.

Se aficionaba por aquel tiempo a reflexiones muy serias. Al fin y al cabo, aquello de comités patrióticos

no era una cosa decente para estos tiempos en que había tantos desgraciados. El ideal verdaderamente humanitario era la anarquía. Igualar la riqueza de todos; suprimir la circulación del dinero; hacer de la humanidad una gran familia en que no hubiera tuyo ni mío.

Llevado por teorías de esta especie, acabó por hacerse un propagandista libertario, como decía seriamente. Entonces desaparecía su sonrisa bobalicona de pobre diablo; se ennoblecía su gesto de bonhomía y las ideas de regeneración social brotaban a borbollones de su enorme boca de chiquillo hambriento.

Y como si la bondad de aquellas ideas estimulara sus formidables mandíbulas de gastrónomo, concluía por hablar a dentelladas, mascando sus argumentos de revolucionario, paladeando el sabor amargo de sus frases ardientes, prolongando si era posible sus terribles mascaradas de filosofía libertaria, sus mordizcos feroces al capital explotador al lujo desenfrenado de los burgueses, a las mujeres de ancas descomunales y vestiduras exorbitantes...

Por supuesto que sus oyentes le pullaban. Era atrosamente gracioso eso de oír peroratas humanitarias en los labios grasosos de aquel muchacho sin cabeza (pues que nunca tuvo más que corazón). Sin embargo, el grito de anarquía no era del todo chusco en su boca. Su hambre nunca saciada, su nariz abierta a los olores de la lujuria, la expresión de esperanza de sus ojos adormilados, prestaban a sus prédicas anárquicas de apóstol callejero una melancolía de sacrificio, cierta tristeza de raza que parecía llorar por todos los dolores de la humanidad.

Buscaba los hombres de abajo, los obreros de manos encallecidas. Se engolfaba con ellos en interminables

disertaciones sobre el capital y el trabajo, sosteniendo que había llegado la hora de reivindicar todos los derechos.

Concluía por pagar las copas e irse por las calles del Puerto hasta horas imposibles de la noche. Y cuando el aire frío de la madrugada refrescaba sus ardores de regenerador, lanzaba al aire su famoso estribillo, mientras las estrellas le hacían cariñosas señales desde la profundidad del cielo:

La marusiña
con el marusiño...

Pero todas estas luchas revolucionarias a que le conducía su inmenso amor por los semejantes, acababan por costarle nuevas amarguras.

Se corría entre los obreros que el individuo aquel era un agente pagado por la sección de seguridad para sorprender los movimientos de emancipación de las clases trabajadoras. Se le miraba con desconfianza; se le hacían indirectas mal intencionadas... Hasta se hablaba de darle una fenomenal paliza. Acaso así entendieran los rufianes de la pesquisa que aquello de espiar a los hombres de trabajo no era broma.

Se la dieron, efectivamente. Una paliza de encrucijada que se paseó a lo largo de sus costillas durante una hora y que concluyó por dejar al pobre como un santo Cristo.

Una noche me detuvo para contarme estas pellejerías.

Ni siquiera entre los más humildes encontraba ese amor que él tenía por todos. En cambio, algunos audaces se hacían llamar defensores del pueblo con la mañosa esperanza de ser elegidos municipales. A la sazón engorda-

ban como unos cerdos. Y a él que no les pedía nada, que se los daba todo: pan, cariño, fraternidad, etc., sólo le daban como recompensa hostilidades, calumnias y palizas. ¿Espía él? Vivía en perpetuo olvido de sí mismo; amaba a los hombres como si hubieran salido todos de un solo vientre. Imitando al célebre personaje antiguo, él deseaba que todos sus hermanos de la tierra no tuvieran más que un estómago. Se los llenaría de una sola panzada.

Concluía por llorar de pena ante la ingratitud de los obreros.

Y en aquella noche llena de melancolía que se esperezaba bajo una luna triste de primavera, sus ojos largos dejaban caer inmensos lagrimones que se le figuraban diamantes escapados de su alma purísima, inagotable mina que era, de purezas humanitarias y melancolías cristianas.

Por aquellos días precisamente, Marusiña se dedicaba al periodismo, sirviendo en calidad de repórter a un diario defensor de las clases trabajadoras. Estaba a mérito «mientras tanto», y desempeñaba su cometido a las mil maravillas.

Porque era curioso. Para servir las ocupaciones en que ganaba el pan, era indolente, torpe y descuidado. Le cargaba aquella prosa de cambiar esfuerzos por billetes sucios... Para servir a mérito era, en cambio, entusiasta, tesonero e incansable. Encantaba su actividad.

Pues bien. Dos meses que sirvió en aquel diario le hubieran dado derecho a un sueldecillo o una recompensa en forma práctica.

Se la dieron, en efecto. Un día asistió a una fiesta de obreros en representación del diario. Tomó apuntes, hizo una crónica de la fiesta y hasta un discurso por el amor universal, su tema favorito. Al día siguiente leía yo una

extensa relación de la fiesta, precisamente la que él había confeccionado. Sólo que a la conclusión venía este párrafo:

«Tenemos sí que lamentar una nota desagradable en esta fiesta. Un señor Fulano de Tal, conocido con el apodo de Marusiña, se permitió declararse representante de esta hoja y hablar en nombre de ella, cuando en realidad no pasa de ser un sinvergüenza»...

Algunos meses más tarde leí en otro diario de Valparaíso una invitación a un meeting. Se trataba de conseguir el indulto de un reo condenado a muerte por violación y homicidio. Había empeño entre la juventud por alcanzarlo y aquello resultaba.

Asistí al meeting esa noche. Los discursos eran conmovedores a propósito del reo: un inocente que lloraba ante la perspectiva de abandonar a su madre en mitad de la vida, cuando la muerte, las enfermedades y la miseria merodeaban en torno de ella. Se agregaban escenas horrosas, en que el reo aparecía de hinojos pidiendo a Dios la vida, solamente para evitar a la anciana el inmenso dolor de ver a su hijo afrentado. Algunos lloraban.

Yo también hube de caer en el lloriqueo. Pero a la verdad no era tanto porque me impresionara el reo y su próxima ejecución.

Lloraba por Marusiña, uno de cuyos lances me contaron esa noche. La idea de hacer un meeting había sido suya. Había abandonado otra nueva ocupación conseguida por sus amigos para trabajar durante un mes por el indulto de Robles. Rogó, suplicó, entusiasmó... A la sazón había empeñado por vigésima vez la cama para costear los gastos del meeting. Estaba en medio de un grupo hablando de perdón, de humanidad, de abnegación... Aquellas palabras parecían haber sido creadas para sus

labios de niño bueno, incorregible en su virtud. Habían llegado hasta su corazón y no debían soltarle jamás.

¿Se quedaba sin pan? ¡Eso no importaba! Lo principal era la vida de los infelices. El mañana era mañana, según sus teorías, y el hoy era hoy. Indecencia era pensar en la comida cuando había otros que iban a perder la cabeza...

Desde entonces nunca más volví a verle.

Un diario de hoy trae un párrafo de crónica sumamente sencillo. Se trata de un vagabundo conocido con el apodo de Marusiña, joven al parecer y de malas trazas, fallecido repentinamente en la calle de la Victoria. El médico que verificó la autopsia declara que el occiso ha muerto de hambre!...

22 / Mayo - 1904 -
chada: Villa del Mar, 16 de Mayo de 1904.

AQUELLA TARDECITA HELADA

Iba con mi amigote Federico, tenedor de libros de la casa X Hermanos. Hablábamos de la vida y decíamos que era buena.

Cierto que lo estaba aquel día. Cierto que inspiraba donosuras de pensamiento aquella estación floreada de árboles corpulentos y escenas ruidosas.

Unidos en esa amigable cordialidad de los brazos enlazados, andábamos lentamente mirando con amor las cosas que parecían entregarse a nuestra observación. Cierto que la vida era buena aquel día.

El viejo edificio de la estación se alargaba como empujando un abrazo a las múltiples escenas que se reemplazaban incansablemente en el bullicio de los trajines diarios. Los gritos de los vendedores eran amables y su monotonía era simpática en la tranquila serenidad de las cosas vulgares.

Caían las primeras hojas miserables de los altos acacios que oscurecen las avenidas. Los perros vagos hacían aparecer las miserias de los tiempos fríos husmeando el suelo en interminables jornadas, mientras que un otoño prematuro invadía la gloria del verano con no sé que incomprensible tristeza.

—¡Ah, que buena la vida de aquella tardecita helada!
Rato hacía que Federico canturreaba este estribillo

filosófico a la conclusión de cada comentario. Hallaba buena la vida y se interrumpía bruscamente para contemplar con miradas tranquilas las locomotoras que pasaban a escape por la línea.

Aquella «Centinela» esta otra «Los Loros»; precisamente el maquinista de ésta le hacía mucha gracia: un gordo de muchísimo buen humor, que no perdía oportunidad de echar chistes a lo largo de su conversación enmarañada de refranes y aforismos perogrullezcos. También conocía a la «Santa Juana», una vieja máquina que pasaba meses enteros en la Maestranza reponiéndose de las pellejerías del trabajo: una válvula averiada, un caldero raído, un eje partido en mitad de una carrera desesperada por la pintoresca vía ferroviaria que se hunde entre cordones de casas alegres hasta perderse en la premeditada curva de Miraflores.

¡Y cuántas más! Todas ellas eran sus amigas. Sabía sus crímenes (perpetrados santamente), sus debilidades incurables, sus viejas heridas de trabajadoras cansadas. Y en aquella tardecita helada de otoño prematuro, él me hablaba de todas, mientras íbamos allegando nuestros pasos a los ruidosos grupos que pintaban sus movimientos entre los árboles enjutos.

Mujeres de siluetas desentonadas con sus escuálidos primogénitos de la mano iban como arrastradas por la fatiga, desordenando sus pasos deschavetados bajo las corpulentas acacias de hojas temblonas. Más lejos, los cargadores encorvados con equipajes de gran peso; ruidos de carretones llenos, crujimientos de vehículos viejos, quejas de carga. Allá, un corredor de cigarrillos que tomaba asiento en los bancos terrosos para hacer apuntes en una libreta rota. Cerca, un viejo miserable con

las manos aplastadas bajo las piernas enclenques, parecía mirar el movimiento cansado de toda esa muchedumbre que hacía sus labores con ademanes tardos, como si les pesara el cansancio de la brega.

Federico se sentía feliz. En verdad que tenía sus razones.

La casa X Hermanos era buena y le daba un sueldo subido que le permitía encontrar la bondad de su situación ante esos trajes raídos y esas miradas largas.

—Ah, que buena la vida en aquella tardecita helada.

Llegaba un tren del Puerto. En ese instante pasó a nuestro lado un suplementero de alegre facha.

—¡Mercurio!...

Ciertamente. Federico recordó su interesante guerra del Asia, que por entonces afiebraba la atención del público. Llamó al muchacho y le entregó en silencio una moneda de cincuenta centavos; el chico dió un Mercurio mientras hundía las manos en los bolsillos buscando las monedas de cambio. Luego dijo malhumorado:

—No tengo sencillo patrón; ni un cinco siquiera.

—¿No tienes? Pues entonces a la suerte. Si me ganas te pagas de un diez; si no, pierdes el Mercurio.

El muchacho pensó un momento.

—Bueno dijo. Tírela usted...

—¿Cara o sello?

—¡Cara!

La moneda subió dando volteretas en una ascensión tranquila. Arriba topó en la rama de un árbol, que con el choque soltó una hoja al suelo. Luego calló de golpe. Abajo hizo un cantito metálico que se replicó en un rebote.

—¡Sello!

El muchacho hizo una mueca de indiferencia y se alejó silbando un paso doble muy en boga por aquellos días.

Los harapos colgantes de sus mangas viejas se entregaban a las caricias de un viento benigno y las greñas del cabello sucio descendían por las manchas grasientas de la chaquetilla. La tranquila miseria del muchacho se perdía entre los corrillos de pasajeros en su involuntaria indiferencia. Tal vez el niño no había pensado jamás en ella.

De pronto Federico tuvo un movimiento. Quería llamar al muchacho. ¿Para qué ser crueles? Tal vez el chico necesitaría esos centavos más que nosotros, siquiera para darse el placer de jugarlos.

Federico hizo un silbido fuerte. El muchacho volvió.

—¿Qué hay patrón? ¿Me quiere ganar otro diario?

—No chico. Es para darte el diez. Haz cuenta que yo lo haya perdido.

El suplementero soltó una risa de gusto y se alejó tarareando el mismo paso doble callejero, indiferente a la generosidad de Federico tanto como a su miseria.

Seguíamos vagando bajo los árboles friolentos. El benefactor apoyaba su brazo sobre el mío en su actitud de filántropo satisfecho. La bruma empezaba a borrar su silueta.

En verdad no leía mucho ni poco aquellos telegramas. Le roía por dentro la vanidad de su obra cristiana y se sentía feliz. Verdad que aumenta la satisfacción de vivir en el convencimiento de que se es bueno.

—¿No es natural? El muchacho es más desgraciado que nosotros y seguramente le hará falta ese cinco. Si todos los felices fueran como nosotros, los pobres serían más fuertes en la vida.

Seguía el movimiento de la estación, aunque más débil ya. Pasó un tren en que volvían los peones de la línea. Los carros eran planos y en ellos iban muchos hombres

de rostros amoratados que miraban como en sueño el aspecto suntuoso de los edificios vecinos. ¡Cuánta dicha habría adentro! Al frente de nosotros el mozo del jefe barría cansadamente la oficina. Subía una oleada de polvo que hacía ondear en los aires inmensas nubes de tierra fina. La mugre de los objetos llenaba la anchura de la estación con pegajoso vaho de podredumbre que parecía arrancar de las veredas hastiadoras en el aburrimiento de los trajines ordinarios. Pasaban algunos domésticos con paquetes de diversos tamaños; sus movimientos no eran graciosos y en ellos se reemplazaban los ademanes descuidados que son propios de los sirvientes.

Federico seguía mirando. Una profunda compasión por los desgraciados lo hacía suyo. El era joven, y por consiguiente fuerte. La casa X Hermanos también era justiciera... ¡Ah, sí! Su pan de dicha era generoso.

—¡Qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Y todos los días cuando solía divisar al suplementero era lo mismo. La alegría de vivir se apropiaba de sus palabras. Volvía la compasión por toda esa gente desgraciada que llenaba la estación en los días de trabajo haciendo la múltiple labor diaria. Gente campesina, obreras de las fábricas, mozos con el abrigo de los amos, cargadores encorvados bajo los grandes bultos, vendedores de frutas embutidos en sombreros arrugados y chaquetas sucias, peones que volvían en carros lastreros de sus obras lejanas, viejos de caras fastidiosas mirando la belleza de las cosas que parecía entregarse a los hombres más jóvenes. Y siempre aquella complacencia de ser bueno con los más infelices, que lo hacía suyo en la tarde aquella.

Sólo que no pasaban de cosas mentirosas las compasivas

reflexiones del bueno de Federico, ahora ex-tenedor de libros de la casa X Hermanos.

Sólo que no pasaban de mentiras malvadas, ¡muy malvadas! pues cuando en los siguientes meses de cesantía vagaba por el pueblo, muerto de hambre, solía encontrar al mismo suplementero, tan pobre, tan sucio como antes. Casi siempre estaba entre un grupo de compañeros, sentado a pleno suelo, siempre con el cuerpo atiborrado de golosinas sucias y la cara gordiflona a reventar de risa. ¡Por qué afligirse? Su traje era el mismo, cómodo pues que jamás se lo quitaba; su calle era la misma, cariñosa y ancha, con los rapaces que no desean más que comidas burdas y chuscadas fuertes.

Y recordaba que él había compadecido a aquél muchacho. ¡El! ¡El pobre diablo, colgado de la eventualidad, expuesto a la maldad de la vida mucho más que esos suplementeros! Y recordaba esa tarde de un otoño prematuro en que todos eran poco felices a su lado.

¡Ah, que buena la vida en aquella tardecita helada!

SALMO DE OTOÑO

La ventana de mi cuarto no ha sentido en sus cristales los golpes de luz con que antes se anunciaba la aurora.

He dormido hasta muy tarde. Y mientras me vestía cantando la *Serenata de Schubert* en una placidez acariciadora, he pensado en la última conquista: una campesina púber, soberbiamente gallarda dentro de sus frescos quince años, sorprendida en un rincón del sur, cuando sus sueños de mujer se entreabrían como flores en la ardorosa de su sangre.

Después he salido a vagar.

El día bosteza arrebuja en su capa gris de vago; los árboles parecen manos enjutas rígidamente estiradas en la conclusión de un ademán; las calles arrojan sobre el cristal violeta de las almas ese aliento de tísico que llamamos aburrimiento; allá, en los portales, desfilan las mujeres elegantes contrayendo los párpados en diabólicas miradas, mientras sus cabellos ligeramente peinados van contando los secretos de las alcobas en el idioma de su delicioso desorden.

Mientras vagaba por los portales, he pensado en mujeres desconocidas que allá, en la penumbra de las alcobas solitarias, leían mis versos en una enervante languidez de sentimientos. He soñado una cita ardientemente pedida por una de ellas en una original misiva. . . Luego mi

gozo al leer esas líneas nerviosas y delicadas, escrita sobre un pétalo de camelia y traídas por una paloma a mi ventana. . .

He sido bruscamente despertado a la realidad por el saludo de un amigo, un pobre tísico que lleva en sus ojos una despedida desgarradora y que cuenta cosas tristes con su voz débil, como la lenta conclusión de una romanza sentimental.

—¡Mira, me ha dicho, hoy no he tenido sol. . . ! He tosido mucho esta mañana y parece que salía un jirón de mi alma en cada gota de sangre. . . Al levantarme, todos los objetos parecían hablar de mi próxima muerte; la caja del violín sombríamente arrinconada en mi alcoba, no sé por qué me pareció ataúd. . .

Anoche había ensayado un *Requiem* que me agrada mucho; parece hablar de esas cosas sentidas por mí al caer esa noche que diariamente llega a mis pulmones, anunciándose con este dolorcito terriblemente persistente. ¡No sabes qué cosas canturrea ese músico, encerrado en mis pulmones, mientras los microbios abren cavernas como una inmensa cuadrilla de mineros sombríos.

Anoche, al sentir las doce en el reloj de la iglesia vecina, dejé apresuradamente el violín y me acosté. Pues mira: esta mañana me chocó angustiosamente la coincidencia de encontrar el violín y su arco en forma de cruz. . . Luego el viento que penetraba por la ventana mordía las cuerdas arrancándoles una melodía extraña y larga como el rumor de los violoncelos en las ceremonias fúnebres.

¡Tú no sabes cuánto hay de amargo, en escuchar este himno de vida que canta la animación en las calles y cuyas armonías son las risas, las conversaciones, los proyectos inextinguibles de los jóvenes, las mejillas sonrosadas,

los ademanes deliciosos, las miradas, los niños con sus caritas frescas, el tráfico de los comerciantes, eternamente colgados de sus intereses, los trajes de la temporada, reluctantes, abrigando formas por donde retoza una sangre opulenta, sana, ardiente!

¡No sabes cuánto desgana este mutismo salvaje de los acontecimientos, que siguen, siguen y siguen su marcha, sin detenerse a mirarnos...! Luego esa mirada de odioso egoísmo que recibimos cuando se nos ve, melancólicos y agonizantes, eternamente importunos, con la importunidad de aquel mozo alegre que tuvo la humorada de ir al baile de máscaras en traje de difunto!

Y mientras mi pobre amigo decía todo esto, interrumpiéndose a cada rato para largar su tocesita seca, me empujaba suavemente a una cantina.

Unos cuantos mozos, entre ellos un militar, hablaban de los últimos sucesos: un comerciante en quiebra y un recluta de cazadores (¡pobre diablo!) que había dado de balazos a su capitán. ¡Un asuntillo de amor con la hermana del recluta!

Han continuado mis sueños encendiendo en mi cerebro sus alegorías de fuegos pirotécnicos: el amor, las mujeres, la tisis, y una noche lírica empezada con rimas voluptuosas de poetas borrachos que se recitan tendido en el canapé de la alcoba mientras la querida desborda sobre los hombros las criminales trenzas negras...

He salido de esta divina estupidez de soñador bebiendo apresuradamente la copa de *chartreuse* al sentir que se desgrana sobre los deslumbrantes mostradores la lírica canción del oro...

—¡Adiós!

Y al ver alejarse al pobre tísico con su tocesita seca,

regularizada en su garganta y tristemente monótona, he encendido casi alegre, el cigarrillo legítimo de la Habana, para alejarme recordando un sueño que llega siempre a mí entre las voluptas azules del tabaco: la cubana morena que se columpia entre los cafetales, tendida indolentemente en su hamaca, cantando a media voz una habanera cadenciosa cuyos versos parecen de carne.

Después... arrojando una moneda al miserable que vende las caricias de las flores de moda, he prendido al ojal de mi chaquet una camelia roja que se deshojará en la noche sobre el cuerpo débil, pero inagotablemente delicioso, de una Margarita Gautier.

PENSAMIENTOS

¡Cuan bellas son las lejanías! Miradlo todo a gran distancia, pues las cosas queman de cerca, aún en los mejores casos.

Condenamos la tiranía, pero a menudo profanamos la libertad cuando esta descansa en nosotros.

Hay un fondo de egoísmo aún en las más grandes virtudes.

La palabra honradez debió ser inventada para los primeros ladrones para señalar a los que podrían robar con impunidad. Lo prueba el antiguo refrán que dice: «En arca abierta hasta el más justo peca».

Si queréis derribar pronto al adversario, dadle el golpe infalible: la estocada al amor propio.

El criterio es esclavo de las circunstancias.

A la disciplina del galoneado militar prefiero mi libertad de pobre vagabundo porque es más sufrible el hambre del estómago que la espantosa sed del espíritu.

Cuando vemos en algunas personas un mérito que también tenemos y observamos que el ajeno supera al nuestro, nos empeñamos en reconocerle otros y aún en elogiárselos.

No busquéis al consonante porque este se halla en la cumbre de la idea. Elevad el vuelo.

El hambre es el más poderoso lente de pesimismo.

EL NIÑO DIABLO

Si os agrada, conversaremos esta tarde sobre este simpático tipo del pueblo, muchachón endemoniado si los hay, vigoroso de puños y ágil de palabra.

Por supuesto que este niño diablo no tiene nada de común con las clases trabajadoras, ni con sus lucubraciones afiebradas sobre el capital y el trabajo. Ni con la abolición de los privilegios, ni con las sociedades de resistencia.

Maestro insuperable en el arte de vivir, él se reirá en vuestras barbas de todos los principios igualitarios, empezando por esta confidencia, que es rotunda: él, prefiere una cazuela de ave con aliños picantes a una doctrina tan poco sustanciosa como la del socialismo y un valdiviano con huevos a la democracia.

Verdad que algunas veces parecería profundamente convencido; pero es solo apariencia. A vuestra salida os enseñará un decímetro de lengua, muerto de risa por el candor de vuestras sociologías...

Todas esas cosas, según él, concluyen en la cárcel. ¿Y para qué? ¿Para obtener las ocho horas de trabajo? No pierdan cuidado, que él se basta para cuidar sus pulmones.

Efectivamente. El niño diablo no es hombre que encalezca sus manos en un oficio. Las tareas pesadas le son

antipáticas hasta el extremo de considerarlas patrimonio de tontos. Solamente uno que otro aprende el oficio de zapatero a razón de tres días por semana de trabajo... Pero conste que nunca pasa de aprendiz.

Despojado de amor propio, libre en la suprema libertad del que no tiene ambiciones, ni esperanzas ni ensueños, se gana su comida descansadamente lustrando calzado en los paseos públicos, cobrando buenas propinas como criado de restaurant o limpiando los bolsillos del prójimo en las aperturas de cualquiera fiesta pública que aglomere masas de gente entusiasmada.

No tendría razón para agitarse en vano. Obligaciones no tiene ninguna, pues su querida es casi siempre una sirvienta de casa rica a quien obliga el desvalijamiento de sus patrones. Suele irse con ella de remolienda y obsequiarla con mojicones a la postre de una cueca arrebatadora.

De ahí su famosa sentencia sobre la lucha de clases. Hay dos en esta vida; la que paga el pato y la que se lo come. El pertenece a la segunda...

Trabajar de seis a seis, satisfacción del deber cumplido, callosidades honrosas, sudores regenerantes, etc., son cosas esas que, según la robusta frase de su estilo, ya los tienen barbones...

(Parecen resumir en esta figura la significación de aburrido, viejo y estúpido. Estar barbones de sufrir una cosa es el grado último e insuperable de la paciencia y de la estupidez).

Para abarcar en una frase la tonalidad sintética de su carácter encuentro ésta: Es tan pícaro como su sombrero...

Según el gusto suyo, debe ir siempre a los ojos. El no

sabe por qué, pero lo siente. Acaso así encuentra el tono de su socarronería audaz.

En efecto. Nada más picaresco, nada más ladino que ese sombrero de alas un tanto grandes, caído al sesgo sobre el ojo con intencionada malicia. Toda la canallería de su modo, toda la gracia de su genio, parece agazaparse en los pliegues del ala que oscurece su cara misteriosa de pájaro rapiñero.

Refugiados bajo de ella, los ojos del niño diablo empiezan relampagueos salvajes de ironía y gestos endiablados de muchacho cazurro, ladino y burlón.

La mirada de reojo parece tantear la presa en los bolsillos ajenos; la sonrisa incipiente se clava en el desconocido que pasa, buscando el detalle ridículo en que ha de colgar una ocurrencia grosera o un dicho brutal.

Se diría que en el desorden de las alas cesguicaidas se agazapan mañosamente todos los geniecillos de la astucia, entre bailoteos estrafalarios e inconcebibles contorsiones de gracia.

El ideal inconsciente del niño diablo parece ser uno bien noble: vivir.

Son sus complementos indispensables la cocinería, el plato sustancioso, el buen vino. Tener dinero para gastarlo con amigos, ir al circo, reir con las gracias del clown Seyssel, aplastar a medio mundo con una palabrota de efecto chusco.

De aquí se deduce que no es politiquero ni religioso.

Si es ciudadano vende sencillamente su voto en diez o más pesos que se gasta en la misma noche. En cuanto a religión no ha ido a la iglesia más que una sola vez cuando niño, precisamente en la capilla de la cárcel... O bien en una corrida de ejercicios espirituales en que

mató el hastío de vivir, después de haber gastado en una semana íntegra de juerga los doscientos pesos que se ganara al monte.

En cuanto a su modo de vestir es una herencia de raza, como que es solamente un resumen menos violento de los gustos que son familiares al chulo español.

Le agrada el pantalón bombacho: anchísimo de muslo y estrecho de tobillos. Chaqueta corta y sombrero *añado*, que dice él. Zapatos de tacones altos y de punta fina.

El niño diablo es el enemigo más empeinado de nuestro futre. (Y a este propósito, no estará mal una palabra sobre el futre de Chile, personaje desgraciado si los hay, que con ser virtuoso en familia y valiente para la lucha, arrastra sus descabelladas aspiraciones entre la hostilidad sardónica de los pobres y el desprecio sistemático de los aristócratas. Es el resumen conmovedor del martirio en que hace su vida la clase media en la persecución desesperada de todas esas glorias que da el dinero. Ah, los ojos de pupilas ambiciosas donde parecen llorar las esperanzas acuchilladas y los ensueños moribundos!)

El cesante de rostro paliducho oirá siempre una palabra cruel al paso del niño diablo. Según éste, los futres andan siempre con los pies helados... (Expresión que significa ir sin un cinco en las faltriqueras y sin un bocado en el estómago).

Y si el pobre cesante se permite en revancha un despreciativo ¡roto! no será cosa difícil que aquel le propine un par de mojicones, amenazándole con hacerlo sudar...

El caballero que resbala al subir un tranvía, le hace reír escandalosamente.

—Se cayó el patrón... Venga pacá pa pararlo!

Es el mismo que interrumpe la grandilocuencia de un agitador populachero con aquella frase aplastadora.

—Tá bien, pues ño Simón.

Expresión soberana en que descubre su desprecio por los ensueños políticos, su concepción de la debilidad humana y su desconfianza instintiva por todo lo que no se manifieste en bocado inmediato. Parecería que su buen humor estuviera en las profundidades del estómago en la pasmosa fabricación de frases insolentes por su gracia, de conceptos grasosos a fuerza de prácticos, de blasfemias humorísticas para todas las abstracciones del espíritu, para todas las intangibles recreaciones del pensamiento.

Nada se escapa a la profanación de su gracia. El sacerdote de pupilas castas, el pastor evangélico, el joven de chaquet verduoso, la niña de rostro pintado, la vieja de tocado cuidadoso, el galán que corteja a pleno sol, la conductora de uñas exorbitantes. . . , todos se verán corregidos, retocados y arremetidos por su implacable buen humor.

A este propósito es oportuno intercalar alguna de las estrofas en que vacía su humorismo grosero de bufón popular.

Recuerdo una que oí al niño diablo en cierta fonda de Santiago. Llegaba con intenciones sencillas de bailar su cueca. Y como no encontrara una sola niña en punto de baile, solicitó cachazudamente a la más vieja de las cantoras, murmurando entre mohino y alegre:

*Dicen que de espanto muere
aquel que visiones ve:
yo ví una vieja bailando;
no sé si me moriré. . .*

Alegaba fatalidad hereditaria en aquello de llegar siempre tarde a una fiesta; pero lo sostenía de un modo tan pícaro que en esa misma confesión había alarde de buena suerte...

*Mi caballo se ha perdido;
mi suegra por cierto, no;
mi mujer se fué con otro...
¡Ave María, por Dios!*

El niño diablo es el autor de esa estrofa en que se alude a las veleidades femeninas con la sesuda exposición de aquella historia:

*Yo llevé un amigo a casa
de la joven que yo amaba:
primero yo lo llevé
y después él me llevaba...*

«Manda fuerza» es una expresión del niño diablo. El que manda fuerza es para él un hombre habiloso para todo: fuerte, audaz y canalla. También manda fuerza el que tiene más de lo que debe tener: un trabajador con reloj de oro, una conductora de físico agradable, un borrachón con aficiones al agua...

Manda fuerza el hombre capaz de abrir un abdomen a puñaladas; el que se levanta una cartera maestramente, al ligerísimo roce de un señor que pasa; la mocetona de ancas descomunales, cuyos robustos pechos pudieran ser la alimentación de cincuenta hijos... Manda fuerza la manceba impetuosa que sacia a su hombre, que le mantiene halagadoramente, que hace por su cuenta la engorda del

querido, arrastrándose a lo largo de las tiendas centrales con el objeto de comprar unas sedas que no encuentra legítimas. . . (Pero que escamotea). Manda fuerza el hombronazo cuya especialidad es la muy peregrina de aporrear guardianes. . . (Tundas que no son tales tundas, si no acaban todas con las tradicionales patadas en la cabeza. . . Recuerdo para la familia, que dice él). Y en general todo el que vive para su estómago, sin preocupaciones antipáticas de comercio ni emulaciones económicas.

Evidentemente que estas comodidades subentienden la carencia de peligro. Por esta razón el niño diablo no es jamás foragido de asalto. Aquello tiene un inconveniente: el de llevarle *a casa* por cinco años. . .

El niño diablo es el hombre más libre. Su acción no reconoce moralidad: se mofa concienzudamente de ella. De este modo su voluntad de hacer empieza en el gusto propio y concluye donde la ley prohíbe. Por supuesto que si puede burlar la ley se ríe tanto de ella como de los futres.

Se embriaga porque un artículo de la Ley de Alcoholes lo prohíbe; atraviesa mitad por mitad un jardín público precisamente porque un rótulo municipal encarga *no pisar las plantas ni las flores*. . . ; pega una tunda a un guardián de calle atravesada por aquello de ser representante de la autoridad y guardador de las leyes.

Acaba por ser graciosa su manía de quitar el bulto a todas las leyes imaginables. En las fiestas públicas de septiembre se le encuentra a la caza de bobos e inocentones con un naipe de tres cartitas y un poncho que tiende en el suelo para hacer maravillas en el mañoso barajamiento de las esquivas cartas. Suele estar la policía a diez pasos de distancia. El se injerta en un grupo para tender su poncho entre enjambres de redondillas populares, refranes,

aforismos y disparates. Es seguro que mucho antes de concluir el guardián su ensimismamiento de autoridad bobalicona, el niño diablo se ha cogido cuatro tontos a raíz de las faltriqueras y se ha ganado unos cuantos pesos en menos que dijo veinticinco cuartetos de zumba.

Leyes del Estado, leyes de la Iglesia, leyes de Dios... A todas se las mete en el bolsillo del chaleco.

Nada dice de aquella tontería del Supremo Hacedor: Ganarás el pan con el sudor de tu frente... Jamás ha hecho tal disparate...

El momento peligroso de este niño diablo es el que sigue a una encerrona en que se gastó el dinero suyo y el de sus amigos, incluso todo el que se obtuvo por una remesa de ponchos, sombreros y paletos enviados al Montepío.

Se escabulle silenciosamente en dirección a las callejas del arrabal, aguzando su mirada felina de gavilán en acecho. El cuchillo, la piedra, el palo, serán sus amables compañeros de ataque.

El niño diablo no conoce la tristeza. ¿Sufrir? ¿Pensar? Una copa bebida al son de arpa, guitarra y piano no reconoce parentescos con la melancolía. Agasajado por los amigos, querido por sus mujeres, halagado por la vida, él se ríe de todo y por todo.

Y no es que le falten sus gentilezas de carácter.

En la tarde de un domingo se enreda de bofetadas con uno que le es sumamente *pesao*.

—¿Quiere salsa, amigo?

Después de las trompadas, si el bolsillo y la policía lo quieren, convidará al enemigo de poco antes con el objeto de echar una copa por la amistad.

Sin embargo de ser apto para heroísmos y capaz de entusiasmos, no es un patriota. En tiempos de guerra,

escabulle mañosamente el bulto a los escuadrones reclutadores, declarando que sólo los tontos no *raspan la bola*... (Huir).

Y no es que no sean valientes. Ellos miran la vida cara a cara; comen el pan de la misericordia divina y sin pensar nunca en el mañana se tienden bajo un árbol cualquiera, colgando la chaqueta raída sobre las ramas en que retoza el hálito salvaje de la hojarasca greñuda.

No sueñan jamás porque nada habría tan halagüeño que mereciera la absurda dignidad de permanecer una hora en su travieso majín.

Lo desprecian todo; y sin perseguir nada, lo alcanzan... Tal los pájaros vagabundos viven en las selvas enmarañadas, donde la gracia de Dios tiene una brizna para los nidos, una migaja para los buches exhaustos y una sombra para los idilios...

Llena la boca de groserías y la imaginación de chistes, alargan esta jornada que a tantos cansa y fatiga, haciendo temblar la tierra con la planta de sus talones bravos.

EL CANDOR DE LOS POBRES

El sembrador de don Pedro Fernández se ha ido esta mañana en el ordinario.

Se ha marchado de una manera misteriosa, ocultando cuidadosamente el motivo de su viaje, los recursos con que lo hace y la dirección que sigue.

Y con razón de esto, los vecinos de las chacras cercanas hacen conjeturas extravagantes... ¿A dónde irá? ¿Con qué? ¿A qué?

Nadie lo sabe. Pero la chiquilla mayor suya lo ha revelado en casa del jardinero Lucas.

—¿Mi taitita? Ice mi mama que va onde el niño Davisito.

Los que conozcan al sembrador de don Pedro Fernández, con sus siete muchachos flacuchentos y sus setenta centavos al día, sentirán la significación de este viaje candoroso, por el cual el pobre hombre se deja un mes de trabajo en la boletería de la estación viñamarina, mientras el resto del año camina en dirección a las faltriqueras del milagroso Davisito.

La incurable angina pectoris que padece el infeliz, su irremediable miseria, su cansancio de vivir, todo eso desaparecerá instantáneamente ante el roce sutil del milagro. El sembrador de don Pedro Fernández no podría dudarlo.

¿Es que se puede desfigurar la moldeadura íntima de una raza?

El candor de los pobres es la herencia de la ingenuidad indiana. Es la misma sencillez de los infelices araucanos que imaginaron una sola persona del soldado español y de su cabalgadura y que les hacía ver el rayo en la boca de los arcabuces.

Y sin embargo de ser una mina explotada ya en cuatro siglos, el candor de los pobres continúa rindiendo en abundancia billetes que huelen a sudor y monedas conquistadas a puño.

Ahí está la incomparable tradición de fray Andresito. Ahí las señoras Gatica (Santiago, calle Domínica), que hicieron suculenta vida bajo la diestra milagrosa de un San Antonio.

Y sin recurrir a las crónicas de entonces, conversad un instante con el primer campesino que halléis al paso. No encontraréis un rasgo de recelo político, religioso o social, pese a su movible desconfianza de pájaro ladino. (De ahora y de entonces no hay noticias de que los hombres de campo hayan tenido adivinaciones astutas más que para menudencias de índole especulativa. Es preciso hojear todo un día la Historia de América para descubrir el desconfiado gesto con que el inca Atahualpa arrojó los Evangelios a las narices del padre Valverde).

¿Habéis visto el sagrado gesto de algunos aldeanos cuando oyen leer párrafos en que se anuncia campanudamente la presencia en una ceremonia oficial, de *S. E. el Presidente de la República*. . . !

Pues si escudriñáis un poco al través de su palabra, veréis el concepto que de este funcionario tienen. Para ellos, *S. E. el Presidente de la República*, es algo así como un hombre en que se resumen todas las perfecciones

humanas: talento, fuerza, virtud, carácter, valor y belleza... Algo así como un hombre caído del sol.

(¡Ah, si los pobres aldeanos pudieran conocer íntimamente a ciertos infelices que llegan a la Presidencia condenados a cinco años de mandato obligatorio, de inconsciencia obligatoria y de cobardía obligatoria! Los hay de varias clases. Hombrecitos maniatados por la voluntad de un ministro talentoso, padres de familia que sólo habían nacido para tales, de votos que asisten a la apertura del Congreso con *detentes* en el forro del frac, jurisconsultos que encargan la confección del Mensaje a la pluma del subsecretario, pusilámines que hoy retiran un decreto firmado ayer para firmar otro que se retirará mañana...)

Los pobres son así. Creen encantado raramente en todo lo desconocido.

* * *

Por aquellos días de 1891, los periódicos clandestinos que hacían la propaganda revolucionaria con artículos dramáticos y maldiciones en verso, pusieron de rabiosa actualidad la palabra *Constitución*. El vocablo iba de labio en labio, como si se hubiera intentado reunir en el modo de pronunciarla todo el respeto que guardaron por ella los estadistas de los primeros tiempos, desde Portales hasta Aníbal Pinto.

El Presidente Balmaceda había violado la Constitución. Las huestes libertadoras del general Canto defendían los derechos *constitucionales*... (¡Oh, la Constitución!).

Hubo campesinos de las provincias australes que se la imaginaron un templo donde se guardaban los estandar-

tes tomados en la guerra contra el Perú y Bolivia o las cenizas de Arturo Prat. Y los niños que allá en su inocencia hacen más bellas las cosas, figurábensela una inmensa mujer de cabellos rubios... Hermosísima!

Aún escuché esta frase: El Presidente Balmaceda se ha ido con todo el dinero que había en la Constitución.

Si los inocentes campesinos, si los niños ingenuos que tal decían hubieran adivinado lo que más tarde se ha escrito sobre ella, tendrían para pensar.

Copio a este fin un fragmento de artículo, que por curiosa casualidad cae a mis manos.

«¿Qué se hizo el respeto de nuestros antepasados por el texto de 1833? La Constitución es hoy un libraco de páginas polvorientas, de letra oxidada y lomos raídos. Sus hojas amarillentas son letras a plazo contra los dineros del pueblo. Con sus artículos inviolables envuelven cosas muy sucias los parlamentarios que hacen de comerciantes en menestras sobre los mostradores fiscales!».

Todavía más.

Hace algunos años fué elegido presidente de la Cámara joven el distinguido político don Fulano de Tal (no importa el nombre). Era un personaje de gran talento, pero de pequeña estatura. El sillón de la presidencia tenía, por el contrario, dimensiones un poco exageradas, como que se encargó a Europa cuando presidía esa Cámara otro político no menos eminente, recordado hasta ahora por sus famosos dos metros de altura. De ahí entonces que el señor de Tal casi desapareciera en el fondo de la silla al presidir los debates.

Pero el ingenio de los hombres tiene sus recursos originales. El pequeño presidente de la Cámara corregía las deficiencias de su estatura colocando tranquilamente en

su asiento (¿lo creeréis?) la Constitución Política de la República de Chile...

Vino de estos manejos sacrílegos una frase irrespetuosa de los mozos encargados del aseo... «La Constitución está en el asiento del señor presidente».

La frase era fuerte, pero simbólica.

* * *

¡Cuántas hermosas palabras para el candor de los pobres!

Los derechos del pueblo...

Las reivindicaciones populares...

La causa de los patriotas...

La salvación nacional...

El gobierno del pueblo por el pueblo...

La integridad política...

La instrucción laica y obligatoria...

La protección a la industria nacional...

Las instituciones republicanas...

Y otras igualmente halagadoras para los oídos de las masas, que por el tiempo de elecciones son como campanitas sugestionantes, echadas a vuelo en la gloriosa fiesta de las mentiras agradables.

El caudillo populachero las dice en airosa apostura de tribuno, levantando los ojos al espacio y subrayándolas con hermosos gestos de indignación.

Periódicamente se repiten. Son las mismas frases, con sus respectivas comas y sus elocuentes admirativos, como si se hubiesen conservado en primorosos paquetes desde la elección última. Solamente que ya no es el mismo tribuno. El de la campaña anterior tiene ahora un puesto público,

que se consiguiera el diputado triunfante. Ahora es un nuevo cesante de pupilas castas y melena económica.

En estas asambleas políticas de una «solemnidad inusitada», al decir de los diarios serios en el número del día siguiente, hay casi siempre un obrero debido hasta el buen humor, que se entretiene cortando las perorata con interrupciones estúpidas. Los assembleístas suelen concluir por eliminarlo a empujones.

Pues bien. Este impertinente que come sabiamente su jamón y bebe su jarro de cerveza, riéndose de oradores, de discursos y de oyentes, es el más cuerdo de los ciudadanos auditores.

Desconfía de las promesas, ríe del entusiasmo y explota beatíficamente al «candidato de las clases trabajadoras».

Según él, nada hay más allá del sandwich y la cerveza. Y está en la razón.

* * *

Pero volviendo al 91, recuerdo que en pos de los desastres producidos por la guerra, cuando el pueblo revolucionario se hizo balmacedista por nostalgia, los poetas de entonces (que a raíz de revueltas exhuman sus empolvadas lirias), confeccionaron sentidas estrofas de rebelión contra el gobierno de los constitucionales:

¡Oh temible aristocracia,
tiembla por tu porvenir,
porque tendrás que morir
al grito de democracia!

Se cantaban esos versos en plena calle, se echaban car-

teles incendiarios en los oídos mismos de los Montt, de los Besa, de los Barros Luco.

Según los pobres, los revolucionarios formaban la aristocracia. Los balmacedistas eran, por consiguiente, la democracia. (Verdad que antes del 91, el silogismo estaba por el revés... Mas, no os apuren estas cosas: tiempo habrá de darles otras vueltas...).

No sabían, eso sí, los infelices comparsas de estas zarzuelas políticas, que los caudillos del partido balmacedista eran tan enemigos suyos como los revolucionarios. No sabían los pobres que los aristócratas de ambos bandos se habían reído bonitamente del pueblo comerciando con su carne, combatiendo con su sangre, triunfando con sus vidas. No sabían que los ejércitos de ambos partidos se habían despanzurrado a bayonetazos por unos mismos explotadores...

Cuando yo era niño, se estudiaba en las escuelas del Estado un libro de lectura: *El Lector Americano*. (¿Os acordáis, amigos de aquel tiempo?)

Yo recuerdo aún muchas de esas bondadosas lecturas que tantas cosas me enseñaron sobre la vida. El profesor de mi clase (¿qué os hicisteis, incomparable señor Olmedo?) era un viejo con fama de virtuoso, sin otro defecto que el de ser adorador excesivamente fervoroso del buen vino. Condición o defecto era ése, que lo tenía casi siempre sentimental, con la boca apretada de frases tiernas y la lengua tartajosa en fuerza de enseñar filosofías honestas.

Las clases eran encantadoras, para mí sobre todo, que desde las ventanas próximas me sumía en hondas contemplaciones ante la cabecita rubia de Olimpia Olmedo, cuando en las tardes se iba a corretear por el patio ya desierto. Otros se entretenían en disparar pelotillas con rum-

bo a la calva del maestro. Pero de mirada en mirada, de pelotilla en pelotilla, solíamos escuchar las profundas reflexiones del señor Olmedo.

Juanito observaba una colmena. Las abejas iban y venían en busca de miel. Juanito pensó: Las abejas trabajan todo el día y no se dan reposo sino cuando están muy fatigadas... ¡Seré como las abejas!

* * *

Juanito no podía ver la miseria. Si un pobre le pedía limosna, se quitaba el pan de la boca para socorrerle...

* * *

Juanito da limosna a un ciego que se ha dormido bajo un árbol.

No le despertéis, dice a su hermanita. El no lo sabrá, pero Dios lo sabe...

* * *

Juanito y Julio eran niños de la misma escuela. Julio se cayó a un estanque. Juanito se arrojó al agua para salvarlo...

* * *

Los maestros son nuestros segundos padres. Los maestros se encargan de instruirnos. Los maestros... etc.

* * *

Panchito estaba siempre llorando. Si sus amigos le decían una chanza, si no le admitían en un juego, si su papá le negaba un deseo, el pobre se ponía al instante a llorar. Cuando observaron esto los compañeros de la escuela, le llamaban «el niño llorón».

No tardó Panchito en corregir su defecto, pues...

* * *

Yo creía tan buenas enseñanzas. Y allá en el fondo de nuestros corazones parecía hablarnos una voz desconocida (la voz del alma, indudablemente...), que nos aconsejaba hablar como Juanito, pensar como Juanito, obrar como Juanito.

¡Ah, qué grandísimo bellaco era el Sr. Olmedo! ¡Cómo nos enseñaba la admirable ciencia de ser Juanito! ¡Podía haber desgraciados en la vida? Bastaba esa ciencia para ser feliz...

Pero un día de tantos, el señor Olmedo pasó muy lejos los límites de su filosofía honesta y de su fervor al vino. Llegó a la clase lamentablemente...

—¿Sabéis niños? Todas estas lecturas son bellaquerías y patrañas... No creáis nada... ¡Son mentiras todas!

No trabajéis como las abejas... Sed holgazanes en cuanto podáis serlo, que tiempo os queda para trabajar sin descanso alguno. ¡No trabajéis como las abejas, que ya tendréis que hacerlo como bueyes!

Nuestro Juanito no era niño bueno. Juanito podía ver la miseria y muchas cosas más, como que su padre era

dueño de una fábrica donde se extraía la sangre a cuatrocientos obreros miserables!

Si un pobre le pedía limosna, no se enternecía mucho ni se quitaba el pan de la boca para socorrerle... ¿Lo había de hacer? Los pobres eran unos bribones, según el concepto de papá...

Los maestros no son vuestros segundos padres... Los maestros son unos infelices que ganan cincuenta pesos mensuales por enseñar a los pobres la resignación, la esclavitud y la mentira...

Juanito no pensó jamás que Dios supiera la caridad de los hombres, porque a la Divina Providencia no se le engaña con bazares de beneficencia ni crónicas sociales.

Julito se cayó al agua, es cierto. ¿Y ello qué? Son muchos los Julitos que se van al agua en esta vida...

Pero Juanito no se echó en pos de él para salvarle, sino para sacar un hermoso juguete con que Julito se ahogaba...

Se enfurecía el señor Olmedo. Su voz se iba haciendo terrible, arrebatada por vientos de indignación y soplos invisibles de cólera, que erizaban sus escasos cabellos de dómine exangüe.

— *¿Quién cuidará de nosotros mientras estamos dormidos? Nadie, niños...*

Acaso fuera más útil que estos infames libros preguntaran por el que nos cuidará cuando despiertos ya que es entonces cuando los infelices están expuestos a todos los peligros, ya que entonces es cuando los amos le agredirán en forma violenta (puntapié o desprecio) o en la hipócrita (explotación).

Asegurar la libertad de la patria es asegurar nuestra propia prosperidad. ¿Así? Yo os quiero contar que antes de la famosa guerra de la Independencia no había en esta

patria políticos explotadores, mandatarios abusivos, impuestos esquilmantes ni reclutación obligatoria. Ni los hijos del pueblo sufrían las cóntuples tiranías del vicio criollo, de las esposas fecundas, de los salarios insuficientes, de los amos especuladores, de los capataces rastreros, de las guerras fratricidas y de una aristocracia que hace pesar montañas de indiferencia sobre la vida de los pobres.

Prestemos a la patria los servicios que reclame de nosotros. ¡Ah, sí! Para tener la famosa recompensa de los infelices que fueron al Perú el año 79...

El infeliz señor Olmedo removía con cierta irritación desconocida en sus maneras de normalista enclenque, todo el fondo sucio de su espíritu escéptico.

Panchito estaba siempre llorando. ¿Cómo había de ser? El infeliz era hijo de alcohólico; sufría enfermedades hereditarias: desequilibrios físicos y debilidades de carácter que una generación entera había depositado en él, último residuo de befas lejanas y esclavitudes incurables.

Panchito no era solamente un «niño llorón». Era un «niño desgraciado» como muchos que hay en esta tierra...

No todos le comprendimos en aquella terrible hora de verdad angustiada. Pero al través de los años he solido meditar sus revelaciones malsanas. ¡Cuánta sabiduría nos enseñó en esa hora!

* * *

Los pobres son candorosos a la manera de los niños. Solamente que el maestro de ellos (político, cura o patrón), no ha llegado jamás al momento fatal del señor Olmedo.

La escasísima ilustración de oídas que adquieren, alcanza sin embargo, para formarles un concepto halagador

respecto a las personalidades gloriosas de nuestros ascendientes políticos.

O'Higgins, Carrera, San Martín... ¡Esos sí que eran hombres íntegros! Patriotas hasta el fanatismo, abnegados hasta la exageración, desinteresados hasta el ridículo, buenos hasta la santidad, entusiastas hasta el delirio...

Pero los pobres que así piensan, seguramente que no conocen la Historia General de don Diego Barros Arana. El valiente anciano suele hacer algunas revelaciones encantadoras... ¿Carrera? Un joven que vivía en España entre el cuartel de granaderos y las casas de vida alegre. En la cubierta del buque que lo trajera a Chile, declaraba sencillamente su ambición de hacerse un Napoleón sudamericano. Fué enemigo de O'Higgins desde el primer momento y juntos sacrificaron la vida de dos mil chilenos en el desastre de Rancagua. ¿Sabéis la razón? Carrera envidiaba las nacientes glorias de O'Higgins y no quiso por esto mismo conseguir para la patria ese triunfo cuya gloria habría caído sobre un nombre que no era el suyo. Hasta el último instante de aquella guerra se temían y se envidiaban.

El gran Bolívar ¿cómo nos lo pinta la historia? Un ambicioso de glorias, que estuvo a riesgo de malograr la Independencia del Perú.

* * *

La conmovedora facilidad de creer, que es característica de los pobres, tiene manifestaciones tristes.

De entre esa buena gente del pueblo conocí una lavandera infeliz, pobre mujer que sudaba desde el alba al crepúsculo para pagar el colegio de una hermosa hija suya

que había educado a costa de sacrificios indecibles en el Colegio de los Sagrados Corazones.

—Si pues... En el Colegio donde están las señoritas Sarratea, las señoritas Undurraga...

De esto nacían para la pobre unas esperanzas que hacían llorar: algo favorable, algún acontecimiento imprevisto, algún alegre golpe de fortuna que vendría al empezar la niña sus primeros años de juventud. Esto es lo que se entreveía vagamente a través de sus palabras y lo que ella entredivisaba en la bruma de sus ensueños candorosos.

Educar a la chica para esposa del desconocido millonario que la llevaría al altar y al fausto, así como lo hacen los príncipes de los cuentos antiguos con las pastoras humildes. ¿Por qué no? Si era hermosa, si era buena, Dios lo consentiría... Sabía bordar, sabía piano, idiomas, bailes, etc.

Nadie logró desengañarla. Creía en la justicia de los hombres y el milagro debía venir...

Murió la desdichada con su esperanza. La chiquilla se negó terminantemente a consolar sus últimos instantes pretextando que las señoritas Argandoña podían verla en viviendas tan pobres.

Pero al vencimiento del trimestre próximo, las religiosas de los Sagrados Corazones le propusieron un puesto de institutriz en casa del respetable caballero don Francisco X. (No era poco, ciertamente...)

Ahí fué donde empezó y concluyó sus escandalosas relaciones con el muchacho Julio, primogénito de la familia.

¡Más vale que te hayas ido, lavandera infeliz, víctima inocente de tu inocente candor!

Y como la humilde lavandera, muchas almas hay que aún arrastran conceptos halagadores de las cosas humanas.

Parecería que la suerte os hace objeto de una sangrienta burla, dandoos para befa de irremediables desgracias ese aditamento triste que se llama candor...

Oídme. Desde el primero al último, todos os engañan.

El Presidente que os firma mensajes, el diputado que os arranca el voto, el patrón que os explota, la ley que os estruja, el cura que os aconseja.

No hay más que una vida de eterno desamparo, donde para alcanzar la migaja de placer que os corresponda como hombres, es fuerza que la arrebateis a bayonetazos, colocando brutalmente en la balanza donde se os roba el pan, toda la brutalidad musculosa de vuestros puños.

Tipos y Costumbres Nacionales

EL «TAITA» DE LA OFICINA

Llegó a la Pampa hace muchos años, creo que cuando *guerreaba* don Peiro León Gallo con el presidente Montt.

¡Tanto tiempo...! El estaba *guaina* entonces y tenía unos brazos como naide, una cartera bien colmáa pa los amigos y unos puños agarrotados, que eran lo mesmo q'icir: «el que me la hace, la paga».

Le llamaban «El Guapo» por mal nombre; más tarde le decían el «¡Ves que niño!». Después el «Mala cara» y hoy «El taita de la oficina». El verdadero nombre suyo no lo recuerda, ni hace falta...

«Las había echado» al norte por unos cuantos meses no más: quería juntar unos *cobrecitos*, comprar un peazo e tierra «pa tener en que caerse muerto» y llevar donde el cura de Nancagua a la morena colorá que *palabrió* en la trilla de don Bacho Reyes...

—Por unos cuantos meses no más.

Anduvo corto en el cálculo, porque hace ya cuarenta años que no ve a la morena colorá ni al rancho de Nancagua donde vió trascurrir plácidamente los olvidados días de su infancia.

Las greñas de sus bigotes hirsutos parecen agriar su

formidable mirada de barretero bravío, cuando con los ojos amoratados se pone a recordar su perdida felicidad.

—¡Guen dar que hei sío desgraciao!

Cien veces ha tenío el dinero para volver al sur. Una vez fué el *tacuaco* Juan Mella que lo llevó a los «salones de niñas» en Taltal: remolieron una semana con harpa y guitarra, «se cayeron» los 1,500 pesos de ahorro al cajón del burdel y se acabó too...

—La copa, patroncito: esa es mi perdición de siempre... Mire; una vez bajé en la expedición a Caracoles con don Pedro Díaz Gana, trayendo no menos que 3,000 pesos en metales míos. Cuando me *entriegaron* los billetes en que lo vendí, agarré una *rasca* que me duró pa un mes justo. Me *templé* con la famosa «Huifa», apuñalié a un pirquinero y me arranqué pa Bolivia. Ahí estaba cuando empezaron las primeras *diferencias* sobre la cuestión del salitre.

Y así habían pasado cuarenta años para «el taita de la oficina». De Calama a Uyuni, de Uyuni a Chuquicamata, de Chuquicamata a Sierra Gorda, de Sierra Gorda a Caracoles, de Caracoles a Antofagasta, de Antofagasta a Taltal y de Taltal a Lautaro. Ahí estaba ahora como último trabajador de la oficina.

—Eso sí por la maire, que me quea el consuelo de haber sío el *numeruno*, entre los entallaos de Taltal...

Encantador a veces, solía hablar con cariño de esas salitreras que ya le conocían. Para él no había como eso de «tirar costrar» y «morder polvo» a pampa rasa, «encalillao» con una barreta de dos metros, o con la cuña en un trozo, «metía hasta el contre».

Su chiste era feroz como una cuchillada, no faltándole jamás el donaire para sostener que en la vida no hay más que comer, dormir y «colgar».

El hambre era para él «una tonada en las taipas», la mujer, una «chancadora de chauchas», el amor una «rasca sin vino», la cerveza el «*Dominus Obisco*», el matrimonio un «sermón de las tres horas», el trago «un compañero» y la vida «una payasú»...

Conocía al dedillo todas las labores salitreras. Peregrino de un viaje sin posible término había disparado un cachorro (1) en Santa Luisa, se había hecho *ripiar* (2) en Ballena y había *tomao* junto con el patrón Daniel Oliva, cuando en la oficina Atacama les *toreaba* los cobres de pago con damajuanas de chicha...

Le toleraban los patronos porque en cierto modo era el depositario de las tradiciones pampinas.

—¡Déjenlo a ese diablo!

«Ese diablo» era de los expedicionarios caracolinis, como que junto con Méndez y Porra, recordaba haber dormido a plena pampa del litoral, echado muellemente sobre las espaldas y «abrigándose con la barriga».

«Ese diablo» era capaz de «volver loca una calichera», hasta extraerle de las salinosas entrañas «un mes de *tomateras* abajo», es decir, en las casas alegres del puerto más próximo a la oficina...

No recuerda haber tenido más amigos de duradera compañía que el reflexivo *Pituco*, un pobrecillo choco de ojos tristes, concentrado en su amor al taita de la oficina, inseparable compañero de todas las penurias que él había pasado de desierto en desierto.

Todo se había quedao atrás. Peiro Carvajal, aquel

(1) Cachorro se llama el pequeño disparo de pólvora con que se afloja el caliche.

(2) Trabajador que se ocupa en sacar la tierra suelta que sobra en los cachuchos hirvientes, después de liquidado el salitre.

toro de puños famosos, murió quemado en los cachuchos de la oficina Germania; Juan Garcés, en la cárcel: aquel pampino llegado del sur, marinero el 79, salteador años después... Pancho Molina, el «Cuchillo taimado», también ya estaba muerto: lo asesinaron los indios de Pachacamata, por enamorado...

Recuerda él los tiempos en que bajaba de la pampa con los amigos.

—¿Onde vay, hombre?

—Pa Taltal, pues.

Lo decía ruidosamente, con aquella facha del que lleva trescientos o más pesos «pa darse gusto...»

No era lo mismo cuando volvía al trabajo, «en la mala» ya: sin amigos ni dinero.

—¿De onde venís, ahora?

—De Taltal, hermanito...

La voz era triste, con aquella melancolía feroz del que ha perdido el esfuerzo de una vida, el producto de su brazo incansable, ofrecido en el más tremendo desafío a las vicisitudes del vivir.

Nunca ya sus ojos nostálgicos volverán a ver el rancho de «l'hacienda» o el arrabal de la aldea nativa. Sus hermanos habrán muerto ha muchos años; los hijos de ellos, apenas si tendrán noticias de que hay un tío muy viejo, del cual sólo saben el carácter aventurero que lo condujo «al norte» para no volver más.

El día que se aburriera, no había más que sentarse en la boca del tiro, y encender la mecha. El dinamitazo lo elevaría seguramente a la gloria de Dios Hijo y tóo lo demás.

¡El taita de la oficina! Es decir el más viejo de los trabajadores, el más corrido, el más espoliado, el más vicioso,

el más pobre. El que reunía en sí aquellos atributos lamentables del pampino andariego, sin olvidar siquiera los más odiosos o los más conmovedores. El que ya había dado tras *rebanás* en el abdomen del amigo no amigo, el que había amamantado a esos niños de la aventura, con «la leche del mineral» o con la sangre suya; el que había dejado una pierna en los cachuchos, un brazo en las maquinarias, una cuchillada en el campamento, una deuda en la administración, un hijo en la querida, un recuerdo en la fonda (1), El que sabía hacer una buena *cangalla* (2), el que sabía soportar el hambre, el que desafiaba la *puna*, el que se reía de la suerte.

—¡El mañana! No *frieguen* hombres... «Mañana será otro día» y no es pa que un hombre «de pelo en pecho» se eche a morir.

—El sur, patroncito; las trillas de Yaquil... Tóo lo tengo muy presente. Me parece tar en el fundo, cuando nos íbamos con el vaquero a ver las *apartas*. Ibamos por el camino de la Placilla, a la sombra de unas alamedas grandes, q'iban a rematar en la misma caja del Tinguiririca. Ahí en la orilla, era onde vivía la Carmen Rosa, l'hija de don Bacho... Ahora ya se acabó tóo...

Y se perdía hablando solo, en dirección al campamento de la oficina. En la media luz de la plazoleta, se balanceaban lentamente sus grandes brazos, que eran como el despojo postrero de una talladura soberbia, ahora abatida por el cansancio de la espaldas.

(1) En el norte se llama fonda a la cocinería principal del campamento.

(2) Cangalla es el metal que los mineros sacan a escondidas.

IMPRESIONES DE VIÑA DEL MAR

I

EL ESTERO DE MARGA MARGA

En los buenos días de otoño y en algunos de invierno, no es más que un hilo de plata. Una hebra cristalina que se encoge y alarga en la voluptuosidad de opulenta curva a lo largo de las crespas sinuosidades del lecho.

En septiembre ya es distinto. Los deshielos hacen fecunda la preñez de las barrancas cordilleranas y entonces el agua se viene cantando serenamente su robusta canción de vida, hasta prorrumpir en estrepitosa desembocadura.

Por cierto que encanta este chorro de bondadosa frescura. Como que saben los campesinos de la ribera la frescachona bondad de esa agua amable que trae tanto riego para la buena tierra. La margen se llena de tonos verdes. Y entonces los árboles echan lujo de brotes y opulencia de hojas verdiclaras, como es de moda entre los árboles jóvenes por el tiempo de la primavera. ¡Qué es bello entonces!

Los campos se ponen bastante mozos. Y hasta poetas. Con esa sana poesía que hay en la apacibilidad de las costumbres campestres y esa sinceridad en el decir que tienen las cosas de pleno aire.

Más al origen, (hablo desde el puente que va a la cancha) esto se pone más triste. Derrames tristonos de tonalidades benignas, tristezas incomprensibles en las curvas del agua, caprichosos recortes de sombras, misterios de follajes no lejanos, suavidades de líneas. Además, susurros, briznas, ruidos imperceptibles.

Y por el noroeste la melancolía de un cerro gris.

Toda mirada que viaja al cerro trae la visión de sus cosas salvajes. Pájaros vagabundos, troncos solitarios, líneas quebradas, desgarraduras de la piedra. Y caminos caracoleadores por donde corre la mancha blanca de un ternero que berrea. . . Abajo, muy abajo, la madre levanta los cuernos mirándolo. . . Este adquiere un airecillo bueno porque está en medio de sombreaduras delicadas. Las de una alameda, las de los arbustos enfermos, las de una cicatriz en la piedra, las de los ranchos abandonados y perros vagos que parecen buscarse en el silencio de la altura.

También suele venir una máquina en la visión de la pupila: alguna máquina herrumbada que tapa la boca de un hoyo inmenso.

Por ahí anduvo la piqueta de algunos gringos ambiciosos. Por ahí anduvo el trabajo del minero del bracete con el ensueño. Abajo, muy abajo, después de mucho tiempo, estos viejos hermanos que se encontraron de mano a boca con el fracaso. . .

* * *

—Buenos días, Juana!

—Buenos días, señor!

Es la casa del jardinero Lucas. Se oye la voz de Teodora, la hija mayor de Juana y la más bonita de la orilla.

Canta melancólicamente un airecillo de letra sentimental y su voz se extiende con esa particular sencillez que recoge la voz en los campos:

¡Qué grande que viene el río!

¡Qué grande que se va al mar!

—¿Y Pedro, Juana? ¿En la fábrica?

—Por ahí anda... Se ha puesto tan malo desde que ha *agarrao* la *junta* con el hijo de ño Nicasio. Antes no faltaba el día lunes, y el sábado me treida toda la plata. Ahora, no hay quien lo sujete en la casa.

La voz de Teodora sigue cantando melancólicamente.

¡Río, río!

¡Devuélveme el amor mío
que me canso de esperar!

¡La pobre Juana! Así, en una chapurreadura de frases cortadas me cuenta lo que sufre con su hijo Pedro.

—Desde que ha *agarrao* la *junta* con el hijo de ño Nicasio...

Este hijo de ño Nicasio de que habla la hija del jardinero, es un muchachón que se trae revueltas a todas las chicas de las chacras. El tipo del peón alegre, inocentemente corrompido.

Hace tiempo hablaron mucho de sus amores con *la Pintá*, una muchacha que baila todos los domingos en las fondas de la Población Vergara. Recuerdo haberla visto una tarde.

Era una muchacha buena, si se quiere, que no tenía otro

pecado que el de arreglar sus cabellos y trajes con cierta gracia canallesca. Una santurróna endemoniada.

Espeso cortinaje de pelo negro sobre la frente. La mirada con un no sé qué ensoñativo. Llevaba un traje rosa con cintas de un verde chillón y en sus labios de expresión indiferente, cierta violencia de tonos, sugestiva a pesar de infame. Así y todo, no era ella en absoluto la que se cogía a los chicos. Más que nada la locura del baile, la cosa arrebatadora, el tono fuerte.

Nunca he visto mejor que entonces la alegría popular. Salvaje, espontánea, brutal, esparcía amarga fuerza de sentir en torno.

Adornos charros, banderas nacionales, bailarinas de papel ordinario, que reían estrepitosamente echando la pierna al aire. Entre dos faroles chinoscos una oleografía de comedor pobre, en que un pícaro franciscano guiñaba un ojo mientras sorbía rapé. Más lejos, los mesones llenos de un licor amarillo, sobre cuyo olor azucarado revoloteaban cientos de moscas.

En medio de todo, *la Pintá*.

Bailaba, y el movimiento de caderas que hermanaba con el compás de la cueca tenía una voluptuosidad que era la más bestial rememoración de los placeres clandestinos. Los hombres de chaquetas cortas y anchos sombreros, movían cadenciosamente las piernas, entre la gloria de los pantalones bombachos, que son el grado insuperable de la elegancia popular: En la actitud tenían mucho de humildad simulada, como para ocultar la riqueza de canalladas fuertes que sacarían al aire en caso necesario. Otros con sus ramos de flores lacias colgando del ojal, bailaban con gestos de suprema embriaguez, mirando una cinta

verde que interrumpía la curva incitante sobre el desnudo cuello de *la Pintá*.

Violentaba el arrebató de la cueca, el tamborileo endemoniado que saltaba de una mesa con cubierta de latón, y el sonido decrépito de un harpa enferma, que a fuerza de oír frases de borrachos hacía una expresión semejante.

Lloraré, lloraré...
dime por qué... ¡ay, sí!

—La copa, señor. La copa me lo ha echado a perder!

* * *

A lo largo del estero, junto a las grandes piedras que se utilizan en los trabajos de la defensa, revolotean ociosas bandas de pájaros. Manchas parduzcas brincan al aire ¡Chiu! ¡Chiu!

Por la inmensidad las nubes vagabundeando. Abajo el tono desabrido de las piedras y el tajamar que se prolonga hastiadoramente largo. Por entre los escondrijos de los gigantescos bloques de granito varios ociosos que juegan al monte.

El día lunes (un día de mucho tedio para los trabajadores viciosos), pueblan el hastío de los cortes abandonados, las siluetas oscuras de unos cuantos abusillos. Son los que han gastado el jornal de la semana sobre el mostrador de la fonda dominical. Suelen ser religiosas esas grotescas amalgamas de ojos descompuestos, hastíos de borrachera, ascos por el trabajo, horror por la fatiga, repugnancias de vivir. Esta noche habrá en el hogar muchas lágrimas.

Tendidos en posturas que nunca resultan suficiente-

mente cómodas, conversan banalidades tediosas: murmuraciones interminables, ensueños voluptuosos, comentarios cansados... Y es que ahí sienten el fastidio de una pobreza que el vicio ha hecho incurable.

Laxitud, aburrimiento, pensamientos oscuros. Si a la tarde pasa un hombre de buen traje o una muchacha que vuelve de compras, seguramente habrá alguna violencia...

—La copa, señor, la copa me ha perdido al chiquillo... Además, la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

También esta hebra cristalina de agua, suele tener sus dramotes. Y tan terribles!

Buenos miles de pesos han tirado los decretos oficiales sobre la defensa del estero, buenos miles que el agua absorbe rabiosa, cuando el mal humorado caudal de arriba se viene a golpe y escape.

¡Buena que se está la poesía entonces!

Los bueyes ramoneadores dejan el paisaje muy libre de manchas monótonas y tonos apacibles. Porque se retiran bien lejos, al lado del rancho donde vive el carretero que los unce al yugo y les agujerea las carnes. Entonces llega a contemplar las nerviosidades del estero esa endemoniada neblina que es tan triste.

—Además, la inundación del año pasado nos dejó en la calle...

—¡Cómo! ¿También este diablín hace tunantadas?

—Y bien grandes, señor! El año pasado sin ir más lejos. A Francisco, ¿recuerda, señor? Aquel hombre que andaba todos los días en la *acarreadura*, por el camino del Médano... Pues vaya a ver! El rancho, las carretas, los bueyes y el hijo mayor, cortaron aguas abajo... Fuera de un curita que se ahogó en la boca.

Ciertamente. Los diarios de Santiago hablaron de esto hace tiempo (me refiero al cura: los diarios santiaguinos no hablarían probablemente de la carreta y el hijo de Francisco). La buena mujer no sabe que el curita era un mozo tan bueno para decir un latinazo como una galante-ría. Mirada celestial y frase lánguida; ambas como oraciones. Como este simpático clérigo poco tan amados. Cualquiera pudo dudar que esos frescos veinte años tenían diez de Seminario.

Las aguas le dieron un abrazo estrecho, cordialísimo si no fuera pecado. Y mar adentro jugaron con él lamentablemente. . .

Imposible creer estas picardías de esta agua romántica, que enseñoorea su apacibilidad sobre este agrupamiento delicioso de árboles jóvenes, ranchos agrestes. Imposible, cuando se mira alrededor de las viviendas campesinas, la detalladura sugestionante de los troncos resinosos, cerca de los que hay patos en desperezamiento de alas, gallinas ociosas picoteando la tierra, ropas blancas soleadas a sol de oro, perros huraños que buscan una postura cómoda, bestias de carga inmóviles, tiestos desordenados, cantinelas de hogar, alharacas de niños y aves.

* * *

Un silbato.

—Cuidado, señor! ¡Quítese!

Por la curva del terraplén se arrastra un traqueteo sordo. Es *Laura*.

No es ella una muchacha, por cierto, aunque es vivaracha como una moza. Toda pizpireta, pues que es joven,

pasa el santo día correteando por la orilla del estero. Tracatric... Traquitrac...

Trae desde el muelle de la Población Vergara muchos carromatos cargados de azúcar peruana. En el patio de la Refinería le extraen la dulce carga; luego regresa muy descansada; pasa el Puente Negro (así lo llaman los chacareros de la orilla, por el color que deja en sus durmientes el carboncillo del humo): y ya en el lado opuesto se dispara a todo correr por el campo...

¡Y con qué gracia! El trabajador de la defensa la mira largamente. Posiblemente en esas miradas hay un poco de sorpresa y otro poco de dolor, ante estos latrocinios del ingenio humano, que paulatinamente roba el trabajo al brazo del hombre para entregarlo a la mecánica. Y digo probablemente, porque el estúpido éxtasis con que el peón analfabeto mira estas cosas, es de una nebulosidad atontadora.

¡Ah! Me olvidaba de que *Laura* es bonita. El gringo que la maneja debe comprenderlo así cuando se empeña en mantener irreprochable la gentileza de su pequeña máquina. La calderilla de una perfecta redondez; voluptuosa si se quiere. La trompa desplegada en forma de abanico, la chimenea erguida con la gracia de un cuello femenino. Cuando la velocidad aumenta, derrama en la trocha un reguero de chispas rubias, mientras que arriba el humo negro ondula como una cabellera oscura. Fuera de la campana, que en los días de harto sol, semeja un fragmento de oro, queda por recordar un farol de cristales ahumados donde se guarecen como en una plancha fotográfica las siluetas maravillosas que concurren a la perpetua fiesta del campo.

La curva que hace la línea al acentuar la dirección ha-

cia el muelle, es inefablemente suave. *Laura* entra en ella con lentitud, como saboreando las dulzuras de esta línea que la naturaleza ha colocado sobre sus cosas más bellas: los senos de las mujeres, etc.

* * *

Pleno sol, pleno campo, pleno viento, como dijo un poeta. Al crepúsculo, la orilla del estero es un trozo de vida hartamente sugestionador.

Los árboles inmóviles. Junto al puente principal, la silueta de un foco eléctrico. Y sobre el globo de cristal sólido, la inalterable firma de fábrica que es el reclamo con que la civilización pregona la propiedad de aquella fechoría del ingenio: *Laterne, -Haller-Berlin S.* Y por el otro lado; *Lucas Licht.*

En pleno campo, un camino. Por ahí anda la mancha agreste de la poesía rural; recuas de borricos que traen muchas cargas de leña. Los campesinos pobres la cortan en los cerros vecinos y bajan al pueblo para obtener en cambio el generoso pan del día. Acude a la evocación el trabajo de aquellos pobres; un día de sol ardiente perdidos en la soledad de los montes, canturreando algún aire triste mientras los borricos siguen sus huellas con las cabezas inclinadas al suelo. . .

Ya de vuelta, los borricos ensayan un trotecito alegre por el camino gris.

El leñador canta todavía, aunque un aire menos sentimental y más picante, que ha cambiado por el otro, viejo y triste.

Orilleando el estero en dirección al Salto, los alambres del telégrafo. Por entre los altos postes las mismas ban-

das de pájaros ociosos, las mismas manchas parduzcas
¡Chiu! ¡Chiu!

Pleno sol, pleno campo, pleno viento... Allá en el fondo del paisaje, en la ventana de un chalet moderno divísanse a medias los contornos de una vieja de anteojos que se entretiene haciendo calceta...

¡Pleno aire! Creo que así se llamaba un cuadro del pobre Lantier. (*La Obra Emilio Zola*), ridiculizado estrepitosamente en el Salón de París. No lo hubiera sido al coger por tema esto que pueden ver cuantos se den una hora de vagancia por la orilla del estero.

Al medio día (aire puro, sol de oro), se juntan unos cuantos muchachos pobres en el cauce.

Calzones arriba, piernas desnudas, ánimo alegre, los muchachuelos se hunden hasta las rodillas en el agua. Ella les moja y esa frescura se mete en la salud, en el ánimo. ¡Qué gritan los chicos cuando se bañan a sol y agua en la inconmesurable libertad del aire libre! Las manos huragan el cauce; salen riscos agrietados y piedrecillas deformes que los chicos echan al aire y que después caen en un golpe cristalino, levantando sobre la clara superficie miles de chispas blancas. Los gritos, las chuscadas, las risas, se confunden al gorgoriteo chapurreado del agua, hasta no haber distingos posibles entre las voces inconscientes de un chiquillo y el chapaleo de la onda. Muévense los brazos, los ojos, los labios. Insinúanse gestos, ademanes, palabras. De pronto hay risa general... ¡Algún chiste? Nada! El agua, el agua, el agua...

Aire libre! Hasta las gallinas que amenizan los ranchos de la orilla vienen a la bulla... ¡Al estero! Chiquillos pobres, perros flacuchentos, aves alegres, gallinas ociosas... ¡Al estero! Para unos agua y sol, para otros desperdicios;

para estos briznas, para aquellos ruidos; y para todos aire, sol y agua. ¡Al estero! El agua suele cantar, suele reir, suele llorar, para vosotros enamorados, alegrotos o sentimentales! El agua baja de arriba diciendo delicias sin asunto, pero delicias al fin. . . En el fondo hay muchos rayos de sol que se bañan. Y las nubes desfilan formando una procesión subterránea, cristalínamente encantadora, encantadoramente cristalina.

* * *

Entre la puntilla de Miraflores y el Salto, junto a una decrepita palma de dos ganchos, hay unas excavaciones que alguien hubiera podido suponer un proyecto de palacio subterráneo o un túnel al centro de la tierra. . . Pues nada. No son palacios encantados ni túneles inverosímiles. Son unos cuantos hoyos abiertos por la piqueta de otros cuantos hambrientos.

Algún mal intencionado, alguna vieja de imaginación histérica, hizo correr la noticia perversa de que allí se ocultaban seis cargas de plata, dejadas por un español inmensamente rico que las huestes de San Martín empujaron hacia España. Segurísimo el tesoro!

¡Y qué cosas tan tristes se vieron! Ambiciosos desesperados que pagaban peones para cavar día y noche; pobres diablos que gastaban los sudados ahorros de cinco años; padres de familias que hacían proyectos conmovedores; comprar una casa en Miramar, junto a los baños ¿no? Dotar la hija. . . ¡No más trabajo, ya! Y hablaban todos nerviosos, las manos temblonas, los ojos agrandados. . . ¡Y qué se irritaban si se les contradecía!
¡Cómo! si hay datos seguros!

¡Segurísimos ya! Como que un mes después había un grupo de caras mohinas, un semicírculo de ojos lastimeros, alrededor de las excavaciones inmensas.

Las miradas de odio caían en las tenebrosas fauces de los hoyos solemnes. La sombra de abajo recibía inmutablemente las imprecaciones de arriba. También se había tragado inmutablemente la casita en Miramar (¿junto a la plaza, eh?) la dote de la pobre hija, los ocios de rentista, los futuros coches de paseo, los vengativos desprecios para el enemigo, los proyectos conmovedores, los sudados ahorros de cinco años, los ensueños de súbito crecimiento, las fantasmagóricas construcciones de piro-técnica imaginativa. Aquellas esperanzas que atravesaban toda la vida futura al estruendo glorioso de los éxitos mundanos, entre el campanileo inconcebible de los millo-nes precipitados al mutismo de la indiferencia humana.

Y de todo aquel mundo de oro creado por el maravilloso ¡hágase! del ensueño no quedaban más que las bocas negras de las excavaciones y las carcajadas crueles de toda esa muchedumbre que desfiló por aquellos días a lo largo de las obras fatales.

¡Dios mío! Los árboles inmóviles, las aguas mal humo-radas del estero en crece, las rocas salvajes de los cerros vecinos, debieron sentir estremecimiento de compasión cuando por la orilla del cauce volvieron los fracasados.

Iban con las cabezas inclinadas, mirando el agua... Mirando esa agua que andaba, corría, pasaba sin detenerse ante los paisajes tranquilos y las miserias de la orilla. Mirando esa corriente que se lleva aguas abajo el oro de sus lavaderos lejanos, los ranchos del campesino, los hijos del pobre, confundidos con los sueños idos de todos los

ambiciosos que llevaron sus empresas descabelladas a las entrañas de la tierra.

Las ociosas bandas de pájaros debieron parar su vuelo para verlos pasar.

—¡Chiu! ¡Chiu!

Y hasta la gentil Laura debió forzar sus calderas para escapar de aquellos suspiros que bajaban con el estero, de aquellas dolorosas miradas que se iban en el agua, de aquellas maldiciones que el eco solemne de los campos tranquilos repetía de cortijo en cortijo.

Sí, que debió correr la gentil Laura a lo largo de la vía, mientras el gringo enhollinado que es el señor de sus gracias mecánicas, se afirmaba de codo en la ventanilla para contemplar ante el desmayamiento del crepúsculo la inmensa paz que parecía subir de la tierra hasta las misteriosas lejanías de la inmensidad.

II

LA CALLE DE VIANA

La hermosa María (que es tan testaruda como hermosa), ha discutido largamente en esta mañana de primavera, la amenidad de las callejas viñamarinas. Ella está por la de Viana.

—¿Pues, qué? (díceme con toda la audacia de sus quince años) ¿No están ahí los edificios más cucos...? ¿No viven en ésa las familias más respetables? Las Argandoña, las Varas, las...

Y sigue la graciosa, enumeración.

Yo la perdono, como buen admirador que he sido siempre de las cosas distinguidas y de los argumentos femeninos. Además ¿se ha dado alguna vez el caso de una mujer hermosa que no esté en la razón?

Las mocitas como ella discuten de una manera indiscutible...

Cedámosle, pues, la razón, ya que ésta parece haber sido inventada para sacrificarse a la fuerza, ya resida ella en la autoridad de un funcionario público o ya en la gracia nunca vencida de una mujer airosa.

...A lo largo de la vía ferroviaria que se prolonga cansadamente en dirección a los paisajes del Salto, la calle de Viana se recuesta como en una hamaca invisible bajo el profundo celeste del cielo viñamarino.

¡Tan triste!

Allá el cerro de las Colinas, casi pintarrajeado por construcciones de estilo moderno, por inmensos palacios que parecen erguirse con gravedad en el tranquilo sopor de la vida burguesa.

Acá la parroquia sencilla, cuya torre bondadosamente aldeana asoma su inocente blancura entre los pimientos copudos que bordan la línea. Aquí, las aspas de los molinos chillones, las aspas siempre movidas por el viento, (y también siempre manchadas por el infame aviso comercial: *Cucurull Hnos...*)

Pesa sobre esta calle un silencio de montaña, que sólo turba el grito de un vendedor o los hastiados rezongos de las locomotoras viejas. Árboles aquí, pájaros allá. Gorjeos tristes, canturreos sencillos por sobre los ramajes donde los parleros poetas del campo vienen a cantar el dolor de esta Naturaleza que se siente falsificada por cons-

trucciones de arquitectura fiduciaria y estilos bursátiles. Melancolías que llegan de no se sabe dónde, a perfumar, con un tono agreste de apacibilidad campesina las viviendas en que engordan los comerciantes de Valparaíso. Rumores de procedencia desconocida, hálitos de magnolias, alientos de clavel...

Las familias de estos comerciantes presentan a la mirada del pasajero escenas exquisitas. Niños de rostros coloradotes que juegan, ayas de tocados europeos que se entretienen haciendo de madres, mozas que arrancan rosas para enviarlas al hombre amado.

Las rejas que separan estos jardines de la calle, están casi siempre apretadas de enredaderas. Campanillas, madresevas... Pero hay algunos claros por donde el pasajero curiosear la intimidad de esos ricos. A medias sí, porque las casas están generalmente a treinta o más metros de las veredas públicas.

Este divorcio entre las ventanas que eligen las señoras madres para leer novelas inglesas y el movimiento de esta calle sirve admirablemente para que se refugien en ella todos los infelices que por su exterioridad tienen algo que temer de las miradas ajenas.

Hombres sin ocupación, perros vagabundos, mercachifles arruinados, muchachos haraposos, empleadillos hambrientos, señoritas humildes, etc., todos se guarecen en el amistoso silencio de esta calle hospitalaria.

La calle de Valparaíso, con su tráfico de mujeres aristócratas, (por dinero o por sangre), es terrible.

No siempre son buenos los ojos de largas pestañas que descubren en el traje de la señorita cursi detalles ridículos, infracciones a la moda, bullones mal adornados.

El cuello sucio de un caballero pobre es cuidadosamente

lavado por la crítica. El vestón raído del joven cesante es remendado por el ojo alegre de la señorita pudiente.

Nada se escapa a esa inspección minuciosa que se pasea desde el sombrero al calzado.

De ahí que esta calle de Viana sea la protectora de los caídos.

La señorita de nariz chata no irá a la misa de diez si no lo hace al amparo de la silenciosa vía. Es la única donde esas pobres mujeres que nacen mal parecidas no pagan contribución de tráfico al buen humor de los críticos ambulantes. Es la única en que pasean su melancolía los cesantes de calzado silencioso, el estudiante de familia pobre, la señorita de medio pelo.

En las calles centrales se critica mucho, cuando no se desprecia todo.

Los que no habéis vivido la vida de los pueblos chicos, no sabéis la bondad de estos refugios callejeros. ¡Ah! Si conociérais a Viña del Mar, con sus gringos aristócratas, sus caballos de fina sangre, sus árboles corregidos, su verdura de buen tono que vegeta en los jardines en forma de lira, de rombo o de triángulo.

La calle de Viana es buena. La aristocracia ésa está muy adentro, con sus caballos, sus orgullos y sus millones, y se diría que un sentimiento cristiano esconde la suprema dicha de esos poderosos a los ojos de los infelices.

Es buena porque el aislamiento de sus grandes casas aleja el bullicio particular del tráfico casero en dirección a los últimos patios, lo que permite cierta libertad compasiva a los pobres diablos que se defienden en ella de miradas indiscretas y críticas hostiles.

Las viviendas ennoblecidas por el silencio exterior, evo-

can el recuerdo de ciudades muertas, de pueblos abandonados muchos años há...

Nadie parece vivir en ellas. De ahí que los traficantes haraposos miren a esta bondadosa calle con intimidación, pidiéndole de mañana en mañana un poquito de sol.

Sólo una que otra vez llega hasta las veredas el rumor de una charla; la risa con que se celebra un chiste desde el segundo patio. Entonces se siente afuera un vientecillo rabioso que parece hablar de las feroces desigualdades producidas por la civilización. Yo os quisiera pintar la tristeza estúpida que asombra algunas pupilas cuando la salida de una mujer elegante perfuma la calle. Los gestos se hacen agrios ante esos soplos de juventud, de carne y de vida. Todo eso demuestra con un lenguaje pecaminoso que adentro hay riquezas irritantes, mocedades que estallan, dichas no imaginadas.

¡Cuántos poemas biliosos de envidias y desesperanzas quedan a la espalda de una señora opulenta, seguida que es en su paso por perfumes de supremo artificio, por sugerencias aplastadoras y exhuberancias indecibles!

Los carruajes suelen agravar esos estados de ánimo. Presencí en una tarde la partida de una victoria particular, en cuyos cojines se echó soberanamente una enorme mujer.

Había no muy distante unos cuantos obreros desocupados. Al trote violento de los caballos que partían, se levantó una polvareda que les azotó en el rostro como una bofetada, envolviéndolos y cegándolos. Al través de esa nube de polvo divisé varios rostros estúpidos, de ojos inmóviles, con la repugnante estupidez de la humillación, mirando con sombría expresión de imbecilidad aquel viento todopoderoso de dicha que se iba como un relám-

pago, dejando en pos de sí una polvareda larga, violenta y brutal como un insulto. . .

Hay otras escenas de una tonalidad más sobria. Suelen verse a las 12 del día.

El sol llena el suelo terroso de sombras minúsculas y los dedales de oro que florecen a montones sobre el terraplén de la línea salpican el paisaje de colores alegres.

Ahí está la mujer del guardián que trae al infeliz el almuerzo humilde.

Sentados en el suelo, comen, conversan, ríen. . .

¿Os conmueve? Agradecedlo a la calle de Viana.

Lejos viene una señorita de modesto porte. Es la ayudante de la escuela pública, cuyo sueldo mantiene a toda una familia.

La calle de Viana sabe que el dinerillo no alcanza para trajes y se calla respetuosamente ante la mal confeccionada chaquetilla.

Más allá encontraréis a la señorita del telégrafo. La calle de Viana es su amiga a pesar de su boca desdentada, del andar sin gracia y del color acerado de las mejillas.

Tísicos que vienen a tomar el aire, estudiosos que leen a escondidas para impedir que se les tache de inútiles, madres que pasean al niño enfermo, guardianes idiotizados por el odio del pueblo, enamorados que se dicen ternezas a escondidas de la calle Valparaíso, vendedores que hacen la cuenta de sus andadas y angustiosos gritos; todos han tenido una hora de ensueño en la quietud de esta calle.

En ella se ven hombres sin hogar, que andan sin dirección conocida; pobres diablos que matan el tiempo en espera de nada. . .

En ella también hay tres o cuatro casas sin moradores,

cuyos dueños santiaguinos no quieren arrendatarios que se las inutilizarían para los meses de verano...

Oh! la tristeza de estas viviendas sin moradores, cerca de las que rondan tantos moradores sin vivienda...

Infelices! Por ahí pasan días enteros, días de inmovilidad sobre una vereda, como árboles que germinaran frutos de tristeza bajo el cariñoso riego del egoísmo humano.

No todo es triste, sin embargo. En la tarde suele pasar un tren de carga que bufa como un toro herido...

Su aliento malhumorado perfora el aire con traqueteos cascajosos y sus ruedas relampagueantes soplan furiosamente en la vía.

Los pájaros se asustan, los árboles tiritan.

En los carros sólo entrevistados al paso del tren, asoman sus cabezas estúpidas los animales que el comerciante del Puerto envía al caballero gordo de Santiago. Un viento de tempestad borra las líneas.

Y encima van los palanqueros.

De pie sobre la techumbre de los carros tempestuosos agigantan la grandiosidad del paisaje en la vertiginosa rapidez con que pasan sus siluetas ennegrecidas, llevando en la diestra la doble banderilla de semáfora.

Parecen los soberanos del viento o los reyes del paisaje.

Ahora, venid en la tarde. Los alambres del telégrafo son arañados dulcemente por el viento del mar, que les arranca cierta lamentación humilde y dulzona. Una tristeza apacible se escapa de ese rumor siempre monótono, que acaba por penetrar al espíritu hondamente para turbar el sueño de las angustias dormidas en el lamentable hacinamiento de los años. Es una armonía íntima, una confianza en música que persiste en el oído, que se insinúa con incansable desgarramiento.

Solos, abatidos, los infelices a quienes sorprende en la calle de Viana la tragedia incomprensible del crepúsculo, se arrastran escuchando. . . ¿Es que entienden el lenguaje misterioso del vientecillo que llora en los alambres?

Apagados por el comienzo de la noche, sólo dejan ver los contornos de sus figuras, el bosquejo rápido, las siluetas errantes. . .

Parecería que sus cuerpos desgarbados hubiéranse ido de la calle, dejando las odiosas sombras en la vereda.

Ya viene la noche sobre la ciudad. En los lagunotes de agua que dejara el riego de la tarde, asoma sigilosamente la luz de alguna estrellita que parece compadecer a los pobres.

DE BELLAVISTA AL PUERTO

Hemos hablado largamente con los ojos, mientras el tren ruidoso alegraba con su estruendo cortante y malvado las solitarias caletas de Miramar y Recreo.

Sus ojos azules (dignos y entristecidos por su infranqueable aspecto de viuda), han rozado sus miradas con las mías. Serenamente, con la apacible placidez del ensueño, nos hemos amado en la breve duración de aquel viaje. Nos hemos amado mucho.

Hemos conversado, (aunque no fuera más que así: de mirada a mirada); y desde mi asiento del wagon, mientras el tren se hundía en el silencio de la tarde, nos hemos deseado y poseído largamente. (¿No recordáis, vosotros, haber vivido un amor en el ensueño, sin que a ella la hayáis conocido ni hablado jamás?).

La he visto a mi lado, diciéndome cosas de amor, no sabría decir si tristes. Nos tuteábamos: nos hemos besado con un inmenso beso de pasión... Después hemos sido novios y, durante un tiempo, por las calles, hemos discutido el tiempo conveniente para dejar el luto (su digno luto de viuda).

De esto yo estoy seguro: hemos sido novios sin habernos dirigido nunca una mísera palabra. Ella con sus ojos y con su pensamiento, seguía a mi pensamiento y a mis ojos.

Era en la calle. Conversaba con una amiga que se reía

de nuestro apresuramiento por casarnos. Con ella hemos recorrido después, entre el bullicio del puerto, las litografías e imprentas que hicieran más hermoso nuestro parte de matrimonio: «..... participa a V. su enlace con la señora.....» (aquí el nombre de la hermosa viuda).

Después la veía en mi casa. Ella paseaba en el jardín por las mañanas, y yo iba a decirle tonterías agradables. Ella reía.

¡Ah, que vida...! Y más tiempo aún, acariciaba a dos hermosos niños rubios que le decían «mamá».

La suerte era nuestra amiga, y nosotros teníamos consideraciones sociales para nuestra felicidad y para su hermosura.

Nos veían juntos en todas partes: en el paseo, en el tren. Yo sacaba mi tarjeta de abono para decir al conductor:

—Marque dos.

—Si, pero los niños.

—¡Ah, sí! Somos cuatro entonces...

Sus trajes eran de moda; nuestros hijos eran bellos. ¡Cuántos años de vida!

También algunas veces veníamos. Ella, mi mujer, (porque lo fué sin duda durante aquel ensueño) manifestaba su resentimiento con el ceremonioso tratamiento de «usted». Después no resistíamos y aquello acababa en besos y abrazos.

* * *

De pronto, la campana de la locomotora ha anunciado la estación. Estamos en el Puerto.

Las señoras del carro han tomado sus paquetes y, ya el tren sin movimiento, han salido una a una.

Ella, la viuda de ojos azules a quien amaba tanto en el breve espacio de unos pocos minutos, también bajó...

Y yo también me he ido, inmensamente fatigado, pensando en este hermoso sueño que he entretejido mientras nuestros ojos se rozaban; ensueño que ha despedazado dolorosamente el sencillo vibrar de la campana del tren...

CARTA DE VIÑA DEL MAR

26 de Mayo de 1904.

¿Cuando Santiago se envuelve en la inaudita tristeza de sus tardes no siente Ud. la vaciedad del vivir así? ¿No siente el ansia de erguir su voluntad por sobre la frialdad de su vida?

¡La voluntad, amigo! ¡Es necesario ser fuerte! ¿Quiere Ud un ejemplo? Thomson hace *tarea diaria* de la educación de su voluntad. El último verano dijo una tarde: «Mañana me iré en el nocturno».

Al día siguiente cominos en el Matadero, en una galería con vista al mar. La charla era ingenua, sentimental, casi como las de nosotros. Nos embriagábamos de nosotros mismos. Para más tristeza una italiana nos cantaba canciones de las campiñas romanas, llenas de amor. . . ¿Por qué se va Thomson? le decía Samuel Lillo. Volvimos en carro y nunca la vida era tan hermosa como en aquella noche poblada de estrellas. A lo largo vagabundeaban los trenes de carga con sus palanqueros erguidos, cuyas siluetas cortaban con solemnidad la línea del horizonte infinitamente lejano. En Valparaíso recorrimos las calles como las recorríamos nosotros en Santiago, dichosos de sentir la bondad de la vida cantando en torno nuestro. Queríamos acabar la noche así y lo propusimos inútilmente a Thomson. Gamboa lo convidaba para irse juntos en el expreso del

día siguiente. Inexorablemente partió esa noche. Con casos iguales educa diariamente su voluntad.

.....
 Vea Ud. Vivo en un pueblo donde es peligroso demostrar talento. Se le envidia brutalmente. Cosas de pueblo chico, usted sabe; o mejor Ud. no sabe. El medio es infernal. No hay con quien conversar de arte; Ay de mí, si lo conversara!

¡Cómo se cohibiera Ud. si como yo viviera heladamente, glacialmente activo (Es una gran cosa la actividad caliente de Santiago), envidiado de gente con quien no quiero tratar por diversos motivos y si Ud. supiera la sensación del *anónimo* que llega plagado de cosas venenosas.

Para abreviar le copiaré mi horario:

8 a 11 clases

12½ a 1½ clases

2 a 4 trabajo literario

4 a 6 paseos, saludos relaciones

6 a 7½ comida

7½ a 9½ clases

9½ a 11 correspondencia por orden de fecha.

Pero esto fríamente. Del día no topo al prójimo, sino en los almuerzos y en las dos horas de paseo. Lo demás solo. Solo en clases Ud. comprende, nó? Solo en tarea literaria. Solo en correspondencia.

Mientras escribo literariamente una niña toca sonatas y aumenta la tristeza de mi trabajo desde la casa vecina, Tengo algo más en contra: enfermedad nerviosa, que me ha echado al suelo mi sistema, haciéndome andar, pasear, andar para calmar la inquietud.

Se me ha desarrollado de manera enfermiza el amor al aseo y al orden que me hacía perder en arreglar la pieza

todo el tiempo de literatura. Es una terrible manía nerviosa que combato haciendo el arreglo los Miércoles y Sábados por la mañana, en que tengo dos horas menos de clases.

No sabe Ud. que inmensa dicha, que grandiosa dicha la de vivir en Santiago. El es generoso, él es grande de corazón, él es sentido. Víctor Domingo Silva que acaba de llegar después de su *primer* viaje viene loco con Santiago. ¡Qué vida esa del centro, de su Alameda en verano, de sus portales y teatros, de sus tipos impregnados de la grandeza santiaguina con chifladuras que sólo se notan desde el provinciano frío de nosotros. Santiago hace llorar veinte veces diarias a sus santiaguinos; pero los hace reír treinta con inmensa alegría de almas llenas de vida.

¡Oh qué juventud esa que se agolpa en las reuniones intelectuales! Poblaciones de mozos entusiastas, ansiosos de aplaudir, ansiosos de levantar a alguien. Allá también los chaquéos pueden ser impunemente más hojalateros, como lo puede decir el que fué mío. Allá se puede llevar un libro y leerlo en la calle. ¡Ah, bendito Santiago mío! Nací en él; mía es su alma. Y la mía es suya.

Tengo en mis oídos su rumor de coches, su ruido de tráfico, sus gritos de vendedores, su siempre desconocida población, las voces de mis padres, mis sufrimientos tan amados hoy que están lejanos. ¿Recuerda Ud.? Mi voz era siempre acalorada; mis versos primeros, aunque horrorosamente malos, eran siempre buenos... ¡la fe, amigo!

Sus edificios suntuosos ¡qué deseos nos provocan de ser grandes como ellos! Sus mujeres hermosas ¡qué lujuria nos hacen correr a lo largo de los nervios exitados por la vida!

Recibo recién una carta de Thomson que me dice:
En el Ateneo se hace sentir su falta; es más: se le echa de menos.

¡Vé amigo? Santiago que se acuerda de su antiguo poeta hambriento y aplanador de calles!

De modo pues que nos veremos en Santiago de aquí a un mes, más o menos.

De modo que nos tomaremos del brazo para hacer una noche juntos y hablar de todo «a la luz de los mecheros».

MEMORIAS DE UN POETA

(FRAGMENTOS)

Martes, 7 de Noviembre.—Si nuestra amada es complaciente, la juzgamos mal; si es esquiva, coqueta e hipócrita, vivimos en perpetua queja, pero rendidos de amor; o lo que es, más bien dicho, pagar con cariño, sólo a lo que se ríe de nosotros. ¡Ah corazón! ¡Cuán imperfecto eres! ¡Qué pequeños somos nosotros que, a pesar de conocer estas verdades, siempre somos esclavos de sus caprichosas exigencias!

* * *

Jueves, 9 de Noviembre.—Hablamos (1) de una pequeña revista que pensamos sacar en breve. Se intitulará «América» y publicaremos en ella, sólo *buenos* trabajos. Para la publicación de los primeros números aporta Ignacio diez pesos. Trataremos de conseguir erogaciones y suscripciones. ¡Ojalá nos vaya bien! Gozaríamos mucho! Nos hemos separado a las 5.55. En este momento comen en mi casa y las aprovecho en escribir.

¡Salieron los versos! Un poco deslumbrado por mi vanidad de autor, por ahora, los encuentro buenos. Veremos después con el juicio más frío. Allá van:

(1) En compañía de Ignacio Herrera Sotomayor.

Ante el retrato de una desconocida.

Yo no sé quien será. Pero hoy la he visto,
 En admirables tintas, perfilada;
 He abismado sus ojos. Y tras ellos,
 En busca de una abispa de misterio,
 Sentí que se iba mi alma en la mirada!

Vaga en su rostro, del amor primero,
 la sublime expresión;
 Y bajo el terciopelo de sus cejas,
 Una chispa incendiaria juguetea,
 Del fuego en que se abraza el corazón;

Confusas las ideas en la mente,
 No alcanzo a comprender lo que sentí;
 Sólo sé que, hoy, los hombres no aborrezco,
 Y que entre locas ambiciones veo
 Abierto un nuevo mundo para mí!

¡Nuestra suerte es así! Subir llorando
 La cumbre artificial del egoísmo,
 Retar la sociedad, lanzarle el guante....
 ¡Y tras de una mujer que nos atrae,
 Cual todos, despeñarse en el abismo....!

* * *

Viernes 22.—El destino continúa cebándose. En la mañana dieron examen mis alumnos regularmente. Llegó la madre superiora en el momento en que ya iban a despedirse los frailes examinadores.

Les preguntó el resultado y ellos dijeron ¡Bien! ¡Bien!
 ¡Oh, les dijo la madre no sean indulgentes! digan la verdad...

¡Bien! ¡Bien! dijo el padre que examinó los niños de Pinilla.

Bien... bien... dijo el de los míos más fríamente. Se conocía que estaba algo descontento.

Después ví a la madre superiora, la que me saludó con una inclinación de cabeza apenas perceptible.

Cuando llegó Pinilla me dijo que la madre había recibido noticias de mis ideas anti-católicas. Averigüe Ud. le repetía a Pinilla al despedirse.

Sentí un profundo desaliento; presentía que mi ocupación de ayudante o maestro de escuela iba a tener fin, ¡quién sabe si para siempre! Algo como una sombra cayó sobre mi espíritu... ¿qué será de mí? Mi madre, ¡cuánto se irá a aburrir de tener en su casa un poeta desocupado y que sólo le impondrá desembolsos con su incapacidad y dolores con su horrible carácter! Inmediatamente pensé en marcharme a Juan Fernández... ahí tengo la débil esperanza de hacer alguna fortuna para casarme con Lorenza.

¡Qué horrible es esto! Pensar que tengo que dejar a Lorenza por algunos años y vivir siempre con los sufrimientos y temores que me da mi carácter desconfiado y celoso; pensar que dejaré a mi madre para no verla ¡quién sabe si nunca más!

Pensar que dejaré cuanto ser querido tengo en Santiago con la idea amarga de que pronto seré olvidado...

No quiero pensar más en esto.

Sin embargo, tengo que volver; en la tarde estuve en el colegio haciendo los certificados de examen.

Pregunté a Pinilla esto:

—Dígame su opinión,—¿qué desenlace tendrá esto?

—Malo, malo, me contestó y sigue diciéndome que busque otra ocupación. Ud. es tan fatal, puede sucederle algo, y es mejor salir que ser despedido.

Puedo ver, por otras cosas que me dice, lo que hay en esto: Pinilla ha intrigado e inició el ataque contra mí. A el solo le debo esta salida.

¡Y cuán amargo es confesar que tiene razón, que tiene razón y mucha!

Yo me he conducido en el colegio bastante mal: falté como cincuenta veces en el año, trabajé poco y me hice de malas compañías, hablé en su cara contra la religión, fué impuesto por alguien de haberme visto borracho dos o tres veces en la calle, en compañía de mujeres (esto es falso); llegaba tarde, castigué mucho a los niños y para completarlo provoqué tantas veces su envidia con mi superioridad intelectual.

Mi carácter indolente y poco cumplidor me conduce a otro nuevo abismo...

En fin ¡qué diablos! venga todo, todo lo recibiré en el vaso de mis lágrimas.

FRAGMENTOS DE «VIDA MILITAR»

Es una mañana de bastante sol esta que sorprenden los aspirantes sobre el desabrimiento de los campos. Los árboles enflaquecidos por la desnudez de sus troncos hacen ademanes angustiosos en el recogimiento de la soledad. Una inmensa sábana de luz se extienden por las campañas. Cierta alegría rejuveneciente invade los ramajes añosos, los potreros húmedos aún, los cerros fantasmagóricos por donde vagabundean pájaros alicaídos que parecen mirar de soslayo las profundidades y los piques.

Al lado nuestro se alargan cercas de moras y tapias desmoronadas que manchan el paisaje con agradables tonos de cosa vieja. En la cordillera hay comienzos de llamaradas rubias que un naciente sol de oro desparrama con fausto sobre las llanuras y los cerros. Muy lejos se ven ranchos de pobre apariencia, campesinos que espantan los insectos de los caminos solariegos con el ruido de sus herramientas y la monotonía de sus canciones. Perros huraños de largas hilachas grises se echan en los patios rústicos a recibir el cariñoso calorcillo de ese amable sol de invierno.

* * *

Es un coche. ¿De dónde viene? ¿A quiénes conduce?

Estas primeras ideas nos distraen en el amargo aburrimiento de la marcha.

¿Seguramente en el carruaje vendrán mujeres y serán hermosas? Y en la brutalidad de nuestra rabia llama la vida los instintos de la carne. Se me figura que cada uno hace cuentas sobre la belleza de las supuestas paseantes.

A mí se me figuran, no sé por qué, dos mujeres jóvenes que vienen a una fiesta santiaguina con trajes de seda. De seda seguramente porque casi siento el roce. Se me figuran gordas, pero esbeltas. La una tiene una pierna de curvas infernales; los tobillos delgados y redondos; luego una curva violenta que sube por la rellena pulpa de la pantorrilla hasta bajar suavemente en la liga. Un olor delicioso de esencias raras y de carnes femeninas invade los vestidos.

La otra es más flaca, pero más elegante. Y mientras esta hace seguramente comentarios sobre las conocidas que hallarán en la fiesta, la otra piensa en el hombre aún no hallado, en ese vago personaje de barbas rubias que aparecerá de improviso para hacerla suya.

Así avanzamos por la ancha avenida que poco a poco se convierte en camino rural.

Los ojos sanguinolentos del carruaje desconocido parpadean misteriosamente en la sombra arrojando reflejos lánguidos que se alargan. ¿De dónde vienen? ¿Serán hermosas? El ruido de las ruedas se arrastra por el camino áspero; luego repercute lentamente en los rotundos piques del cerro Blanco, que aún nos alarga una de sus laderas. Las pupilas rojas miran con melancolía y el ruido extiende la tristeza nocturna por los campos adormidos.

DE CHUQUICAMATA A CALAMA

Hemos dejado el mineral de Chuquicamata, donde asolan el ánimo entristecido los lamentos de quince infelices apuñaleados entre las fiestas del pago. Son las doce de un día hermoso, bajo el cual los cerros vecinos presentan la impasibilidad de sus laderas cuajadas de cobre. . .

En las plataformas de las primera, en el interior de los segunda, prolóngase la cansadora algarabía de los mercachifles en joyas. Venden la libra esterlina de emisión 98 con el retrato de la difunta reina Victoria; otros la buena navaja de afeitar, el remontoir marca Invar con horario, minuterio, secundario, calendario, brújula, barómetro, etc. Son turcos, bolivianos o chilenos; aventureros todos que arrastran por los escondrijos de la pampa su afán de lucro, agasajados un día por la tristeza sentimental de un minero que recuerda el terruño abandonado há veinte años, abofeteados otros por un matón que «tiene encargo de apaleaer bribones».

El coche único de este ramal ferrocarrilero tiene dos departamentos entre los cuales se acurrucan los pasajeros acomodados junto con los otros que se desquitan de las comodidades no recibidas con francachelas tristonas, en que actúan los dicharachos groseros, las risotadas, los juramentos y las promesas de eterna amistad con que se obsequian los que tienen el vino triste.

Por sobre esta animación que se nos antoja desgraciada sopla incansablemente el hálito frío de la miseria humana. Uno es que agasaja al amigo por lo que podrá extraerle más tarde con una venta maliciosa; otro es que cuenta intimidades entristecedoras a otro que parece más fuerte en la vida; acaso a la conclusión de la novela le ofrezca una ocupación o unos cuantos pesos compasivos... Aquel es que desarrolla la aglomeración de proyectos acariciados al calor de un horno donde se ensayaba unas muestras de cobre hallados en un mineral virgen. Esto más que nada llena la atención de todos. Cesan alrededor los diálogos, para oír «al señor Olivari»... Cuando sea rico, será otra cosa.

A LA VISTA DE CARACOLES

II

Desde las azoteas de la administración, nos indicaba el jefe de Pampa Central los lejanos cerros de Caracoles

Leyendas misteriosas de sus primeros cateos, crónicas casi olvidadas dramas inéditos, concurrían a la evocación del viejo pampino. Y de año en año, de anécdota en anécdota, nos condujo al descubrimiento del famoso mineral, al radioso grito lanzado por Cangalla desde los cerros de Limón Verde.

—¡Ahí hay plata!

Una tradición indígena, ya muy vulgarizada en 1870, hacía la misteriosa confidencia de un inmenso tesoro escondido a cincuenta o más leguas de la Chimba (1). Un cerro de plata cuya ubicación perseguían miserables caravanas de indios a quienes mataba el sol del desierto o el hambre.

El cobijeño José Garabito lo encontró un día; pero escaso de recursos sepultó el secreto, en acecho de días favorables. Vino por esos tiempos un minero francés, a quien propuso con buena acogida una exploración al desierto.

Nombre antiguo de Antogasta.

Antofagasta.

Partieron pues para aquellos parajes, de donde volverían seguramente millonarios...

Quince días después (y hasta su fallecimiento que ocurrió algunos años más tarde), José Garabito estaba loco en Cobija. Hablaba incoherentemente de tesoros fabulosos, de luchas a puñal en que habían muerto casi todos los compañeros...

Esas palabras, que fueron el ornato de todas las conversaciones, dieron bríos a José Díaz Gana para emprender obstinada exploración por el desierto.

Nada desalentó al audaz minero. Fracasos sucesivos, escasez de recursos, noches sin abrigo, día sin agua... Cada día, prodigaba a la pampa sacrificios más cruentos. Cada hora, aferrábase con más ansiedad a su ensueño... Hasta el día en que *Cangalla* lanzó desde los cerros de Limón Verde, a catorce leguas de Caracoles, el más estupendo grito de gloria que ha oído el desierto.

—¡Ahí hay plata!

EPÍLOGO.—Los millones encontrados en Caracoles, poblaron sus vecindades con veinte mil almas. Hoy tiene *ochenta y tres mil habitantes* y un ingreso comunal de *ciento treinta y seis mil pesos anuales*.

Por no haber servicios públicos en que invertir esos dineros, los ilustres ediles (de esto sabe hasta S. E. el Presidente de la República) acuérdanse recíprocos items por comisiones imaginarias...

III

LOS ARGENTINOS EN LA PAMPA

Largos de estatura, inocentes de caras, estos andariegos productos de la campaña argentina.

Aparentemente bobalicones, calculan ladinamente la ventaja pecunaria que de esto o aquello se puede sacar.

Hablan lentamente con entonación cantadita, de tonos dulzones y malicia labriega.

No saben nada de nada. Esa es su frase defensiva y ofensiva para conservar la intactibilidad del bolsillo o de la personalidad en cualquier asunto de cualquier índole.

No iréis seguramente a su lado con la lista de erogaciones para aliviar la suerte de un hermano enfermo. Ya se sabe que recibe la exhortación con inexpresiva cara de imbécil. Indudablemente intenta demostrar que no sospecha nada de lo que le habláis.

—¿Suscripción? (pregunta con el tono cantado de su voz, que pone dos acentos a cada palabra) ¿Y párá qué? Nósotros nó sabemos nada de ná.

Así le encuentra también la lista de suscripciones que en los días de la patria corren los pampinos para celebrar con algunas fiestas la clásica alegría del patriotismo.

Por esos días que estuve en Ballena se hacía una colecta con el objeto de recibir un matrimonio de pampinos recientemente desposado en Taltal se les pasó la lista a los argentinos.

—A quién le van a dar plata... ¿A Monardes?

—No se le va a dar plata. Se le va a recibir con algunas fiestas. Un matrimonio nuevo, hermano.

—¿Es nuevo?

Inocentadas tan ladinas como ésta; suele constestar siempre.

No se le encuentra jamás.

La suscripción de un diario, que le hará pensar una vez cada día sobre asuntos que le conciernen, no le encuentra jamás.

—No sabemos léir, pues...

Y de ahí no se mueven. Pasa lo mismo cuando se le pide algo para el sostenimiento de una escuela. Cuando se le solicita para la organización de una banda, para el entierro de un amigo. No saben nada de ná...

Frases omnipotentes con que lo excusan todo, excusan con que ultrajan todo, ultraje con que se burla de todo.

Allá, por los días de juerga, los cuatrochilenos que guardan silenciosamente la significación de aquella frase, suelen recordarlas en una cuchillada que deja a un argentino con el abdomen al aire aplasta generosamente la brutalidad burlona de esa frase.

Despachados por el rencor de un pampino chileno, tendidos sobre la pampa solitaria donde ya no hay modo de aprovechar los ahorros así tan canallamente conquistados, parecen blandir al aire su frase.

Y entonces es cierto que ya no saben nada de ná.

EGOÍSMO CRIOLLO

Es curioso, me decía aquel amigo colombiano. Mientras las poblaciones son más numerosas la soledad en que nos sentimos es mayor. Si que es verdad esta aseveración.

Vivimos tan solos entre las muchedumbres que algunas veces no sentimos la agonía de un hermano, que pasa chorreando, sangre y miseria a nuestro lado. Mueren algunas veces encima de nosotros. La caída del cadáver casi nos aplasta; pero no sentimos.

Durezas de la vida civilizada. Infamias, según otros.

Estos edificios incomensurables que remontan sus techumbres frías, sus arquitecturas impasible hacia el cielo. Esas moles inmóviles nos causan una impresión de espanto. Esa fría impasibilidad de las construcciones modernas parece darnos una idea de lo indiferentes que somos a la civilización, de lo que poquísimos que importamos a ese algo grandioso que se llama progreso.

LOS TÁCTICOS

La necesidad de presentar mejores apariencias en la lucha por la vida, el afán de aparecer más fuerte de lo que es, la certidumbre de que no se poseen las energías necesarias al triunfo, han logrado producir en forma abundante, cierto tipo ya muy conocido de todos: el táctico.

Son generalmente personalidades rollizas, caballeros de meflete rubicundo y de abdomen colgante; hombres que se comen al mundo de una sola mascada, cómicos inocentones, para quienes la humanidad es sólo esa buena gente de la galería. . . O sujetos soplados, puestos de ruidosa actualidad por la propagación de la viruela. Hombres de paciencia pachorruda que aevoran el contenido de una mesa en dos horas de melancólica masticación, sin dirigiros la mirada una sola vez, tal que si fuera el comensal del lado un simple utensilio de mesa.

Le conocéis ya.

Alguna vez de paso por un pueblo de provincia le encontrasteis en el mesón del Bar; bebía fruicciosamente su vaso de malta, hablando de empresas fenomenales o barajando apellidos ilustres con encantadora displicencia.

—Las acciones de la Santa Luisa, subieron hace pocas horas de veinticinco pesos a seis mil. . . El pobre Vicuña (o el infeliz Undurraga) se ha perdido medio millón de

pesos... También perdió algunos miles ese joven de Santiago... ¡Este muchacho, pues!

—Juanito Ross, Pepe Cruchaga, el chico Sanfuentes (le dices para ayudar su memoria).

Y él responde con toda seriedad:

—Ese no; el otro Sanfuentes: Juan Luis.

Los hay hasta peluqueros, que os rapan las patillas con elegantes corridas de navaja, mientras de frase a frase se introducen por el gznate la persona del Zar, pongo por caso.

—Es un tipo de época pasada. Un buen joven que se deja conducir por la señora...

En el fondo, el táctico no es más que un farsante. Nada más que un infeliz, empecinado en meter cuco con una superioridad que parece estupenda.

¿Os acordáis? Iba a nuestro lado, en un coche de cualquier ferrocarril. Sumido en profundas meditaciones, fijaba los ojos distraídos sobre el panorama. Parecía modular un cataclismo bursátil o una catástrofe de índole social. En realidad, no había nada. Sólo decía para sí: Este que se siente a mi lado tiene una alta idea de mi personalidad.

Y si intentan conversar con él, se hará de rogar. Puede que a los cinco minutos conteste la pregunta u observación con cierto cansancio de hombre resignado a todo.

Los hay periodistas: matones de la literatura, Pinis de la expresión, Hércules del Arte, que os enjaretan juicios arruinadores, verdaderos bloques de raciocinios aplastantes.

—Zola, un «buen» escritor. Y este otro, el viejo de la Rusia... (Tolstoy, le volvéis a decir). Ah, si; ése, ése...

El táctico suele ser carnicero acomodado, como puede ser alcalde de provincia menuda. Y es doctor infalible, que

con pretexto de reumatismo en la diestra, saluda indolentemente con la izquierda.

Español, algunas veces. Buen sujeto, que en el fondo guarda un miedo espantoso por el talento de los demás; cobarde digno de compasión, agazapado con debilidad y todo en ciertas maneras fastuosas de hombre sesudo.

El Monsieur Prudhomme de Paul Verlaine, conocido entre nos con el cachazudo título de «caballero gordo», pertenece a los hombres tácticos.

«El es grave. Es padre y madre de familia; quería casar a su hija con el señor Machin que es el modelo de joven: serio, noble, botarate y panzudo...»

...Alguien dícenos que no siempre es un inocentón débil.

De todos modos. Si es el imbécil, que se acurruca en el aparente desparpajo de la táctica, es digno de lástima. Si es el canalla, calculador, valiente, rapaz, que esconde la garra filuda bajo su moderado continente, no es por cierto más digno que aquel de rozar vuestra mano.

ORACIONES PARA LA AMADA

Hoy es Jueves Santo. Vé niña mía, a la iglesia a tocar las llagas rojas del lacerado cuerpo del hijo de Dios con la tentadora llaga de tu boca, magníficamente ensangrentada.

No te rías porque te digo que soy un pobre Cristo.

También yo fuí abofeteado por sangrientos dolores, escupido por tus desprecios, ultrajado por tus caricias y enclavado en la cruz del olvido después de haber subido el Calvario de tu amor entre los ultrajes de tus alevosas traiciones.

Cambiaría toda mi bulliciosa vida de muchacho alegre por la vida tristísima del fraile enflaquecido por las penitencias, sólo por escuchar las cosas que vas a contar esta noche en el confesionario.

Si tú hubieses sido María, los judíos no habrían negado que Jesús era el hijo de Dios. . .

Cristo resucitó al tercer día. ¡Ay, de mi dicha enterrada en el sepulcro de tu perfidia y que no resucitará nunca!

Encantadora beata. No te empeñes en alcanzar el cielo con plegarias y oraciones.

Tú no entrarás a él porque eso sería tener un pedazo del infierno cerca de Dios...

Piensa, niña, esto.

Porque eres buena, tus pecados son virtudes; porque eres linda, tus virtudes son pecados.

¡Hermoso Judas del amor! Te he visto
darme besos de miel, embriagadores,
para entregarme como a un pobre Cristo
a la ferocidad de mil dolores!

SEMANA SANTA

Un óvalo de carne rosada, con dos ojos de una tristeza encantadora, era lo único que se veía de aquella joven pensativa, que apagaba toda la luz de su belleza entre las sombras de su manto, negro como una aglomeración de tinieblas.

Sus dedos largos, como lirios de carne, sostenían un libro de oraciones sobre una de cuyas páginas veíase un Cristo de barba negra y ojos claros, intensamente tristes, subiendo las abruptosidades del Calvario, floreado de llagas, con los cabellos sudorosos y lacios y la enorme cruz sobre el cansancio de sus espaldas encorvadas.

Los últimos rayos de un sol de verano penetraban por una ventana de vidrios rojos e iban a poner en la escena del libro como hilos de sangre.

A la claridad sangrienta de esa luz veíanse los ojos del Cristo, lacrimosos y hundidos en las ahuecadas cuencas, llenos de fatigas y sombras, como los ojos de un enfermo.

Linda prisionera, aquella esplendidez escapada de las alegrías mundanas tenía las muñecas aprisionadas por un rosario de marfil que se envolvía en ellas a modo de esposas.

¿Era una pecadora?

Sus labios tentadores que harían temblar la infalibilidad de Dios; pecadora que lleva el arrepentimiento en

el alma y el pecado en los ojos; pecadora que lleva la oración en los labios y la tentación en sus formas, aquella mujer estaba ahí reparando en la sombra las encantadoras culpas de sus veinte años.

Arriba, las campanas arrojaban sus melancolías sobre las calles silenciosas y solemnes, con esa solemnidad de las tardes en el centro, a la hora en que los obreros y empleados están en sus hogares del arrabal.

Un grupo de palomas esperaban la caída de la sombra para dormirse sobre las ventanillas del altar mayor y en un ángulo oscuro brillaban dos bugías agonizantes como pupilas melancólicas de tísico.

Recogimiento.

Las naves inundadas de penumbras parecían solemnizar con su silencio de abismo la confesión de esas jóvenes que contaban sus locuras íntimas a un sacerdote anciano, enflaquecido por las penitencias y estenuado por la vida del claustro.

¿Qué decían aquellos labios que bañaban la rejilla del confesonario de alientos cálidos, de perfumes abrasadores y violentos?

Sueños de amor en las noches de estío, a esa hora en que surgen los deseos como repiqueteo de chispas en los incendios de la sangre; la cita con el amado, la caricia inconsciente sentida por estremecimientos de la carne y extraños arrebatamientos; el beso de amor fuera de la tierra, allá arriba, en el país de los sueños, donde se habla con la caricia y se besa con el alma, el deseo persistente, implacable, mordiendo los senos, cosquilleando los sentidos; y poblando la imaginación calenturienta de escenas nocturnas a plena luna, noches de novios, interminables y locas, llenas de perfumes, flores, músicas y sueños.

Todo esto dicho con voz tímida, trémula por el rubor, en un delicioso atoramiento de palabras, ahí en las barbas de ese anciano arrancado a las cosas mundanas, en contra de las brutales fuerzas de la naturaleza...

—¿Y nada más, hija?

--Sí, padre. Una noche de baile en casa de un tío...

Y seguía el cuchicheo, ahí en la sombra, abrasador de misterio, y de no sé qué cosa extraña que habla brutalmente en el silencio, el alba y la noche, la primavera y el invierno, el calor y el frío, la locura y el juicio, la carne y el alma...

INDICE

	<u>Pág.</u>
Carlos Pezoa Velis por Armando Donoso.....	5

POESÍAS

VERSOS DE JUVENTUD

Nocturno	57
Romanza de amor.....	60
Mis amigas.....	63
Brindis Byroniano.....	64
El brindis del bohemio.....	67
La pena de azotes.....	68
Noctámbula.....	69
El himno del deseo.....	73
Campo lírico.....	78
Carta a una dama.....	81
Capricho de artista.....	84
Mis amigas.....	86

	<u>Pág.</u>
En el pesebre.....	88
A una rubia.....	90
A una morena.....	91
Los ojos de mi amada.....	92
En este día.....	94
Los pájaros.....	96
Cosa pasada.....	99
Cansancio del camino.....	102
Edad.....	106
Postal.....	107
Ingenua.....	108
Geórgica.....	109

CAMPANAS DE ORO

Egloga.....	110
Contra avaricia, largueza.....	112
Contra gula, templanza.....	113
Contra lujuria, castidad.....	114
Contra soberbia, humildad.....	115
Reiré.....	116
A la criada.....	117
La cita.....	118
Entierro de Campo.....	120
Balada.....	122
El tren.....	123
Vida de Puerto.....	128
El perro vagabundo.....	133
Al amor de la lumbre.....	135
El pintor pereza.....	139

	Pág.
A Eva	143
Fecundidad	144
Teodorinda	146
En la poda	148
Nada	150
La primera lluvia	151
Pergamino clásico	157
Hacia el sur	160

ALMA CHILENA

El organillo	165
De vuelta de la pampa	172
Pancho y Tomás	178
Una astucia de Manuel Rodríguez	190
Alma chilena	197

ULTIMOS VERSOS

San Ignacio, poeta y confesor	211
A la hija del poeta	215
Tarde en el hospital	217

P R O S A

La sonata escandinava	221
Marusiña	225
Aquella tardecita helada	236
Salmo de Otoño	242
Pensamientos	246

	<u>Pág.</u>
El niño diablo.....	248
El candor de los pobres.....	257

TIPOS Y COSTUMBRES NACIONALES

El «Taita» de la Oficina.....	271
Impresiones de Viña del Mar.....	276
De Bellavista al Puerto.....	296
Carta de Viña del Mar.....	299
Memorias de un poeta.....	303
Fragmentos de «Vida Militar».....	307
De Chuquicamata a Calama.....	309
A la vista de Caracoles.....	311
Egoísmo criollo.....	315
Los tácticos.....	316
Oraciones para la amada.....	319
Semana santa.....	321





OBRAS DE LA EDITORIAL NASCIMENTO:

Se remiten a vuelta de correo contra giro postal o letra

Gabriela Mistral, «Desolación»	\$ 8.—	J. Edwards Bello, «La Muerte de Vanderbilt»	\$ 6.—
Federico Gana, «Cuentos Completos»	6.—	«Cuentos de Todos Colores»	5.—
Mariano Lalorre, «Ullý»	5.—	Armando Moock, «Sol de Amor»	6.—
«Zurzulifa» (Novela)	6.—	Stoddard, «La amenaza del Sub-Hombre»	4.50
«Sus mejores Cuentos»	6.—	O. Swett Marden, «Voluntad de Acero»	2.50
Salvador Reyes, «El Último Pirata»	6.—	«Cada Hombre un Rey»	5.—
Pedro Sienna, «El Tinglado de la Farsa» (Poesías)	6.—	«Puede el que cree que puede»	5.—
«La Caverna de los Murciélagos» (Novela)	6.—	Vives Solar, «Rapa Nui»	3.50
Dr. Valdés Cange (Alejandro Venegas) «Por Propias y Extrañas Tierras»	6.—	Guerra Junqueiro, «Sus mejores Poemas»	6.—
Eusebio Lillo, «Poesías»	6.—	Amado Nervo, «Sus mejores Poemas»	6.—
Pedro Antonio González, «Poesías»	6.—	Armando Donoso, «Nuestros Poetas» (Antología)	10.—
Teresa Wilms Montt, «Lo que no se ha dicho»	6.—	«Bilbao y su tiempo»	4.—
Rafael Maluenda, «La señorita Ana»	5.—	«El alma de Alessandri»	4.—
«La cantinera de las trenzas rubias»	5.—	Elfie A. Rowland, «Ambición de Madre» (Novela)	5.—
Eduardo Barrios, «El niño que enloqueció de amor»	4.—	Vicuña Mackenna, «Historia de Santiago» . 2 tomos.	40.—
«Páginas de un Pobre Diablo»	6.—	«Seis Años en el Senado de Chile»	2.—
Víctor Domingo Silva, «Palomilla Brava»	6.—	Pedro Prado, «Un Juez Rural»	6.—
«Golondrina de Invierno»	5.—	«Androvar» (poema dramático)	5.—
«Sus Mejores Poemas»	6.—	Pablo Neruda, «Veinte Poemas de amor y una Canción Desesperada»	6.—
César Cascabel, «Cien Nuevas Crónicas»	5.50	«El Habitante y su Esperanza»	4.—
«Reflexiones de un Optimista»	6.—	«Anillos»	4.—
Daniel de la Vega, «Las Montañas Ardientes»	2.50	Anatole France, «Páginas escogidas»	6.—
«La música que pasa»	2.50	Romain Rolland, «Mahât-mâ Gandhi»	6.—
«Los Horizontes»	4.—	Juan Guzmán Cruchaga, «Agua de Cielo»	6.—
«La Luna Enemiga»	5.—	Henri Ardel, «Corazón de Escéptico»	5.—
«Un año de Inquietud»	6.—	Manuel Rojas, «Hombres del Sur»	5.—
Vicente Huidobro, «Vientos Contrarios»	6.—	M. Magallanes Moure, «Sus Mejores Poemas»	6.—
T. Gatica Martínez, «Los Figurones» (Novela)	5.—		
«Fili» (Novela)	6.—		
Senén Palacios, «Hogar Chileno»	8.—		
J. Edwards Bello, «Crónicas»	6.—		